

BICHITO de LUZ

YAMANDÚ RODRIGUEZ



Uru
863.6
Rod
bic

LIBRERIAS ANACONDA
FLORIDA 508
BUENOS AIRES

818166

ms

BICHITO DE LUZ

*Es propiedad, queda hecho el
depósito que marca la ley.*

Librerías Anaconda.

la mancha p 200.

YAMANDÚ RODRIGUEZ

Uru 863.6 ROD bic
Bichito de luz :



FICE/099006

BICHITO DE LUZ

CUENTOS CAMPEROS
:: INÉDITOS ::



472

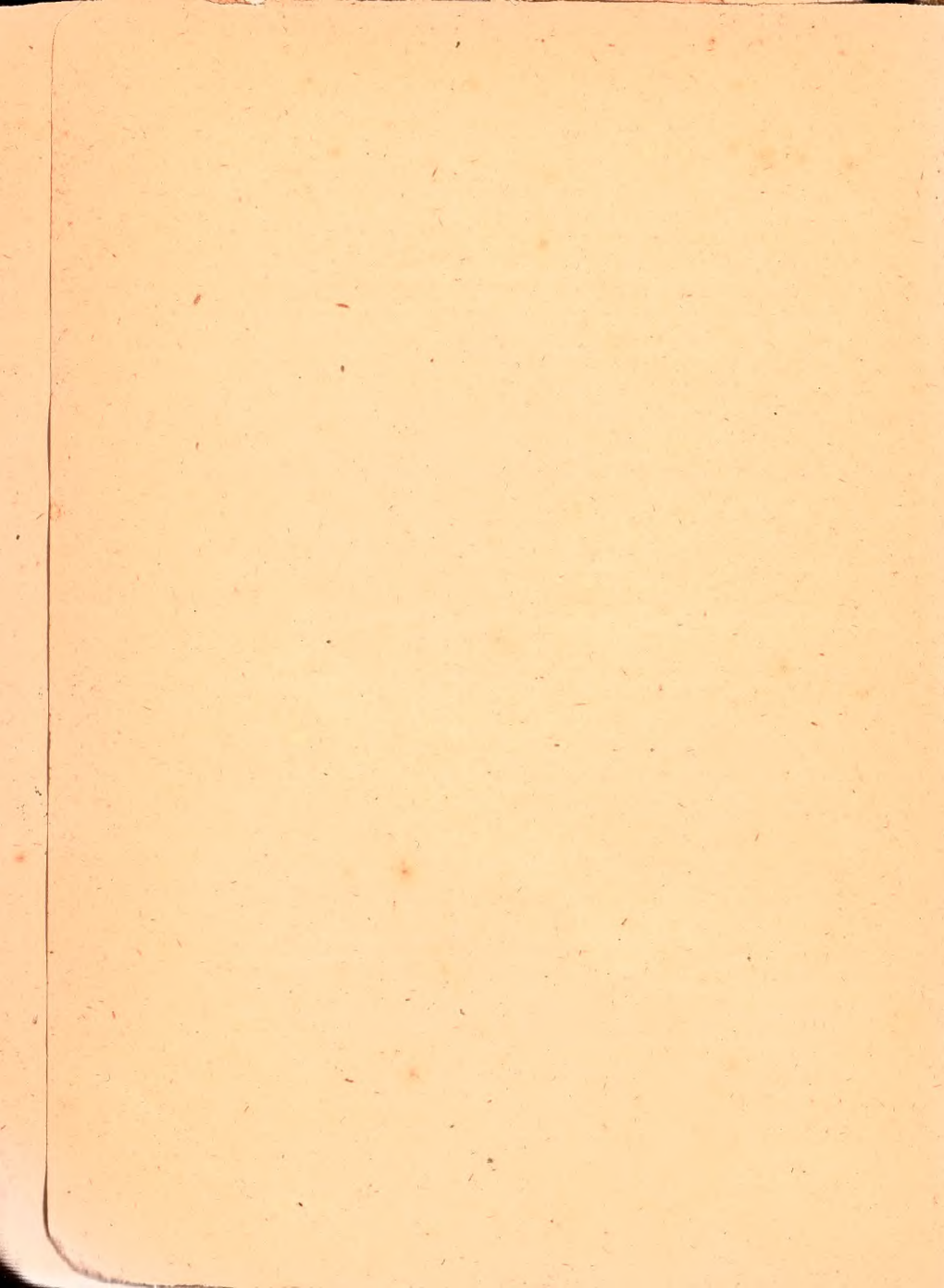


LIBRERIAS ANACONDA

CASA CENTRAL FLORIDA 508 - BUENOS AIRES

99006

Uru
863.6
Rod
bic



BICHITO DE LUZ

¿Cómo se llama? Nadie lo sabe. Ni siquiera él mismo. Como es ciego desde hace muchos años, entre todo lo olvidado, se le destiñó el apelativo. En los boliches del pago lo apodan "Truco"; quizá porque el viejo canta en "seco" cuartetas obscenas, de esas que aprenden los loros. En la estancia "El Mojinete", de la viuda de Olmos, le dicen "Bichito de Luz". Ningún sarcasmo encierra el mote. La peonada no veía al ciego, sino su cigarro encendido en la noche. Cuando el mendigo avanzaba por el camino, sentían palpar el pucho. Luego, en el patio, mientras llevábanle un churrasco, "Truco" seguía con aquella luciérnaga en los labios. Pitaba desde lejos, callado, inmóvil, con esa quietud de estatua tan común en los ciegos.

—¿No te acuerda un bichito e luz, Jacinto?

—Clavao — repuso el hijo de la viuda.

Y con agua caliente, en la rueda de la cocina, lo bautizaron.

"Bichito e Luz" es un viejo tímido. Serio ante un churrasco, jovial ante una caña. En el patio de aquella estancia, acampa con la noche. Le llevan de comer y masca. Digiere y se duerme sentado. El silencio lo despeja y el cigarro se achica, mientras su memoria se alarga.

—¿Usted no duerme, ciego?

—Sesteo — responde al curioso.

"Truco" ama primero su perra, después el tabaco, después la noche.

Siempre tiene hambre. A veces, sueño. Nunca curiosidad.

Aprovecha la luz del mediodía para echarse a dormir de cara al sol. Vela en la alta noche. Despierta, por la dicha de sentirse igual que los demás.

—Aura todos vemos parejo — le explica a su perra.

Cuando empieza a beber, amanece. La ginebra es su lazarrillo hacia la juventud. Achispado, parece recobrar la vista. Cada relato es un cuatro. La paleta de su memoria colorea sus cuentos. Al detallar el paisaje, mueve los ojos sin luz, en dirección del árbol o del cerro. Todos sus episodios sucedieron en días de sol, a la hora de la siesta, entre ramajes dorados o flechillales rubios. Renunciaba a sus inviernos. “Truco” no veía cosas, sino gamas. Detalló tonos, salpicó de flores el yuyal y de cambiantes verdes el arroyo. En aquellos parajes, el viejo, borracho de color y de ginebra, pasó la mocedad cribando pumas que lo araban en el pechazo. Si le servían una copa más, empezaba a ver rojo en su alboreo y entonces, “Truco” era voluntario en la “carchada”, le pisaba las paletas a un herido y, facón en mano, le “cambiaba el cogote” hasta encontrarle la “olla” que hervía sangre a borbotones.

Al relatar el degüello reía siempre, mostrando los colmillos gastados y amarillentos. Manaba sangre fría. Pónese triste, nada más que cuando acaricia a su perra, a la cual llama “Vida”.

Quiere a la perra, porque mira por aquellos ojos que van delante de él a cuatro pasos, sujetos por un tiento crudo, que hace de nervio óptico. Es una “Vida” miserable, de rabo largo inexpressivo, hocico quemado en los tizones y pelaje gris. “Truco” la siente de color chocolate: color camino dulce. El animalucho tiene sangre de cazador y de ovejera. Su flacura la acerca al padre. Le cuelga en flecos el vestido y le sobran varillas al corsé de su costillar. Vagan en yunta, el ciego medio desnudo por la miseria, la perra medio desnuda por la sarna. Buscan mendrugos y suelen encontrar terronazos. Reparten

ambas cosas. Jamás discuten. El ciego transa siempre. Sabe que la "Vida" tiene larga nariz para ventear chamusquinas y conoce el camino más corto para llegar a un hueso. Duermen en cualquier camino. "Truco" no necesita cerrar los párpados. La perra tampoco, pues no le alcanza el tiempo para rascarse desesperadamente. Algunas veces, el tiento cruje; es que el lazarillo olfatea una carniza y es preciso llegar a la osamenta y dejar a la "amiga" pelear con los caranchos y sentirla comer. El ciego espera entre el hedor espeso, mientras una nube de moscas verdes le salpica las barbas. Y aspirando olor a "dijunto" ríe en silencio, como la osamenta, mostrándose los dientes sin poder verse ninguno de los dos.

Este atardecer, caminan hacia donde la perra quiere llegar. El sol rasante da en las pupilas de "Truco". El ciego avanza de cara al astro. Por el camino se ve, casi únicamente, el rostro del mendigo. Es feo y bello, sin embargo. La ceguera es tristemente hermosa. "Truco" luce un chiripá de lona con ribetes de grasa; una camisa acuchillada, quizás de algún "conquistador" y remiendos de piel. No se acuerda de haber gastado sombrero. El sol le hace bien como a los viejos. La lluvia le hace bien como a los bustos. En la cintura lleva un cuchillo sin vaina. Cuando no tiene que comer, lo afila, mientras su perra observa, bostezando, la maniobra.

—¿Pa qué te apurás?

Esta vez la "Vida" tampoco contesta. Ella puede tener querencia; "Truco" no. El ciego no vive en ningún pago. ¿Acaso es pago el camino? Cuando salen, no es a cosechar hambre, es a curarla o a distraerla. En cualquier sitio el campo los recibe con los brazos abiertos. El cielo les presta un pedazo de su poncho agujereado y las taperas un ala caída.

—¿Vas pa la estancia?

Como la perra no le saca de curiosidad, el ciego se arrima al alambrado, palpa un poste, nota que es de hierro y sabe que la estancia está cerca. Vuelve al trillo

por respeto al cardal y avanza. Ahora la perra se detiene. En seguida se enreda en las piernas del anciano y así permanecen los dos, inmóviles, temerosos, uno apoyado en el otro, cambiándose insectos.

Oyen las sordas pisadas de un caballo. Tintinean metales. Un ginete se acerca y detiene la marcha.

—¿Ande vas, “Bichito e'luz”?

—¿Quién sos, niño? — pregunta el ciego, sin apartar sus ojos del sol.

—Muchas ucasiones te he preguntao si querías comer. Aguardaba que me reconocieses... Soy el hijo e'la viuda.

—Mesmo. Sos el niño Jacinto. Aura te veo clarito la voz. Disculpame. Pa tu estancia diba...

—Yo vengo de allá...

—¿Cenaron?

—Estaban pa sentarse a comer.

Jacinto Olmos es un paisano de veinte años. Le conocen ocioso, vehemente y bueno. Mientras dialogan, observa con asco a la perra. Siente compasión por el miserable animal. La enfermedad se extiende desde los párpados hasta la cola, en una serie de lamparones rojos y negros. Camina enredándose en el vellón. Sobre sus llagas pasa el sol y la perra lo muerde.

—“Bichito e'luz”, ¿tenés tabaco?

—Muy poco, niño.

Jacinto saca de sus maletas un paquete de “picadura”.

—Aquí tenés pa pitar toda una noche.

El ciego tomó el regalo y lo guardó en silencio.

—Ya se dentró, Jacinto.

—¿Qué?

—El sol...

—¿Cómo sabés?

—Mi perra no se rasca tanto — repuso el mendigo. — Es malo mesmo el sol...

El estanciero, lleno de compasión por aquella pústula, protestó:

—Ciego, es una herejía dejar vivir a un bicho ansina. Rió en silencio el mendigo.

—El hombre ha de ser güeno, che. Y en el ser güeno dentra matar a lo que sufre sin compostura. Yo miro a uno animal y siento el deber de darle un tiro en la cabeza. Es mucho castigo la sarna — continúa Jacinto. — Vos te ráis. Pero la perra se muerde como ganosa de darme comiendo pa salir de este mundo. Ya se ha sacao el poncho e'pelos... Poco le falta pa quitarse el de cuero, el pellejo. Bien se conoce que no podés verla. Tiene los ojos como dos botones ensebaos... Dentro e'poco se quedará ciega tamién...

Temblaba el mendigo.

—¿Qué te parece, viejo, si la despeno?

Por toda respuesta "Truco" le devolvió el paquete de tabaco.

—No lo quiero, niño...

—Guardálo.

Jacinto Olmos empuñó su revólver. La perra dió un paso hacia él. Le apuntó a la cabeza.

—Es una güena acción — dijo.

—¿Cuála, niño?

—Esta.

Sonó el disparo. El ciego rió de la broma. En seguida nota que su perra no tira de él, no lo cincha. Luego siente temblar el tiento en su mano. Palidece. Se arrodilla. Toca la cabeza del animal. Algo tibio, viscoso, le corre por los dedos. Y lanza un grito. Uno solo. Aquel ¡ay!, agudo, duele a Jacinto Olmos. "Truco" vuelve su rostro hacia el estanciero.

—Aura sí que estoy ciego... niño — le dice. — Ya está...

El paisano, deja de tutear al miserable.

—Yo le daré otro perro, agüelo. Serénese. Crea que acabo de hacer un bien.

—¡Ya no se dir pa ningún lao!... Aurita el niño Ja-

cinto concluyó de atarme a la estaca e' mi perra... ¡me manió a un "muerto".

Continúa arrodillado en medio del camino. La noche sale de él y se acuesta sobre el paisaje. El caritativo paisano casi está arrepentido de su bondad.

—Viejo — dice — no se desespere por tan poco. Levantesé. Yo via'hacerle de perro ¿oye? Dea dos pasos pa este lao...

"Bichito de luz" avanza, arrastrando ahora a su perra. Es un saldo de cuenta. Siempre a distancia, por mandato del asco, Jacinto lo dirige.

—Cuerpéele por la izquierda a ese cardo...

—No me hace daño — responde el ciego, mientras pisa las espinas y revienta alcachofas. El chiripá se cuaja de pompones.

—Adelante, viejo... Ya está a un paso de mi alambrao. Toqueló dispacio que el primer hilo es de púas...

—¡No me hacen nada!

—Güeno, aura siga esa línea a mano derecha. La primer portera es la de mi casa. Dentre y diga que yo lo mando; con eso le dan de comer... No se dimore que ha cáido la noche.

Jacinto cerró piernas.

El ciego permanece quieto hasta que se siente solo. Tírase sobre los yuyos. Atrae a su perra y la hamaca en las rodillas. A pesar de tocarlo, encuentra bello al animal amigo. Ahora, como se ha quedado quieto, está frío y le enfría las manos. Por el camino pasan algunos caballeros sin ver al ciego procaz. "Truco", nota que "Vida" se pone rígida y, sin dejar de acunarla, le canta en voz queda, versos indecentes: Los únicos que él sabe. Empiezan a encenderse candiles. Se apagan los ruidos. Hasta los postes bajan lechuzones cabezudos y ojerosos. El mendigo canta... Ahora saca el cuchillo, tantea el campo en busca de una piedra, la encuentra y se entretiene en afilar su acero. Ríe. Lo primero que corta es su canto. Es inútil que las corujas le guiñen picarescas. "Tru-

co'', de tanto en tanto, cerciórase que la perra no se le ha ido y torna a su tarea.

—Vamos, haragana — dice a la sarnosa.

No incorpora de cabeza gacha, con miedo de quemarse la melena en las estrellas; guarda su arma, toma la perra en brazos y se pone en camino. Le atrae la estancia del criollo compasivo que le cerró por segunda vez los ojos. A pesar del ribete costroso, "Truco" veía por su perra. Ahora, tropieza. No pierde arbusto espinoso. Cae. Natural; está ciego. Ya el tiento crudo no le previene contra los pozos, ni las "uñas de gato", ni el ortigal. Ahora el sarnoso es él. Le arde la epidermis. Va dejando girones de su ropa en los ramajes, en el alambrado de púas...

— Soy yo el que tiene sarna — murmura.

Abrió la portera. Cerca del patio le avanzó la perrada. Alguien, desde el galpón, espantó los canes.

—Allegate, "Bichito e'luz" — gritaron. — Pero no dentrés...

—¿Quién sos?

— Soy el indio Pérez, el sereno.

—Me mandó el niño Jacinto — explicó el ciego.

—Te viá traír unos güesos...

—No quiero comer...

El ciego rió.

—¿Qué traís en brazos, un gurí?

Tanteando dió con el tronco del árbol donde solía sentarse a mascar. Puso el cadáver de la perra junto a él y tomó asiento.

—Indio Pérez, tengo sé.

Bebió en una guampa, mojando la camisa y su pecho velludo.

—Güeno, ciego, aura pa encoger la noche, cuente alguna mentira de esas con bastante sangre que usté sabe...

—No las ricuerdo...

—Entonce, bajito, cante agatas, pa que no lo óiga la viuda, algún verso zafao...

“Truco” apoya su diestra en la cabeza de la perra. Con ese mismo frío, se pone a cantar. El verso es de taberna; pero el ritmo de cuna. Termina una estrofa y empieza otra y otra, hasta que el propio Pérez le hace callar.

—Hoy cantás muy feo... te falta sentimiento...

—Se me murió mi perra...

—¿Le llegó la sarna a los sesos? — preguntó en broma el indio Pérez.

—No. Fué la compasión del niño Jacinto que le dentró en los sesos...

—¿Y de eso te ráis? Ya hace tiempo que el bichito venía pidiendo un tiro...

El indio se marchó hacia los galpones. “Truco” enciende su luciérnaga. El relente le hace llorar. De los ranchos llegan ronquidos; del pesebre, el sordo rumiarse vacuno. El indio Pérez camina y se aleja. Los perros barajan la luna y se la pasan de ladrido en ladrido. El “bichito de luz” quiere entrarse en la boca de “Truco”. Con un pucho enciende otro cigarro. Así espera cien humadas... Oye que alguien abre el portillo del camino.

Un jinete se acerca, el viejo lo siente crecer. Ahora el recién llegado desmonta.

—¿No dormís, “Bichito e'luz”?

—¿Es usted, niño Jacinto?

—¿Te dieron de comer?

—Sí.

—Tiráte a descansar por ahí. Mañana vamos a aliviar tu miseria...

El ciego no respondió.

—Hasta mañana, agüelo...

“Truco” rió en la sombra. Después vivió para oír al niño Olmos. Le contó los pasos. Sintió que abría una puerta. Sonrió oyéndole silbar una “güella”. Golpeaba el yesquero. A pesar de la distancia, el mendigo oyó que

un dedo sucio de sangre coagulada. El tacto sube acariante por una mejilla, alcanza las pestañas. No es sentido. Cuando se dispone a cortar, el miedo de equivocarse lo detiene.

—¿Ande quedan las pupilas de uno cuando duerme? — se pregunta. — ¿Güeltas pa'dentro o al frente?

Lamenta su ignorancia. Piensa que de un dormido a un difunto no hay más diferencia que el tiempo. Se le ocurre consultar el punto con la perra. Agáchase. Busca los ojos de "Vida", le abre los párpados y le toca las pupilas secas y frías... Ya sabe donde herir.

—En la boca mesma'e los párpados.

Su cuchillo está tan afilado que pasará por entre los párpados sin que el "niño" lo sienta.

—Y estando fría la hoja, ¿no lo despertará? — se le ocurre.

Para entibiarla, apoya la hoja sobre su pecho velludo, a la altura del corazón. No tiene prisa. Jacinto duerme profundamente. Tiene el sueño tranquilo de quien por bondad, despena a un animal enfermo. El campo calla. El cuchillo de "Bichito de luz" está tibio de ambos lados. Entonces, la mano izquierda aquerenciada en las pestañas, guía el filo. Durante un segundo, la hoja permanece quieta encima de aquellos ojos. Después, empieza a bajar muy despacio...

Pincha la noche un grito altísimo.

La perrada se eriza y le aulla.

Luego, mientras Jacinto Olmos choca en todas partes con la sombra, "Bichito de luz", vuelve a sentarse en el tronco. Limpia entre dos dedos el filo del cuchillo y sacude una gota de sangre que temblaba en su índice. Entonces nota que tiene sueño. Bosteza y, para ahuyentar pesadillas, se persigna en la boca.

el entanciero le daba cuerda a su reloj. En su dormitorio, Jacinto fuma. Rato después sopla el candil. En seguida aruge la cama. El ciego ya no fuma; entre sus dedos apaga el cigarro. Se ha borrado. Espera, inmóvil, cinco minutos, diez, media hora. Ahora, entre cien sonidos confusos, llega hasta su instinto el opaco roncar del niño Olmos. Entonces, carga el cadáver de la perra y a tientas, paso a paso, se encamina hacia el rancho. Lo conduce el ronquido. Acaricia los terrones, se corre por ellos a todo el largo de la pared. De pronto no toca más que el vacío de la puerta. Se agacha. Escucha. Jacinto duerme. Arrastrándose, avanza. Déja la perra en el suelo, junto a la cama. Después, lentamente, saca de la cintura el filoso cuchillo. Mientras lo empuña en la diestra, hace avanzar su otra mano hacia la cabeza del dormido. Por fin consigue tocar los cabellos de Jacinto Olmos. Quizá éste sintió el roce, pues cambió de posición. Conteniendo el aliento, inmóvil en absoluto, el ciego espera...

Por el patio cruza el "sereno". "Truco" sigue todos sus pasos. Lo "ve" llegar al tronco caído. Quizá Pérez lo busca para que cante. Más tarde, el peón se acerca al dormitorio del niño Jacinto. "Truco" siente el latir de su corazón asustado. El indio oye roncar en la oscuridad y termina por alejarse.

Entonces el mendigo vuelve a su tarea. Busca, sin ruido, los párpados del mozo bueno que le mató su perra. Quiere cortarles de un solo tajo las dos pupilas y dejarle a oscuras, con el cadáver de la "Vida", cerca. Quiere hacerle saber cómo se ama al guía cuando se ha perdido el rumbo para siempre. Desearía avisarle la llegada de la sombra...

—Es lástima — piensa. — Me puede ver entuavía.

Decide, en cambio, callar después que lo haya emponchado. Cuando el niño, ciego, tropiece con la perra, la perra misma le explicará por qué anocheció. Mientras el dormido ronca, el viejo insomne, le busca las pupilas. Toca apenas el bigote suave. Pasa sobre éste la yema de



BADIA HERMANOS

A MARCELO PEYRET.

—¿Juan?

—¿Eh?

—¿Ande calculás que se halla la fortuna?

Casio sigue dando vueltas entre sus manos a un paquete de "picadura". Toda su golosina consiste en guardar plata y soltar humo. Hace cinco minutos que luchan el avaro y el fumador. Nunca creyó que fuese tan casto aquel envoltorio.

Juan, desde el otro lado del mostrador, le observa con angustia. Cuando ve que su hermano, vencido por el vicio, va a desflorar el paquete, repite su pregunta:

—¿Ande pensás que se encuentra la fortuna?

—Yo creo que es en el ahorro... mismo.

Convencido de ello, vuelve el tabaco al estante. Entonces, puerta adelante se dedica a mirar el camino, a la espera del primer cliente fumador. Quizás su cigarrillo ya se ha puesto en viaje. Casio tiene la virtud de ser poco exigente.

Juan, seguro ya de haber impedido un gasto inútil, le dice:

—Si querés pitar, ¿por qué no abrís una cajilla de las caras? Total es un placer pa vos... yo te lo apunto...

Casio, jamás ha gastado nada. Juan, ni la mitad de nada. Las tentaciones que padecen no hacen más que ennoblecer su avaricia. A veces es un cigarro, luego

es una copa de “guindao”, en otros momentos han puesto en peligro hasta una pastilla de menta con versito. Contrajeron estos vicios por culpa de la parroquia.

Empezaron a beber para aumentar el gasto. Cuando los “envitaban” servíanse en un vaso pequeñito y lo cobraban grande. Fumaron porque, vendiendo ellos el único tabaco que había en cinco leguas a la redonda, cualquier humo se les cuajaba en dinero. Los mellizos Badía nacieron para parar rodeo a todas las monedas del pago.

—¡Hasta el tiempo se nos ha dao güelta!

—Sigue seco... Siquiera hubiese rigolución y una gran pelea, llovería... Es una disgracia, Casio... La gente que tuvo campos antiguamente, a lo mejor sacaba la suerte e' que se diese una batalla cerca y salvaba los trigos.

Los mellizos no poseen campos; pero hay un chacare-ro de poca tierra y muchos hijos, que les debe un dinero y ellos han resuelto confiscarle la cosecha. Les pidió dos bolsas de harina y nunca las pagó. Acaso pensaba que eran sus espigas aquerenciadas y blancas que volvían a su rancho.

—Ese trigo del Aniceto Canijo nos va a dar una pér-dida, Juan... En fija no responde por toda la cuenta... ¡Vos te conmoviste aquel día!

—Por eso jué que le hice firmar el papel ande el pí-caro promete entriegarnos el trigal... Se me hizo güena la garantía... Yo pensé en todo...

—¿Y la seca?

Se hace un largo silencio. Desde su puesto:

—Tenés razón, Casio — le dice el hermano — me conmoví. ¡Pucha amigo! ¡Pensé en los hijos de ese hombre y después la primavera había dentrao tan llovedo-ra...

—¿Vos sabés cuáló es lo que no deja hacer fortuna?

Casio se llama en realidad Nicasio. El mismo se podó el nombre, para no ser, ni siquiera en eso, más “largo”

que su mellizo y socio. Ahora se ha puesto a mirar el cielo azul. Azul desde hace dos meses, a pesar de los puños levantados contra él desde las melgas, de los romanos que corren entre los dedos de las viejas y de las grietas abiertas, con sed. El trigo le tiene miedo. No ha querido estirarse. Le mira desde apenas una cuarta del suelo. Cuando la tierra pasa sed, el labriego pasa hambre.

—Dimasiao corazón, Juan... aprendé del tiempo.

El boliche fué levantado en una loma áspera. Con sólo trepar hasta él, ya se gastaban fuerzas. Los Badía le adquirieron con tres días de discusión y cuatro reales al contado. Allí no llegaba nadie por no desocar los mancarrones. El negocio iba mal; pero lo compraron lo mismo. Ellos no querían hacerse ricos, sino ir tirando. El antiguo dueño, cansado de seguir tirando, aflojó. Los Badía estudiaron el campo de batalla. El rancho estaba lejos de las vías transitadas. Ya que no podían llevar el "negocio" hasta el camino, llevaron el camino hasta el negocio. Una pisada y otra hacen la senda. Entonces ofrecieron juego libre, libreta, crédito, baratura. Ofrecieron tanto que el paisanaje empezó a caer.

Los "gurises" dispusieron de un "sapo". Los hombres de una carpeta. Las mujeres empezaron a pedir a sus maridos que no fuesen al boliche a perder la plata, el tiempo y el equilibrio. "Badía Hermanos" también contaban con esto. Por milagro de la cachimba, convirtieron un litro de caña, en diez. Ellos que no habían gastado más que cumplidos y cuando dieron algo fué trabajo a los cobradores, pasaron en aquellos días momentos de prueba. Cuando le cerraban el boliche a la noche y la clientela, palidecían mirando los tejos en el suelo, una cuarta de caña perdida, dos pesos de costo "despachados" y apenas cincuenta pesos en el cajón.

Fué preciso que pasara un año para conseguir normalizar el negocio. Se habían dejado robar. ¡Daban hasta novecientos gramos en cada kilo! Tuvieron que re-

bajar despacio en el peso, encoger el metro en la mercería, embarrar las papas...

La costumbre y la querencia hicieron lo demás.

—Juan, alcanzó a ver una mujer que viene de a pie por el camino... Me gustaría que juese una negra...

—Justo... ¡por el cachimbo!

Se llevan cinco minutos de diferencia en la edad. Es los único que los separa. Acaso de común acuerdo, han resuelto que Juan se muera cinco minutos antes que Casio, para "empatare". Nunca se ofenden por palabras. Le echan la culpa a la bebida. Cuando husmean peligro esconden la talega en la trastienda, la mano bajo el mostrador y el trabuco en la mano. El borracho más cargoso no logró impacientarlos mientras tuvo un peso en el tirador. Como tenían que comer de lo propio perdían el apetito. Durante tres años no han salido de su almacén. Viajan en los relatos de los clientes, con las ruedas de las carretas y sobre el caballo del tropero. La vista de una libra esterlina los emociona. Es un sol pequeño que baja hasta ellos, privados de luz, adheridos al mostrador para no morir de hambre. Lo extraordinario es que aún estando solos, ellos dos se dicen, convencidos de no creerse, que sienten aversión profunda por los avaros, gente indigna de la raza criolla gastadora a manos llenas de sus virtudes y sus vicios, su dinero y su sangre.

Por no abrir una lata de sardinas, Juan pasa sin comer más días que Casio. En cambio éste, fortalecido por el almuerzo, no rechaza "envitada" ni siquiera el domingo, cuando desde las "puntas" del día hasta las "barras" de la noche, es preciso apurar cien vasos de menta y caña y ginebra y sisnape... Cada vez que alza la copa mira al mellizo. Es un mártir de la firma comercial. Se suicida. Esto sólo lo saben: él, su socio y las botellas.

Esta mañana, aburridos, hacen incursiones al paisaje. Echan camino delante los ojos, que no gastan alpargatas al andar. Juan quiere encontrar una nube. Casio un ci-

garro... humó. Parecen dos poetas. Hacia ellos se acercan, paso a paso, una mujer.

—De por aquí, no parece... ¿no es así, Juan?

—Cierto.

La forastera viste ropas de colores vivos y usa un pañuelo en la cabeza. No quiere perder nada de calor. Sin embargo el bochorno escapa sonoro por sus válvulas de chicharras. La bata de la mujer es tan roja, que a su paso el polvo se levanta a mirarla y huyen los pájaros. Truce un atadito colgado de su mano derecha como una borla. Camina sin prisa por llegar. Parece una de esas mujeres condenadas a no arribar nunca...

—Pa'quí viene.

—Sola — observa Casio, bajando los ojos.

—Parece moza — comenta Juan sin mirar al hermano.

Ninguno se ha movido. Continúan acodados en los extremos del mostrador. Dejan acercar al enemigo, teniendo uno a su espalda, la guerrilla de botellas mortíferas y el otro, su barricada de bolsas.

—Va a llegar cansada — apunta con malicia una mitad de la “firma”. Pasan un instante mirando cierta tela de araña quien les avisa que desde hace muchos días no se despacha anís. Ahora ya consiguen ver a la mujer al “detalle”. Sus polleras chingudas, la bata escandalosa, los zapatos de tacos torcidos en fuerza de sacarle el cuerpo a los terrones.

—Se ha parao en la ramada...

Sin duda aquella sombrilla le ha hecho temer el metro de sol que la separa del boliche. Por fin se decide y lo cruza.

—¿Esta es l'almacén de los mellizos?...

—La mesma. Nosotros semos ellos, señora.

La “firma” ve en su visitante: primero pobreza, en seguida madurez, más tarde fealdad. Fruncen el ceño como avaros y como solteros.

—Yo me llamo Pentecostés, pa servirlos... Ese jué el

nombre que truje en el almanaque. Soy la viuda de Obregón.

Le encuentran olor a pobre. Para los Badía, Pentecostés lleva trazas de pedir fiado.

—¿Quién la mandó p'aquí?

La mujer contesta sin dirigirse a ninguno, para no hablar en péndulo:

—Un tal Aniceto Canijo, chacarero. Dice que si hay alguien rico en este pago y manos abiertas, son los melizos.

—¿Usté vido un trigo que tiene ese hombre? — le preguntó Casio.

Lo vide...

—¿Cómo viene?

—¡Muy ruin!

—¿La oís, Juan? ¡Vos tenís dimasiao corazón!

—Eso mismo, señor, jué lo que me dijo don Aniceto. Por eso me les allego — continúa la pobre mujer. — Hoy a las cuatro van a hacer los cinco días que perdí a mi marido. Me lo mató un grano malo... Llevábamos diez años de coyunda. Porque yo no soy vieja más que por ajuera, ¿saben? Aunque me esté mal el alabarme, voy a cumplir cuarenta ricién. Lo que pasa es que me he asollao mucho...

Juan y Casio la escuchan pacientemente.

—Cuando me quedé sola, tuve que dirme de mi pago.

Acciona con la derecha, a pesar del atadito. Es preciso que se le haya quedado por olvido en esa mano. Espera en vano a que la interroguen. A pesar del silencio y sin parar mientes en el poco interés despertado por su historia, sigue contándola...

—¡Cómo iba a quedarme allá, si no tenía pa comprar-me el luto! ¿No hallan? Si cuando me miro yo mesma con esta bata, me parece que ni el finao se ha muerto...

Piensa en el esfuerzo que le cuesta llorarlo vestida de punzó; en los comentarios de las vecinas. Imagina el chismorreó de sus comadres en chancletas. Las ve de

trenza atada y lengua desatada, quemándose con la bombilla para no perdonar silencio.

—¿Con qué cara me pude quedar allá? Yo soy pobre; pero tengo vergüenza. No es porque busque aparentar; ¿no es cierto? Es cuestión de comprender lo que le debo al finao. — Dice esto mirando a Casio, quien le contesta:

—Claro...

Mientras tanto Juan toma una pieza de merino negro y la pone sobre el mostrador. Es la tentación. Parece mandinga mostrando un ala. Desenvuelve la tela obscura y sugestiva como la noche, que para ellos pronto se entrellará con moneditas de plata.

—Ocho pesos la vara, señora — le dice. — Usté con siete varas tiene pa un luto largo. A la firma Badía le ha causao gran efecto la ley que usté le guarda a su di-junto.

La viuda agradece. Al fin se ha encontrado con dos personas que comprenden su tragedia. Toca su propio duelo tejido.

—¿Ocho pesos dice, Badía?

—Baratito...

—Es que yo no tengo plata, ¿saben? Pero tengo brazos. No vine a trampiar el luto; ¡pobre Obregón!... Quiero ganarlo. Yo, con tal de ponermelo por respeto al finao, les ofrezco a cambio quedarme aquí, de sirvienta, un mes... dos... los que sean...

Juan y Casio sacuden la cabeza. Pentescostés no tiene ojos más que para el merino. Lo vuelve a acariciar.

—¿Dijo siete varas, Badía?

Casio contestó primero esta vez:

—Más bien menos que más... Peligra de arrastrarle y no es cosa de andar embarrando un luto... Pa mi gusto, señora, como el género es tan anchito, con tres varas tal vez le saliese.

Ella acepta. ¡La tiene tan arrollada el dolor! Luego tampoco está bien que una viuda camine muy derecha.

Tres varas le alcanzan. Entonces, cuando se acorta su vestido, Pentecostés alarga el pago. Un año trabajará allí. De sol a sol. No gasta nada. La pena le ha quitado el apetito. Refiere todas sus habilidades: sabe lavar y planchar. Compone un guiso con cuatro piedras y un "güeso"; lo condimenta con madrugadas y tareas. Lleva cuarenta años de pobre. Sabe cuáles charamuscas humean y cuáles hacen ascua. No da puntada sin nudo. Es capaz de cazar el canto de un gallo y meterlo en la olla para dar sabor al caldo. Es ahora la tentación.

Cuando "resuella", Juan avizor, consigue detener aquella letanía cantada en grillo, con sólo tres palabras. —Pentecostés, agüárdenos aquí.

Los dos entran en la trastienda. Se sientan frente a frente y contratan. Al hablar de intereses no se tutean. Son casi enemigos.

—Total, Juan, usted sabe que ese merino, dende que los criollos no usan chiripá, no hay quien lo lleve. Costó un peso el metro. Estirándolo un poco, la viuda con dos metros y medio...

El socio saca la cuenta.

—Son más de dos pesos — observa. ¡Es una pérdida grande!

Junto al mostrador, Pentecostés, mirando el género negro, llora sus primeras lágrimas por Obregón. Ella no se considera viuda del todo, hasta que pueda ponerse luto.

—Sin embargo socio, usted compriende que ansina la firma no va a poder seguir... Ya hace tres años que no vamos al pueblo... Algún día tendrá que ser...

Los dos se entienden. Pueden ir a pie, es lo más probable, con las botas al hombro; pero algo tendrán que comer; si no ¡para qué hacer el viaje! Luego, el pueblo sale caro. Hay que pagarlo... Casio calcula cada gasto; lo anota y suma.

—Todo sale por cinco pesos... — dice — Si acetamos a la viuda saldremos ganando justo el cincuenta por cien.

—¿Usté pensó, mi socio, en el posible de que ella, con tanto penar, se nos muera aquí?

Tamién puede salir sana...

Juan se asoma.

—¿Usté tiene güena salú, viuda? — le pregunta.

—No he conocido doctores...

—¿La oyó, Casio? Está llorando la pobre, no es pa menos...

La razón social continúa estudiando cuidadosamente la operación. No es cosa de ensuciar el interés con los sentimientos... ¡Son tan tiernos!

—Juan: ¿Y si llegase a nacer un hijo?

Este fué el momento en que Pentecostés estuvo más lejos del luto.

Usté, está visto que es el mejor de los Badía... Casio no hay nada que hacer...

—No se abalance...

Ahora Casio sale a consultar el punto con la propia "mercadería". Su pregunta hiere de costado.

—Viuda, ¿cuántos hijos tiene?

—Denguno, señor. Nunca me los quiso dar Dios... ¡Pobre Obregón!

No se explica aquella curiosidad. ¿Para qué buscarle la presilla? A la desdichada mujer no le interesa otra cosa que la negrura del merino. Para ella no es nada estar viuda mientras no lo parezca. Si pudiese andaría embarrada.

—Es machorra, Juan, pero no se alegre mucho... Acabo e'mirlarla bien. ¡Esa mujer es más fea que rodada e cuzco en un cerro!

—La lindura tira contra el ahorro. — sentencia el socio.

No se han hablado nada más. Están de acuerdo. El negocio deja ganancia.

—Conviene...

—En efecto, conviene.

—Casio, ¿una semana cada uno?

—Ya se sabe, Juan.

Cada semana pagan. Cada semana cocinan. Cada semana se turnan en los ramos. Es la costumbre de la casa.

—Güeno, escriba el negocio en un papel, mi socio, las palabras se hacen aire...

—¿Acetará doña Pentecostés?

—¡Como pa no? ¡Nunca le habrá salido más barato un traje! Cuasi el negocio lo hemos planiao pa ella... Acortelé otro poco el género.

Casio sonríe.

—Usted me endivina siempre, Juan...

Vuelven al despacho. Siguen secos. La viuda llora.

—Atienda, doña — le dice Casio.

Lee:

“Doña Pentecostés Obregón se compromete, por dos varas y cuarto de merino negro recibido, a trabajar un año de piona en el negocio de Badía Hermanos”. — Hace una pequeña pausa y termina la lectura subrayando: —“Pa todo servicio”.

—¿Aceta?

Sigue un silencio largo. Pentecostés siente en su carne los ojos bestiales de Juan y de Casio. Le asquean. Hasta las raíces de su dolor cavan aquellas miradas. Piensa en el finado, que no tendrá ni siquiera quién se ponga por él un miserable trapo negro. Mira su bata roja. Aquella prenda está colorada de vergüenza. Sigue apayasándole su pena. ¡No la dejará ser viuda quien sabe hasta cuando! Recuerda, allá, en su pago, la rueda donde las comadres se santiguan horrorizadas, ante la indiferencia de la vecina. Las oye decir:

—¡Pobre Obregón... si se ricordase y la viese... de colorao!

Y entonces, por respeto a su difunto, pidió la pluma y contestó:

—Güeno...

LA PRIMERA ELECCION

—¡Capitán!

El viejo, estaba muy lejos de aquel cuarto; andaba entre el humo del “Guabiré”, su último entrevero. Por eso no oyó a Lindoro, el peón-mestizo de asistente, indio de sesenta años, especie de cola, que lo venía siguiendo desde la “tricolor”.

—¿Da licencia, capitán?

—Dentrá, muchacho.

El “voluntario” obedeció. Miró primero la lanza escrita a filo de sables, luego a su jefe escrito por las arrugas, y se quitó el chambergo.

—¿Ya ensillaste el “gatiao”?

—Sí, señor.

—¿Pusiste mi cuchillo caronero?

—Eso es. Y el lazo grande también; lo asiguré a la cidera... según mandó.

El capitán Rocamora abrió un ropero negro, sacó de allí su gacho y miró durante unos instantes la divisa, ancha de seis dedos, en la cual se leía, escrito en letras doradas, muy borrosas, el lema: “Por ella”. La frase ocupaba el espacio de la frente. “Ella” era la patria, la causa, la mujer y quizá la gloria. Sesenta años atrás, Rocamora la había recogido sobre el campo de batalla del “Talar”. Aquel trapito, ya entonces, tenía hechas dos campañas con el “finao” su tata, Capitán como el hi-

jo, de empuje legendario también. Tuvo una muerte digna de su vida, entre el humo, para que la "güesuda" se le acercase sin recelo, sobre el freno de pontezuela, bajo la corona de los chimangos, mientras el caballo de pelea le relinchaba llamándole. Cuando Rocamora se abrió paso entre las balas para pelear allí, el "fuego" se había apagado y el tata estaba frío, más blanco que nunca. Como debió ser.

Nuestro capitán era muy muchacho entonces. Lloró mostrando un puño al enemigo. Era el corazón del "finao" lo que mostraba. Luego, rodilla en tierra, tomó el gacho, lo juntó a la fuerza de su brazo, y se puso a lancear. En la copa de aquel sombrero apagó su sed. Y al caer esa tarde sobre la victoria, cuando el general lo nombró capitán al frente del escuadrón raleado que levantó las lanzas en su honor, él le pidió licencia al dijunto en un "santiguao", sacó la divisa manchada de barro y sangre que hacían fecundo al lema y la empezó a usar.

—Capitán, y disculpe, ¿va a llevar la divisa?

—Yo siempre la he llevao al peligro, muchacho.

—Es cierto; pero lo que es hoy desengañesé... Vamos a votar.

—¡Quién sabe!... —

El viejo miró a su amiga lanza. Durante un minuto largo, la lengua de acero y los ojos de acero dialogaron. Luego Rocamora, poniendo una mano sobre el hombro del indio fiel, le dijo:

—Lindoro, compañero e causa, vos "dentraste" conmigo en todas... A dos manos tomamos de lo amargo. Atravesaos dormimos muchas ucasiones haciendo una cruz sobre el campamento...

El amigo le miraba a los ojos y sonreía.

—Entre tu jefe achuchao y el frío, tu aliento puso muchas noches el poncho de un fogón... Cuando en la retirada del "Aperiá" me boliaron el pangaré marca "pajarito", vos diste güelta, muchacho, te metiste entre las

güampas de mandinga y lo sacaste en ancas a tu capitán ¿ricordás?

Lindoro ya no miraba al jefe sinó al suelo. Parecía un cachorro sorprendido en falta. La mano cariñosa iba poco a poco apretándole el hombro.

—Y después, creo que jué en la “Horqueta”, un tiro-teo, que te baliaron en los costillares por confianzado, muchacho. ¿Ande se vido a un soldado entrar al fuego, a una cuarta agatas, de su superior? Pero te lo perdoné — aquí la voz del guerrero se hizo temblona — porque te perdiste la última carga de “Tucuabó” por atender a mi pobre hijo mal herido. Al finao Mariano, único broto de este tala viejo! Me lo llevaste en brazos; que a tuitos nos güelve niños la muerte.

—¡Oh! ¿Y aura? Si ha levantao con ganas de ablandarme...

Rocamora se irguió. Alto y delgado, vestido de negro por la muerte del caudillo, lustrosa la piel al roce de ochenta años, parecía otra lanza.

—No. Truje aquello pa que hoy me empujase a salir. Sigún vos y los doctores y muchos más, el capitán Rocamora hoy debe dir, como cualisquier arrocinao, a votar... ¡A votar! Escucha: por disgracia no estamos en rigolución. Ya no soy tu jefe. No dispongo aura de vos. Creo que hoy vamos a un peligro y te lo prevengo. ¿Querés seguirme?

—Y dejuero, pues...

—¡Güeno, entonces, a caballo! — ordenó.

Le habían dejado solo las batallas. Al último de los suyos se lo “cortaron” en “Tucuabó” y el viejo le estaba agradecido a ese campo donde un sable le hachó el apelativo. No se parecía al héroe, sinó al heroísmo. Era partidario cincuenta años antes de nacer; así se había decidido la madrugada en que un Rocamora siguió a uno de los jefes de “Carpintería”. La otra mitad de ese siglo, el Capitán la había cruzado al frente de su montonera. El la sembraba en cada lance. La muerte podaba

aquellos criollos que enseguida reverdecían en mocetones de luto. Cuando Rocamora entró en el "tome y traiga" fué para deshacer con su lanzón el nudo de los entreveros. Sobre el caballo "gatiao" avanzaba a los balances, abriendo calle. Detrás de él, Lindoro, luego, el clarín, y enseguida la perrada. Cuando los doblaban, iba desde la cabeza de su escuadrón hasta los rezagados, atajando balazos. Ofrecía a éste un estribo, (una guampa de caña o pólvora al otro, un grito, cualquier sostén de esos que siempre llevaba en las maletas. En esos casos parecía una tigra salvando en los dientes de su moharra, uno a uno, todos los cachorros. Si no le herían no se retiraba satisfecho. Curó sus heridas con tela de araña y agua de charco. Amaba las cicatrices. Le negó todo al enemigo; menos gracia. Su paz fué de caballo "agarrao" y mano suelta. Placiale el choque personal, no por un odio, sino por dos amores, cuando el campo se hacía un camino para que lanza y lanza se encontraran. Así, más de una vez, (Rocamora y un enemigo amartillaron sus corceles a tiempo, los apuntaron en las riendas y dispararon el uno sobre el otro como balazos. Frente a un cuadro de infantería, gastó poco aliento en proclamas. "Nos aguardan, mis hijos, — les decía a sus criollos — santigüense y vamos". Y hacía cerrar las filas, para que no se escapase la muerte. Hombro con hombro, en aquellos escalones, los vivos apuntalaban a los difuntos. Su caudillo le pidió consejo. Su soldado fuego. Su enemigo elemencia. Todo lo concedió. Cuidaba a maíz su caballo para cortarse solo, adelante. Despreció siempre los cañones por "bocabiertas". Una vez enlazó uno y lo sacó a la cincha. Dícese que atravesó la pelea con la pieza de arrastro y parecía un centauro perseguido por una tarántula gigante. Era rebelde por partidismo y gauchería. Para él, su causa viviría mientras supiese morir. La tarde que le mataron al caudillo se vistió de luto en el nombre de todos sus correligionarios.

—Lindoro, allegate...

Se oyó un taloneo. El estribo de hierro y el de plata, brindaron. Por lo lerdo del mancarrón, por la pobreza del "guasquerío" y por el desaliento con que Lindoro marchaba, de hombros caídos, diríase que iba cargando con el yelmo de mambrino y la lanza loca del caballero andante.

—Asistente, ¿usted sabe que es aquella azotea que alcanza a verse ai a la derecha?

—La Comisaría, es.

—¡Era! Hoy tiene más gatos que una pila e'leña. Aprontesé. Aflueje esa golilla pa que flamee. ¿Usted no ve que allí van a dar el alto? Todos estos políticos que hoy nos mandan, creen que las elecciones van a ser parejas. ¡Ellos no han arao con mis contrarios! Ya verás, Lindoro, la de bala que se v'armar aurita...

El asistente le miró con asombro. El no creía en aquello. Por respeto, por si acaso y por lujo alzó el ala del poncho y se lo echó a la espalda. En la Comisaría ondeaba una bandera. Junto a la puerta, un máuser entramojaba a un milico. Tres caballos desensillados y ociosos descortezaban el palenque y en la "oficina" dos oficiales compartían un tema y un mate.

—¿Sabe, capitán, que, a pesar de todo, yo los hallo muy tranquilos a esos hombres?...

—Disconfiales...

—Vengo bombiándolos y cuasi ni nos miran.

Rocamora tuvo miedo. Su asistente parecía acertar. "¿Vendrán tan mansos los tiempos — pensó — que éstos condenaos nos dejarán pasar, mesmo? Pasaremos ansí, con armas, lazos, golillas y divisas?"

Felizmente se le ocurrió el remedio.

—Vamos a hacerles el gusto, m'hijo. Yo no entenderé de políticas; pero de emboscadas, sí. ¡Alzá el galope!... Ya verás. Al pasar pu'allí les golpiamos la boca... ¡Menos mal que alcanzo a ver un máuser!...

—¿Pero entonces, jefe, usted quiere peliarlos?

—¿Yo? Yo quiero votar, muchacho. Soy un ciudadano arrocinao... ¡Vamos!

Galoparon, golpeándose la boca, y al enfrentar la Comisaría sentaron de garrones a sus caballos rampantes. Era el desafío. En respuesta el soldado puso el arma al hombro. Uno de los oficiales, sorprendido, intentó buscar su revólver; pero al reconocer a dos vecinos, sonrió.

—Buen día, Rocamora — le dijo — Usted, a la cuenta, sigue revolucionario.

No obtuve respuesta. Los viajeros siguieron su marcha, pero esta vez al tranco. Lindoro con ganas de reir; Rocamora con ganas de insultar.

—¿Vido?

—¡Maulas! Dejuero. Estos no son derechos nunca. Cree-me, sin no llega a estar la Comisaría allí, ¿vos eres que nos dejan dir a votar? Nos hacen pedazos a bala. Aguantaron pa no alborotar el avispero. U yo no la entiendo u esa gente nos aguaita emboscada... Lindoro, la "mesa" está pa'llá de la "picada el negro"?

—Una media legua vandiando. Se vota en el Colegio.

—¡No te dije! En el paso nos salen...

—Me gusta pa que no...

El jefe trató entonces de convencerlo. El nunca había asistido a ninguna votación; pero sabía por los que "cayeron", que entre los votantes de su "pelo" y la urna, escalonábanse: un calabozo, un "paso" con carretas "peludiando", una provocación frente a la pulpería y por si estos pozos fallasen, un culatazo entre las paletas. Era preciso llegar al voto después de perder una de estas dos cosas: la vergüenza o la sangre.

—Sí, muchacho, nuestro partido la gana en las cuchiyas y se entierra en las urnas. Le han boliao el caballo con discursos. No cai parao. Sigún cuentan se acabaron las guerras, se acabó la coraje, lo enterramos todo con el general. Y sin embargo, amigo, entre los nuestros cuesta más cinchar de un votante que sofrenar un guerrero. La paz ha sido siempre de los que mandan, luego e'los que

enriedan y más último, si algo queda ya, de los que aran...

En balde los "dotores" llegaron a su rancho a convencerle de que ahora los "gatos" pasarían si eran tigres. El, en respuesta, miró su casa clavada en la sierra para ventear el barullo. Era una cueva alta, nada más. Ni precisaba más. Dormía en el suelo por no perder la mano. Regaló la cama a un correligionario con novia. Tenía un ropero y una lanza. Había dado todo, menos el derecho a morir en ley, sobre el enemigo, como era su costumbre de familia. A los ochenta años se encontraba enfermo. Penea de la salud, la edad y la guerra. Y venían ahora a decirle, alegres, que la paz era un hecho. Les cortaban las alas a sus caranchos... Si él era tan viejo, ¿por qué le hacían difícil la muerte?

—Aceté la maulada e'votar. ¿Sabés por qué? Porque voy siguro e'que no me dejan... Por una balota menos, se puede perder la elección ¿comprendes?

—Capitán, por más que nos acercamos a la picada...

—¡Silencio!

Detuvieron la marcha. Frente a ellos se agacha un monte petizo y mal intencionado. Lleno de talas. En la boca del paso unos ceibos en flor vaticinan sangre. Se entra allí con el alma encogida para hacerla pasar bajo los ramajes que con uñas y espinas se adhieren a los ponchos de los viajeros en la esperanza de detenerlos. Manos de árbol aparcero. El silencio, amigo del emboscado, los espera allí. En voz baja, el agua les dice algo a las piedras. A la entrada del "abra" una cruz de palo extiende sus brazos para atajar. Todo anuncia un peligro.

—¡Lindoro, agachate, allí están! A mano derecha, junto al espinillo, tiraos.

—Mesmo...

—Aura vide relumbrar un cuchillo...

—Capitán... ¿dentramos?

—Dentramos.

Se estrecharon las manos.

—Si yo caigo y vos alcanzáis a enhebrar el monte, acordate de una cosa: que si quedaran entre los nuestros diez capitanes como yo, risueltos a enriedar las cosas, los abogaos no van tener más rimedio que poner los libros de carona, montar en ariscos y salir repechando con la causa por las cuchiyas.

—Asín será.

Caronero en mano, cerraron espuelas. Saltó el agua. Volaron unos pájaros.

—Aquí viene Rocamora, maulas. ¡Tírenle y aguanten! —gritó.

Los “enemigos” se pusieron de pie; y lo vivaron.

—¡Qué don Rocamora! Siempre gromista... Abajesé. ¿Cómo está, Lindoro?

—Entuavía, estoy sano...

Al viejo se le cayeron los brazos. Quedó apuntalado entre ellos.

—Nosotros ya votamos y nos vinimos aquí a la sombra a comer un churrasco. Casual jué que semos cinco hombres de la división de Castro. En la “última” cerrá-bamos el mismo fogón; Es tan lindo, volver a hallarnos a-ra, sin miedo de que al amanecer nos desparrame el enemigo! ¿No halla?

Lo que el anciano no hallaba eran criollos. Todos se le habían achicado para poder entrar en la boca de la urna.

—Abajesé, capitán y pegue un tajo, si es gustoso. Esta es de aquí pa'delante, la única carne que podremos cortar...

—Gracias. ¿Querés, Lindoro? ¿Te queda hambre?

—¡Si quedará! La traigo empollando desde que salimos. El hambre es cosa crecedora. Pero, no quiero dimorarlo, señor. Tragaré más bien a la güelta. — Se volvió a uno de aquellos correligionarios: — ¿Cómo va la elección?

—Es un robo pa nosotros. Ai en esta mesa, nomás, les llevamos como doscientos votos adelante. Dará rabia, pero hay que riconocerlo, esta ocasión los contrarios se han mostrao bien derechos. No ha corrido una gota é'sangre. Y dicen que en todo el páis pasa lo mesmo...

Rocamora no pudo contenerse.

—¡Entonces el partido está manco pa siempre! ¡Cachacho!...

—Asín parece, mi capitán, yo se lo decía.

—Muchacho, ya de aura... se acabó... ¡Vamos!

Los gauchos heróicos, sin tiempo para arraigarse en el trigal, empezarian a tumbarse sobre los catres, embretados por los terrones, bajo la vela de las tacuaras inútiles, sin respirar por ninguna boca de clarín, envueltos en humo de fomentos o de leña. Ninguno tendría ya el derecho de rodar del caballo y expirar cavando con las manos crispadas, para sembrarse...

—¡Está de Dios, amigo! ¡Cuando se vido en este páis de toros, que al cruzar una picada en días como éstos, la gente, en vez de voltearte de un trabucazo, se ponga a comer asao y de ternera!

El peón continuaba sin entender aquello. Tampoco sentía razonable el salir en días de paz, con cielo azul, puchero en la olla, tranquilidad en la conciencia y un siglo amontonado sobre los hombros, a buscar un entrevero.

—¡Oyó que vamos ganando, capitán?

—Sí, m'hijo. Es lo pior que nos pudo cáir arriba. ¡Adiós la pelea!... Dende aquí, el que quiera saber cómo jué aquello va a tener que prieguntártelo a vos...

—¡Y a usté!

—¡A mí!

Apretó los dientes; y luego le clavó las espuelas al "gatiño" que, con la cola rubricó en el aire la resolución de su dueño. A varias cuadras delante de ellos se levantaba, blanca y llena de sol, la escuela. La enemiga del sable. En su frente, bajo la mirada del escudo, estaba ins-

talada la mesa receptora de votos. Su custodia la constituían diez soldados de línea al mando de un oficial. Sobre la mesa, resaltaba en negro la urna. De tanto en tanto un paisano se descubría, avanzaba, firmaba el voto y lo enterraba en el mueblecito. Por los caminos ondeaban ponchos. El sol contribuía a que fuese bien claro el acto comicial.

—¿La ves? Lindoro. Es chiquita la urna, parece mansa. Cualesquiera la toma por un cajón de muerto. De angelito... Y esa cosa, muchacho, es, pa mi gusto, mucho más fiera que un cañón. Andá a votar. Aí te permito que vayás primero!

Cuando su asistente se alejaba y mientras recorría la cuadra de distancia que separaba a Rocamora del colegio, el Capitán se "apió", acomodó el apero, cinchó cerca de las paletas y con el caballo de la rienda, se puso a esperar. De sus recuerdos fueron llegando uno tras otro, con los caballos "cansaos", primero los gauchos de su sangre, después los de su mando. Cerró los ojos. Sobre redomones tordillos aparecieron los muchachos y se alinearon a su espalda. El oscuro de "tata" sin jinete se le acercó agitando las alas de los estribos "cribaos". Venía del "Talar". El alférez Luna, ahogado en el "Paso e'las Carretas", los saludó y ocupó su puesto en el ala izquierda. Pensó luego en los ocho Cornejos, que sacaron en un poncho a su amigo Bazán, por entre las descargas de "Manantiales". Todos se habían gastado al lado suyo. Iban tropezando en las moras, uno a uno... Los evocó. Se acercaron haciendo vibrar las tacuaras. Caían en grupos. Algunos sangrando; otros muy pálidos. Todos callados. El escuadrón crecía. Cuando él miraba, los pingos testereando le decían que sí. Montó. Las divisas a la misma altura, en la fila larga, eran como una franja de bandera. Temió que su "clarín" no llegase a la cita. Era un moreno, el pobre "trompa". No sabía más que un toque sostenido, que sonaba temblón por los tropezones en las abolladuras. Fué su nota una lanza me-

hada, que pinchó en el anca a los "cansaos". Cuando el negro llegó, le señaló el clarín y la garganta abierta a cuchillo. ¡Se le escapaba el resuello! Rocamora suplió la degolladura con el viento. El "gatiao" pedía freno. Esperó.

—Ya voté, mi capitán.

—Eso es. Cumpliste con tu deber, muchacho. Está bien. Atendé: hoy, al frente de los dijuntos, yo te nombro mi libro e' cuentos, ¿oís?

—No lo compriendo...

—Aguardá. Alzá galope con rumbo a aquella loma y al sujetá con eso mirás bien. Vas a ver dende allí, cómo votó el capitán Rocamora. Dispués salí por aí y lo contás...

Se abrazaron. Lindoro obedeció, sin entusiasmo, esperando llegar a la picada y "churrasquiar". Entonces Rocamora, torneando a su caballo, se dirigió a los recuerdos. Era la última arenga.

Nos aguardan, mis hijos. Santigiüense y vamos!

Quemado por dos estrellas subió en un balance el "gafino". Rocamora desprendió el lazo, a la carrera, y lo revoleó. Era el chimango que esperaba. Silbó la armada imitando "moras". Hubo en la mesa una bandada de papeles que alzaba vuelo. Se desparramaron los vecinos "boliándose" en las sillas. El asombro ahogó los gritos. Y cuando el capitán torneó a su caballo de pelea, se llevaba a la cincha de su lazo la hurna enemiga, desparramando sobre los pastos la ceniza de la causa. Era una hombrada igual a la del cañón. A pesar de que esta pieza, más lijera, le castigaba, a saltos, los garrones del pingo, el capitán esperaba asfixiarla con el lazo. De pronto, a su espalda, una voz ordenó:

—¡Apunten!

Al oírla, Rocamora sofrenó y les dió el frente a los soldados. Era la muerte que salía por fin a buscarle. Le mostro su cara para que lo reconociese.

—¡Fuego! — gritaron.

Sonó la descarga. En el pecho angosto entraron unas balas. Rocamora llevó sus manos hacia el sitio herido para taparle la salida a las moras y el "gatiao" se paró de manos, empinándose, por alcanzar al vuelo el alma de su dueño.

ZORROS

En qué andás, muchacho?

El tal muchacho usa ojos “pasmaos”, orejas curiosas, frente ancha y mentón puntiagudo. Casi nunca pestaña. Detiene su petizo, cabezón de tanto porfiar hacia la que-rencia y antes de responder mira unos instantes la es-copeta del viejo “bichero”. Aquella arma está tan ino-fensiva, que en la quietud del acecho las palomas se po-san en sus caños.

—De güelta diba ¿por qué?

—Yo soy cazador, me llamo Zacarías; y a vos ¿cómo te llaman?

—“Abombao”.

—Pestañea, muchacho — le dice el anciano. — Parece que tuvieses los ojos juntos...

El “abombao” conoce a don Zacarías. Sabe que es ca-zador, que mata los bichos con el rabo y que con clavos sa-ca “peludos” en el holiche. Nadie, en todo el pago, iguala en su oficio a aquel mandinga roto. Campea las mulitas gordas cerca del camposanto. Espera al “carpincho” en el primer resuello, le apunta antes de que asome y no yerra nunca. De mozo, con la encajera del trabuco, cribó más de un yaguareté “cebao”. Ahora, discute con el zo-rro, le da su mano de amigo y aunque el “astuto”, las más de las veces, le deja un “ladrido” a cuenta y huye con el cebo, Zacarías paga con ese ladrido en el almacén.

—¿Y qué anda por hacer, viejito, en este camino?

—Aguardando la noche. “Abombao”... ¿Vos sos de por aquí?

Al muchacho le tienen prevenido que mire fijo y nunca conteste fijo. Zacarías es capaz de cazarlo en una contestación.

—No señor..., soy de más allá — responde.

Zacarías observa el oeste. Se le ocurre que allá el día le está pegando las últimas humadas a su pucho. Llénase de humo el horizonte. Algunas chispas se quedan clavadas en la obscuridad.

—“Abombao”, ¿querés ganarte un rial?

La oferta es cosa del otro mundo. El muchacho, una vez tuvo un real. Lo encontró en la puerta de la pulpería. Por cierto que la madre la había dado unos alpargatazos por olfatear un robo en aquel hallazgo. Más, luego, lo mandaro a comprar azúcar, la moneda resultó falsa y la mama faltó poco para que le reyunase por alzar un real de estaño.

—Quiero ganarlo, si no es falso — contestó. — Si no es aquel mismo...

—Con razón te apodan “abombao”! Vos y yo, me parece que no vamos a gastar ni una hora a medias... ;Cómo ha de ser falso! Legal será el que te ganés a mi servicio...

—Güeno.

—Abajáte.

Recuestáanse a ambos lados del petiso. Parecen una carpa. Entre los dos, el filo de un espinazo le saca punta a la intenciones. Zacarías habla. El “abombao” desconfía. El bichoco mosquea con el cuero de las cruces. Entre frase y frase, un hornero, desde su poste, pone puntos suspensivos.

—Atendé y pestañeá una vez que otra, parecés una liebre sestiando. Sucede que llevo tres días atrás de “mi” zorro. Había uno en el pago. Semos amigos. Estuvo por hacerme su compadre. Yo quería hablar mal de él; cue-

riarlo como dicen... y mi zorro lo supo y se me enojó. Con un tiro no arreglamos la cosa. Yo no creo en el duelo. Mi zorro tampoco. Con que le puse dos o tres pollos en los cepos y se los llevó. Claro que eran pollos apes-
taos; pero él se los comió por güenos...

Colocó una pausa.

—¿Vos conocés a Melitón Sagrera, el de la estancia nueva?

—De oídos...

— Tiene ahí una muchacha que la hace pasar por ahijada... Ella es del pueblo... tiene los ojos como ahumaos, el pelo cortón y la pollera cuasi a la altura del pelo... Güeno: Esa moza ofrece hasta un peso plata por un cuero e'zorro. Yo, jué saber esto y pensé llevarle un cuero e'capincha colorada; pero Sagrera, aunque está amaturrangao, talvéz me le disconfiase al cambeo... ¿Qué te parece?

—No conozco, Don Zacarías...

—Con que... me salí en procura de mi zorro. No dejé gallinero en las chacras. Aquí había dejao unas plumas... Allá una güeya... Más lejos un grito. Le puse ujeros en los caminos..., lazos..., carne con veneno de hormigas... Nada conseguí.

El abombao sonríe.

—La cosa no es pa ráirse... Claro que no di con el astuto... ¡Cómo iba a dar! Aura en la pulpería acabo e' saber la cosa. ¿Sabés ande tiene querencia mi amigo zorro? En el rancho de Olegario Saura, por mal nombre "Capincho". El tal "Capincho" ha tenido el coraje de cazar "mi" zorro! Lo tiene atao a cadena al pobre animalito...

—¿Y ese será el mesmo que usté campiaba?

Zacarías se indignó. Aquel muchacho de ojos asombrados era más bruto que el mismo bichoco.

—¿Claro? ¿No sabés? En estos parajes nunca ha andao más que un solo zorro: el mío. Yo tengo propiedá de él antes que "Capincho" porque lo vengo campian-



de más allá... He jurao que ande lo agarre lo desuello. El que me ha robao mi zorro, me convidó ricién a que lo ayude a cueriarlo..., dice que le tiembla el pulso... De-juro, ai que ver lo que sacude un peso plata! Vos "abombao", ¿conocés algo de leyes?

—No señor...

—Eso es. La ley está conmigo en la ucación. Cuanto acampe la noche, dentro en lo e' "Capincho" y me llevo mi zorro.

—¿Y a mí, pa qué me precisa?

El viejo lo observó un instante. Manosea sus barbas. Busca en su maleta de malicias una gota de miel para cazar aquella mosca.

—Verás: — le dice — una ucación, mi zorro risolvíó limpiarse de pulgas. Aquellos puesteros saltones le chupaban la sangre, como se dice. Cuando de apurao, tenía que hacerse el muerto, el pulguero le hacía unas con-quillas bagualas. Conque risuelto a desalojarlas, agarró un palito entre los dientes, se juó al tranco hasta el arroyo y dispacio metió la punta o la cola en l'agua. Las pulgas, pa no ahugarse comenzaron a subir, junto con el rabo hundirse..., acamparon en las patas; cuando éstas fueron entrando en el arroyo, hicieron rodeo en la verija. Mi zorro, sin prisa, siguió zambullendo. Ya no tenía más que la cabeza ajuera el agua. Las pulgas, ganadas todas en el hocico se lo dejaron un momento lo mesmo que espejo e pulguera: puntiao... Pero también el hocico se mojaba y ellas saltaron de las narices al palito. Mi zorro las dejó subir, una a una, y cuando la última acampó, soltó el palo con la carga, aguas abajo, zambulló y ganó la orilla...

El "abombao" no entendía.

—¿Qué he de hacer, Zacurías, pa ganar ese rial?

—Esta noche, "abombao", tenés que hacer de palito. La cuestión es sencilla: llegamos a lo de Olegario Saura, apodao "Capincho". Yo te espero ajuera. Vos dentrás,

agarrás a mi zorro y me lo tráis. Yo lo cuereo, lo vendo, te entriego el rial y güenas noches...

El "abombao" pestañeó varias veces. Luego, sin contestar, se puso en camino llevando al bichoco por una rienda. Zacarías le sigue. Si aquel "pajuato" se decide, está resuelto el negocio. Mientras avanza, le observa de reojo. Por la pinta, el compañero parece muchacho capaz de torear una perrada por la promesa de un real. Camina sin errar tropezón. Por algo la madre le puso el mote. Zacarías, a ratos, encuentra que si el "abombao" anda en dos de sus patas, será porque le amaestraron.

—Don Zacarías, si en lo de Olegario "Capincho", alcanzo a mirar fijo al perro, no me ladrará. ¿Qué tendré en las vistas?

—Susto, m'hijo — le contesta.

El muchacho se detiene.

—Es allí — dice, — señalando un rancho a la derecha del camino.

—¡Qué ha de ser allí, "abombao"! La casa de Olegario "Capincho" es ésta a la zurda. ¿Ves una ramada de cuatro esquineros, de quinchá larga, que parecen garzas negras durmiendo?

—La veo.

—Bien. Ai abajo, atao a cadena, nos está vichando mi zorro. Andá... bendito e Dios...

"Abombao" se empina hasta alcanzar el oído del cazador.

—Con una condición dentro — le dice — y ha de ser, rial en mano. A lo mejor, aquí en lo de Olegario "Capincho", en vez de agarrar a su zorro me agarro a mordiscones con los perros. Usté es muy diablo, Don Zacarías... Promete... y yo me quedé abombao a causa de una promesa... ¿Comprendes?

—¡Te estás despertando, m'hijo! Pero yo no tengo plata aquí, la olvidé en casa... ¿Por qué disconfías de un anciano?

Lo oye de cabeza gacha, sombrero en mano, por respeto; pero no se mueve.

—Entonces — dice por fin, el gurí — dentro si es que usté me deja dir con el pellejo del zorro a entriegarlo yo mesmo a la señorita esa de la estancia. Usté me aguarda cerca. Yo le pido el peso en riales, guardo el mío y le entriego los suyos... ¿Aceta?

Don Zacarías comprende que el dichoso rial se pierde. Su asociado no cree en palabras. Siempre quedará tiempo para redondear aquel peso. El le va a dar muchas vueltas al asunto.

—Aceto. Dentrá dispacio, tal vez te erren el primer palo. Yo te aguardaré junto al cerco aquel de pitas. — señaló.

El “abombao”, gateando, franqueó la portera de lo de Olegario “Capincho”. Zacarías se emboscó entre las púas del pital.

—Dios quiera que consiga traer sano a mi zorro. Si alguien ha de ser lastimao esta noche que no sea ese cuero... Esta gente es tan bruta que a lo mejor le tira un horquillazo al “abombao” y me le pegan al zorro.

Apresta el oído. No se nota ningún movimiento. En lo de “Capincho” la gente duerme, sin duda. Pasan cinco minutos..., diez minutos... El muchacho no aparece.

De pronto, en el rancho, aparece una luz y se oye un grito escandaloso de mujer.

—¡Socorro!... ¡Olegario!... ¡Te roban tu zorro!... ¡Chumba, “barcino”!...

Ladra ronce un perro. Algo pecha contra el alambrado. Aparece el “abombao”, detrás, una cadena; en la punta, el zorro, de cola parada, porfiando en la cincha. El muchacho tira de él, avanza picanco por los gritos de la mujer. El animalito viene dejando un surco en el camino y lo siembra de pelos. La luna se asoma al escuchar los chillidos. Al rato todo vuelve a dormir; pero el satélite se ha olvidado de entrarse. Platea, ahora, el cuchillo de Zacarías que hace maravillas cuereando.

—No lo vaya a tajar, viejito... — dice ansioso el muchacho.

—¡Qué me viá a tajar un peso! ¡No recelés!...

—Nueve riales... — objeta el amigo.

—Lo que sea...

Poco a poco, tajo a tajo, el zorro de Don Zacarías queda como china linda en rueda de solteronas. El “biche-ro” fuma, le hace guiñadas al humo y al finado; sonríe y corta. La cola es lo único que se salva.

—¡Al fin me hice con mi zorro! Lo que Olegario “Capincho” güelva del boliche y se largue a rastriar, va a encontrar esta carniza... ¿No te habrán reconocido, “Abombao”?

—Puede ser...

—Si querés, en todo caso, me dás ese rial y yo asiguro que vos no juiste?

—Eso no jué lo apalabro, Don Zacarías... Yo no tengo miedo. Escuendo la cadena y después, ¿quién me descubre? Este zorro es suyo y Olegario “Capincho” lo cazó confundido. ¡No ve que todos estos bichos se parecen!...

—¿Sabés muchacho, que a mandinga lo pintan zonzo?

La tarea termina. El “Abombao” carga con el cuero. Busca luego a su petizo, se enancan y ponen proa a la estancia grande.

—Atendé: te propongo un trato — le dice el viejo — Vos sos muy cáido e la cuna; pero te cáiste porque viste plata en el suelo... Si querés, yo, por ese rial que me vas a deber, te despabilo. Aprienderás a mí lao la cencia de la cacería. Sabrás pa qué viento abre la cueva el peludo chico y cuando hay que atropellar al mon-tés...

—Castigue, Zacarías, que se está haciendo tarde. A lo mejor este diablo e'zorro se ha ganao otra guelta en su cuero y se me escapa...

—Ta visto, m'hijo, que no serás nunca cazador... Pero oíme, a mí dengún “abombao” me ha hecho soltar el

queso... Tratá de que no se caiga ese cuero, ¿eh? Mirá, trái p'acá la cola, con eso lo vamos llevando entre los dos.

Así, tranquilos, adelantan. Cerca de la portera, Zacarías descende.

—Güeno, el trato ha de respetarse. Andá vos, cobrás ese peso. Mordélo pa asegurarte y pegá la vuelta. De aquí nos vamos a dir como güenos amigos hasta el boliche. Allí, de tu parte, me pagás una caña grande y asunto acabao.

El “abombao” se resiste.

—Güeno, Don Zacarías, me queda un “no pago nada”, por decirle y se lo digo. Si quiere vamos al boliche. Si-ga esta línea de alambrado que yo lo alcanzo...

Se aleja taloneando el bichoco.

Un cuarto de hora más tarde vuelven a encontrarse, alambrado por medio.

—¿Se lo entregaste?

—Sí señor.

—¿Cuánto te pago?

—Un peso.

—¿Cambio?

—No, en grande...

Se lo mostró.

—Tráigalo, m'hijito...

—Le tengo recelo, Don Zacarías..., usté es muy diablo. Aguarde a que lleguemos al almacén, con eso lo cambéo allí... Diga una cosa: ¿Olegario “Capincho” quedó en el boliche?

El cazador comprendió que el “abombao” tenía miedo.

—Allá lo dejé, malísimo, porque perdía a la escoba...

Es un paisano de mala entraña ese Olegario. Yo que vos, después de lo que acabás de hacer en su rancho, no me animaría a enfrentarlo.

—¿Y cómo puede saberlo?...

—Mejor dame el peso, nene y golvéte a casa...

Juntos entraron en la pulpería. El boliche tiene una reja para comerciar de noche y un mostrador para de día,

dos limetas chicas y una tinaja grande. Allí se venden agua y galletas del año que la clientela desée. Sobre una mesa de pino, tallada a cuchillo para recordar los "tantos", hay una "escoba" en juego. Los naipes, el piso y hasta los jugadores, la necesitan. Olegario "Capincho" más que los otros. Su apodo explica el barrial.

—Güeno, muchacho porfiao, no güelvo a hacer más negocios con usted. Maté a mi pobre zorro y no viá garmarme ni un peso siquiera. Vaya y cambée...

—Diga, Don Zacarías, ¿no le gusta que le pida eso al propio "Capincho"?

—Hágalo y nos ráimos... A este bobo — piensa mientras su "socio" se adelanta — dentro e'poco habrá que soltarlo con trompeta...

El "abombao" se detiene junto a Olegario. Desde allí le hace un guiño al cazador.

—Tata — le dice a "Capincho".

—¿Qué quiere, m'hijo?

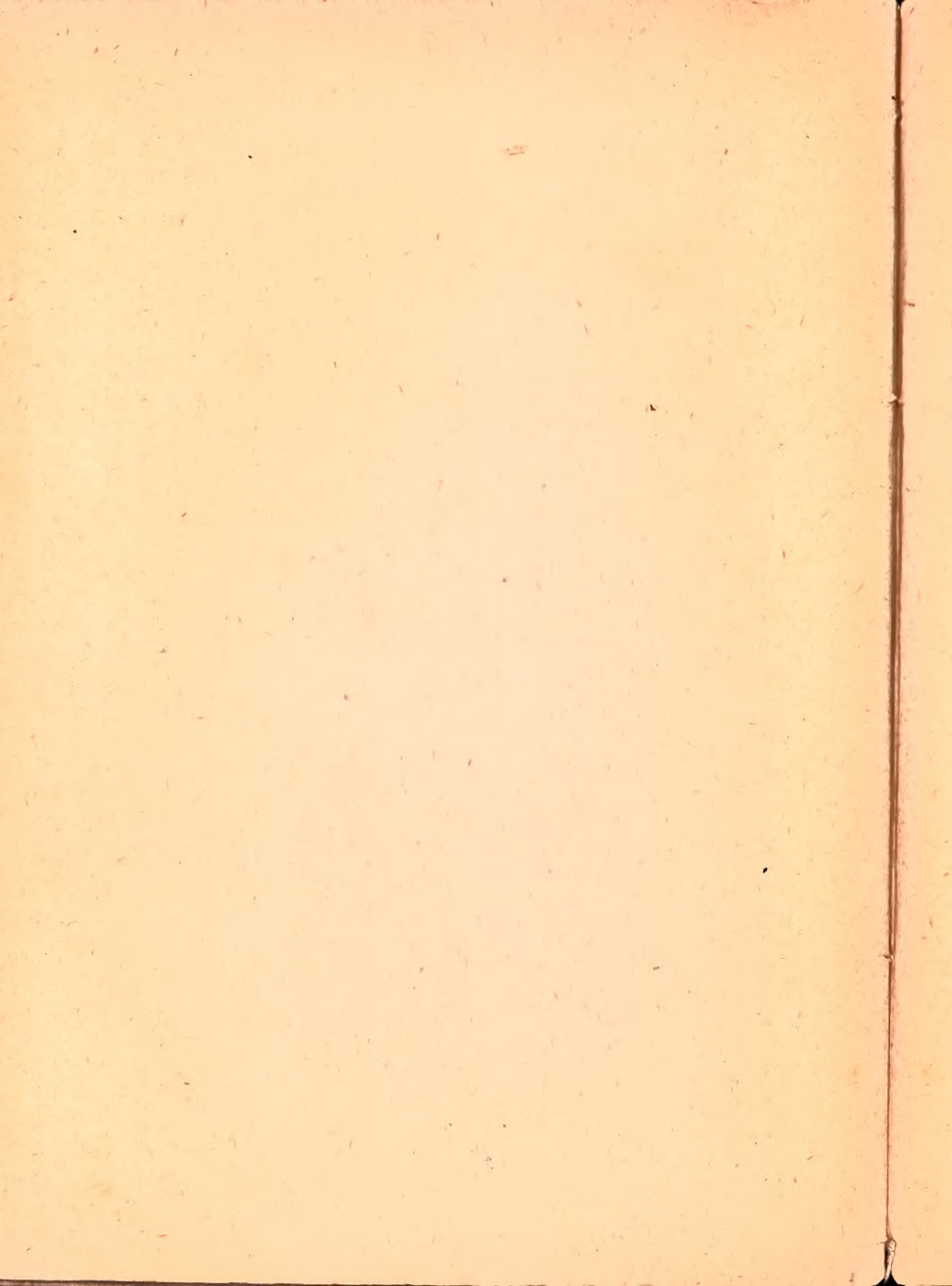
—Aí está Zacarías el "bichero". Me convidó pa robarle el zorro. Yo aceté. Mamá salió a los gritos pidiendo auxilio... Peché en los alambres... El viejo cazador mordió, tata. Lo dejé cueriar y aquí está el peso.

Zacarías se apoyó en la escopeta.

Olegario "Capincho" tomó la moneda que le alargaba el "abombao", su hijo más zonzo. La mordió. Y mientras la guardaba:

—¿Qué es eso de caluniar a un anciano, muchacho? — le gritó, — Don Zacarías me quiso ayudar, de generoso que es. ¡Vaya aura mesmo y dealé las gracias!





MONTE

¡La banca tiene doscientos pesos!

El tape Jiménez, tallador con manos de costurera, coloca el mazo de naipes sobre el tapete.

—Corte, Cipriano.

Graupera obedece.

—¡Abro, cabayeros!

Un as de copas embriaga a unos y un dos de oros encandila a los otros.

—Se copa arriba y se juega en el gallo. Pico...

—Copo al dos — dice Cipriano Graupera.

—Pago.

—Me doy güelta, señores...

Hace horas que los paisanos echaron raíces para formar un “monte” sobre el potrero verde, con un “pozo” y cuatro “palos”. El tallador, “picando”, se comió casi todas las semillas. Paisanaje pobre, jugadores de sábado, eriollos de mucha afición y poco dinero, pasaron de “chimangos” a “corujos” mirones. Frente a frente, quedan Jiménez y Graupera. Uno talla, otro “copa” “Ñandú Culeco” los admira en voz baja, aunque les censura por lo alto. Cuando se encuentran no juegan, se baten. Es el de los dos un largo duelo que empezó en plata y todos esperan acabe en sangre. Ambos se respetan. El “tape” baraja a la luz. Graupera “apunta” con la

izquierda, mientras su revólver en la derecha, bajo el poncho, apunta también.

—El as de copas — dice Jiménez.

El coimero arrastra la “parada”. Los doscientos pesos de Cipriano pasan a juntarse con los mil que lleva perdidos. Una “lata” del “copo” se queda en el plato de las coimas.

—¿Qué le parece, “tape”, si trujésemos un naipe nuevo?

—Como guste, Graupera.

Don Salustiano Pereda entró con la baraja; miró el platillo y volvió a salir. El no es jugador, y hasta ignora que en su casa se juegue por otro interés que el de matar el tiempo. Es comerciante. Se ocupa de vender cirios, amuletos e imágenes. Está lleno de “votos” y de buenas intenciones. Hay en su casa mazoreas de plata contra las “secas” y piernas de níquel para las “rodadas”. Fundador de “Ñandú Culeco”, hombre a la antigua, creyente, temeroso de Dios, conoce a sus vecinos y a su pueblo. Sabe que éste es “aburrido” y aquéllos, tentados. Por eso los sábados de noche reúne en su trastienda a la mozada. Le presta un naipe para que se divierta. Mandó hacer “latas” con sus iniciales. Y puso, no una coima, sino un “cepillo”, porque don Salustiano no tiene fortuna y alguien ha de costear la grasa pa'l candil.

El tape Jiménez baraja de nuevo. Por la rendija de la puerta un “milico” asoma la cabeza para verlo “trabajar” con el naipe. El tallador es un criollo de manos chicas y ojos grandes. Su rostro parece tallado a cuchillo en ñandubay. Es inexpresivo, inmóvil, turbio, cara de indio o de pito. No dicen nada ni los ojos, ni el entrecejo, ni los labios finos. Siempre está mudo. Juega, al parecer, lo ajeno. Nació para curandero, alcalde o jugador. Relancea, baraja, mezcla, abre el abanico de las cartas, lo cierra suavemente. El librillo dócil, manoseado, se ablanda y obedece.

—¡Qué manos! — exclama con envidia un mirón.

—No. La noche está muy fría. Se me agarrotan los dedos — responde el “virtuoso”. — Si las barajas trompiezan o se pechan, se marcan — explica. — Es cuestión de envainarlas unas con otras. — Poner un poco e’tanteo y un grano e’sencia... El que tenga afición puede llegar a mucho con un naípe.

Habla accionando.

—Mi máistro jué el finao Agapito Guerra. Tenía dedos embrujaos aquel hombre. Ande él hizo un baraje, se paraban hasta las arañas pa’aprender. Llegó a cartiar con acompañamiento e’guitarras!

Terminó. Se hizo un silencio.

—Corte, Cipriano.

Abrió el juego. Graupera jugó y perdió otros cien pesos.

Cipriano había resuelto aburrirse. En el pueblo se sabe que eso quiere decir no jugar. Decidió ese aburrimiento desde su casorio con Amabilia Peralta. Durante tres meses no pisó la santería de Pereda. Mientras fué feliz, en la luna de miel, el rancho propio le resultaba demasiado grande. Luego, cuando su mujer se enfermó del corazón, juró no jugar ni a las escondidas. Esta noche la compañera se agravó. Cipriano regresaba de un viaje con tropas. Volvía con el corazón liviano y el cinto pesado. Cuando echó pie a tierra, Ramoncito, el peón salió a recibirlo.

—Doña Amabilia ganó la cama.

Graupera no escuchó más. En el dormitorio se encontró con el médico. La juventud de la enferma había luchado mucho con el “dotor”. Este habló de un aneurisma y recetó el viático. Cipriano, desesperando salvar a su mujer con jarabes, apeló a un amuleto. Compraría para la agonizante un corazón de plata. Su pena echaba mano al cinto para adquirir una víscera nueva, de repuesto...

Hacia la “santería” de Pereda corrió en la noche, bajo la lluvia que listaba su poncho. A pesar de la grave-

dad de Amabilia, "Ñandú Culeco" dormía achuchado, a todo lo largo de la calle real. Sólo un candil velaba: el de la jugada. A lo corujo se acercó a esa luz. Mientras el comerciante le "despachaba" el amuleto, Cipriano vió la escena familiar: La mesa. Cuatro bancos ocupados por vecinos de asiento, hombres curtidos que perdían todo, menos la gravedad. De pie encontró a los "mosquitos" que apuntan de salto, pierden un peso y ganan un hambre. El "atorao" que llega a tiempo, se juega, cobra y sale con política. Allí encontró rostros serenos, manos crispadas bajo los ponchos. Atmósfera de tormenta. "Materos". El ambiente agresivo y salvaje del "monte", juego espinoso, diversión de cachorros colmilludos...

El mismo gurí, al mismo precio vendía cimarrones y "dulces", para templar las pérdidas y solemnizar cada ganancia. En el rancho del "santero" no se bebía. Entrábase en busca de alivio y se encontraba a veces un balazo. Entre aquellos terrones se agrupaba la flor del pago. Era el abrigo contra el sol de verano y la lluvia de invierno. El naipe los abanicó en estío y con sus cuatro palos calentaba las heladas. Algún "seco" mareado con el as de copas dormía en un rincón. Hay hastío fuera y peligro dentro de ese rancho. Toda la emoción que se salvó del pueblo cabe en esta sala; menos aún, cabe en la mesa de juego, y si la aprietan algo, se horqueta en el lomo del naipe.

La carpeta había sido verde; ahora está madura.

En la puerta, la lluvia golpea. Quiere entrar a distraerse...

Graupera vaciló. El "santero" no se daba prisa.

—Cipriano — preguntó el tape Jiménez, — ¿cómo se halla su enferma?

Se adelantó a responder. Ya el tallador "abría" el juego y cerraba el tema. Nadie se acordó de aquel dolorido que llegaba a comprar un corazón. Entonces, Graupera, quiso saber por una sola vez, por una sola carta, si salvaría a su enferma. Y para probar la suerte, por

salir de dudas, puesta el alma en un rey de espadas, palo leal, apuntó un peso, y lo perdió. Dobla la apuesta, y vuelve a perder. Mira las manos del tallador, luego los ojos fríos, toda aquella figura impasible, Jiménez lo desafía. Cipriano se sienta, copa la banca, y le ganan.

—Mientras pierda aquí — piensa — gana allá. Gano en amores juerza pa cabrestiar el corazón de Amabilia, ¡el empacao!

Lleva dos horas así. No aparta los ojos del que talla. El plato del coimero es una pupila. Un brocal abierto en el tapete verde. De tanto en tanto aquel pozo recibe un disco de plata, la coima; lunas pequeñas. Hostias para las comuniones del “santero”.

Desde el “mostrador”, Pereda, ajeno a la jugada, pregunta.

—Muchachos, ¿está ahí Cipriano Graupera?

—Sí, ¿qué se ofrece?

—Lo buscan, vecino...

Sin pedir licencia, Ramoncito entró en la “sala”. No trae poncho, ni chambergo. Trae apuro. Cipriano, pálido, mira aquella cara mojada de llanto y lluvia.

—¡La enferma sigue muy mala, patrón!

Jiménez sigue tallando.

—Apuntan, o güelvo al baraje, cabayeros — previene en vista de que algunos curiosos atienden más a Ramoncito que a las cartas,

—¡Copar arriba. Jugar abajo! — ordena el tallador.

Cipriano. “copa”, apurado, nervioso; va por el resto.

—El padre cura ya está junto a la patrona, confesándola — agrega el peón.

—¿Qué dice el cura ?

—Yo no sé, Don Cipriano; lo dejé hablando más en latín que en criollo.

Graupera suspira; pero no se levanta. Habla mirando las barajas.

—Ya ves, Ramoncito... voy perdiendo dos mil pe-

sos...; juego dos o tres manos más... y voy p'allá en seguida.

Se acordó del amuleto.

—Santero — ordena — traigamé ese corazón que aca-bo e'comprarle.

En tanto don Pereda corre a buscar el amuleto, Ramoncito sigue el juego. Todos tienen la atención puesta en aquel librito de naipes. En él delectan. Gracias a él, se distraen, hojean las figuras, se imaginan reyes, sueñan. En sus páginas amargas se detienen y llegan a pasar en vela las noches. Es un pasatiempo infantil. Cuando las sombras caen, todos forman ruedas, Jiménez lee y el pago pierde hasta el sueño...

El "santero" regresa.

—Aquí tiene su compra.

—Ramoncito, allá en casa está el cura, decíle que yo le mando eso pa que lo bendiga y él mesmo lo cuelgue en el pescuezo de mi prienda.

Esto diciendo, se descubre, besa el voto, la achura suplen-te. Siente que aquel beso será un acicate, un hupa, el tirón necesario. Sabe que es preciso un milagro y que el milagro surgirá de un trozo de plata bendecido por un beso y una cruz.

—Llevaseló, mi pión. Voy en seguida.

Sale sin ruido el mensajero. Es necesario que entre descalzo en la alcoba de la moribunda, que no lo sienta la muerte, para que le dé tiempo. Cipriano, lleno de fe, vuelve a la jugada.

—Yo conozco casos, don Cipriano, — dice un mirón, bo-rrroso de sueño y pobreza, — de muertos, ¿eh?, de dijun-tos levantaos por un "bendito" a tiempo. Un rezo ansina y un grito a lo delanteros, sacan del peludo...

Nadie le atiende. Aquel charlatán hace sombra con sus palabras. No deja ver claro. Su aliento mueve la luz del candil. El conversador, cortado, vacío, libre del embrujo, quizá aburrido, se sale de allí por la ventana de un cuento. Consigue irse sin mojarse.

—Me acuerdo, Graupera — continúa — que sucedió algo muy parecido cuando entró una epidemia...

Dos o tres “lechuzas” le chistan.

—Los mirones ven y callan — rezonga Pereda.

Ya nadie apunta, Jiménez y Graupera siguen el copo y pago.

—La banca tiene quinientos pesos. Corte...

Ahora Cipriano tiembla ante la idea de ganar. Busca su plata. Ni un peso más. Su ansiedad se le sube a la garganta, más el respeto, la ley del juego, le contienen. Manotea al paso un amargo y apaga la voz, hasta ponerla a tono para decir:

—Tape, déame un descarte.

Le entregan el mazo. Graupera, hojea, revisa, cuenta. No tiene objeción que hacer y devuelve el librillo. En cada “baraje” su memoria aprovecha un par de minutos para correr a pie, chapoteando barro hasta el rancho donde su compañera agoniza. Los jugadores ven humedecerse sus pupilas; pero en seguida, Jiménez pone el mazo en la mesa. Oye la voz de “corte” y Cipriano corta emoción y naipe a un tiempo.

—¡Cipriano Graupera! — grita ahora Ramoncito.

Le llaman. Hay angustia en aquella voz. No respondió en el tono por respeto al lugar.

—Con permiso, Jiménez — dijo. — ¡Dentrá, mi pión!

—Está en las últimas — informan. — Píde verlo, don Cipriano. No quiere dirse la pobre sin despedirse...

—Pero qué desgracia, Ramón... ¡Yo merezco esto!

Nadie responde. Callan por respeto al compañero copador. No atienden, sin embargo. Ellos están aislados, a salvo de tormentas, en la isla verde de dos varas por dos, bajo la guardia del candil, faro amigo. Aquel mensajero desentona, con su carga de desgracias. Sobre la isla flotan nubes de humo, únicamente. Mientras el peón lleva y trae su angustia para uno, el coimero cuenta y alinea fichas, Jiménez se distrae haciendo maravillas con

el naípe y los mirones parecen escuchar el diálogo de patrón y peón:

—Mirá, Ramoncito, ¿ves esa banca?

—¡Gordaza está! — comenta el muchacho.

—Güeno. Esa plata jué mía. ¡Dos mil pesos! Decile a mi china lo que pasa. Ella tiene sangre. Conoce mi conducta... Contale esto, no más: está atracao con el tape Jiménez. Nada más. Amabilia ha de esperarme.

—Yo le viá decir... pero...

—¿Le pusieron el otro corazón?

—El mesmo cura, jué.

—¡No perdás tiempo, Ramoncito! Yo sé que mi enferma no se va a dir ancina. El tape Jiménez no es hombre de recular, cuando yo apure el juego. Cuatro paradas más y estoy allá. Cuestión de minutos. ¡Tengo tantas ganas de verla! Vaya a saber las cosas apretadas que viá decirle muy apretadas pa que dentren en tan poquito tiempo!

—No se dimore, patrón — recomienda Ramoncito al volverse.

Siente envidia por el peón que puede ir al encuentro de la agonizante. Suspira. Los demás respiran. Las cabezas se juntan. Ya están las dos cartas sobre la mesa. Graupera apunta y gana. Copa y gana. En pocos minutos recupera mil pesos.

—Paso la talla — dice Jiménez.

—¡Yo la tomo! — exclama Graupera, recogiendo el mazo. — Cabayeros, la banca tiene mil pesos.

Es medianoche.

Cerca alatea y canta un gallo.

—Dejuro que habrá cerrazón, mañana — observa el conversador.

Para que no lo reten, guarda silencio y se echa a pensar en lo triste que es un entierro con neblina.

A la pobre Amabilia la llevarán así entre la cerrazón, sobre el barro, hasta el camposanto distante. El cementerio, lo tendieron en una loma, lejos de "Ñandú Cu-

leco". La fantasía del "mirón" se anticipa al sepelio. Es una emoción dolorosa, poco frecuente. Su imaginación ve pasar primero a Ramoncito, en el ruano de cola atada, cinchando de la rastra, con el ataúd mojado. Tal vez, a causa del camino pesado de agua, necesitan dos cuarteadores. En el silencio oye los chirlos. De trecho en trecho el cuesta arriba y el barrial les obliga a detenerse para dar un resuello a los mancarrones sudados, que se ponen a exhalar humedad. En esas paradas, la comitiva golpea yesqueros y enciende puchos. Luego al "envite", al "vamos", tornará la cinchada de aquella dijunta. Detrás del féretro, el mirón ve pasar al duelo, que empieza y termina en Cipriano Graupera, con su golilla negra, su poncho negro y su caballo negro. Unas varas más atrás marchan, en pelotón, los acompañantes. Los primeros "tranquean" cabizbajos, en silencio. Los últimos, charlando. Entre éstos irá con un cuento de jugarretas, él, que en las jugadas hace cuentos de entierros...

—Apunten, cabayeros...

Parpadea el candil. Graupera deja un segundo de tallar para observar la luz. Siente un escalofrío. Le parece que algo se apagará con el velón. Teme que un hálito sople allí y lo deje a oscuras, en sombra por dentro. Siente miedo al aviso distante. Y por primera vez en la noche larga, Cipriano pierde pie. Allí donde nadie grita, donde se pierde en voz baja, donde se hiere en voz baja, a cuchillo, Graupera, fuera de sí, grita:

—¡Una luz!

Traen otro candil. Los compañeros simulan no haber visto la falla.

—Juego, caballeros...

Cipriano ha reaccionado. Bajo su máscara de hielo luchan el enamorado y el tallador. Vence el último. Poda su impaciencia, la deforma y consigue amoldarla al código claro, a la ley, escrita en frío, de la jugada. Serena el temblequeo de sus manos. Desearía barajar don segundos

y se impone la tortura de un relance. Se ha puesto en penitencia por aquel grito; y la cumple luciendo su habilidad en el carteo. Consigue ser admirado. Nadie ignora su cariño por Amabilia. Muchos atardeceres, cuando Cipriano regresaba de los "apartes", le vieron entrar en el pueblo, con la chinita sentada en el anca del "tostao" o del "oscuro". La moza les sonreía tristemente. Era el de ellos idilio hondo, por lo mismo que lo temían cortón. El pueblo se asomaba a mirarlos. Las viejas admiraban. Las mozas criticaban. Los hombres codiciaban el caballo, la china y la sangre de Graupera; las tres cosas por su orden. El pingo por ligero. La china por tris-tona. La sangre por lo fría. Esta noche el hombre les da la razón a todos. Un tipo con menos conducta, un maturrango, habría arrastrado la "carpeta" en su afán de correr hacia el rancho a cerrar los ojos de la finada. Un aficionado como Cipriano, domador de sí mismo, balaba en la estaca, quieto allí, quemándose hasta agotar la banca

• Y está a punto de conseguirlo. Hasta el respetable don Salustiano se acercó a mirar el combate. Jamás se jugó tanta plata en su sala, como esta noche. Le agradece a Cipriano los "restos" de quinientos pesos. Gracias a ellos ve relucir aquellos discos de plata con iniciales mandados hacer por él al platero que lo proveía de amuletos. Las fichas de a "cien" corren sobre la mesa para orgullo de todos. Gracias a esa emoción general, el juego no es aislador allí. Todos tienen un encanto común: las latas nuevas. Después de haberlas visto rodar de mano en mano, comprenden que ya han admirado todo; que pueden morir en paz.

—Anda en mala, Graupera.

—Hace seis horas — responde. — Debo estar pisando la orilla e'la güena.

Le quedan cien pesos.

—Ha de haber mudao el viento — observa el charlatán, — porque dejó e'llover...

Con inquietud de enamorados, miran hacia el campo por las rendijas de la puerta. Aun les queda un "resto" de noche. El detestable amanecer, demora; sin duda a causa del barro. Recién ahora la jugada tiene verdadera emoción.

—Corte, Jiménez... ¡Abro!

Sobre el tapete dan la cara un cinco y una sota.

—¡Copo a la sota! — se oye.

—¡Pago!

Si el tape acierta, termina con la reunión. Todos, ansiosos de espectáculo, llaman al "cinco".

—¡Me di güelta! — exclama Cipriano, empezando a "picar".

Es la última carrera de dos naipes. La sota corre muy cargada. Una tras otra van saliendo barajas. La gente cincha del "cinco", desea clavarle las miradas para que llegue el primero, aunque sea sin luz. Con plata, Cipriano es capaz de levantarse, y Jiménez tiene raza de "sentador". Ninguno de ellos juega por ocio; sino por devoción. Esta noche Graupera, héroe del "monte", está escribiendo su historia. Pereda, enternecido, asiste al espectáculo. El milico dejó el sable en la "santería" y se acercó también. Don Salustiano se adelanta a la consagración del "tallador". Paladea el comentario. Sabe que aquel hombre vive ya en la posteridad. Cuando el día desparrame los voceros de su "hombrada", "Ñandú Culeco", los dormilones, los que no tuvieron la gloria de ver la jugada, caerán en tropillas a visitar el campo de la lucha. Pereda se apropia unas fichas de importancia. Coimea la celebridad. Relatará las actitudes de Cipriano Graupera, el hombre de hierro. Tal vez hasta cobre la entrada.

—¡La sota pa todo el mundo! Me ha ganao en güena ley, Jiménez...

Cipriano le acerca el dinero, y respetuosamente deposita el mazo de cartas sobre la carpeta.

Se abre la puerta.

Entra Ramoncito. Consigue un silencio.

—¡He perdido, mi pión!

—¡Todo! — responde lloroso el recién llegado.

El viento trae un toque de campanas. La cerrazón enturbia ese aviso.

—¡Dueblan!

Graupera señala en dirección del toque.

—¿Mi china? — pregunta.

—Ya lo ha óido, patrón.

Guardan silencio. Por la puerta abierta entra el amanecer, el toque de difuntos, el mundo con sus penas y sus ruidos.

—¿Me dejó dicho algo?

—Adiós, unas cuantas veces seguidas, eso jué lo que dijo con los ojos muy abiertos clavados en la puerta.

Un par de lágrimas cayeron, como dos fichitas de a real, sobre el tapete.

Cipriano permanece inmóvil. Acaba de perder su cariño y su plata. Las dos cosas de golpe. Ya no podrá amar, ni jugar. ¿Para qué levantarse? ¿Para qué seguir arreando novillos y recuerdos a ponchazos? Solo, extraviado siempre, sin las dos querencias, sin ojos y sin cartas... ausente...

Solloza el peón. El día entra triste, emponchado. La campana sigue golpeando a lo lejos. Todos los jugadores rodean el naípe. Miran al viudo. El velón flamea y el humo tropieza con los rincones. Piensan los amigos en la difunta siempre marchita, señalada, apartada ya por la muerte. Condolidos y pobres, hacen a Cipriano la visita de duelo.

—Pa qué levantarme — piensa el deudo, — mejor aca-bo aquí, en mis canchas.

Sin aspavientos, varonilmente, se abocará el revólver sobre el corazón, por debajo del poncho. "Apuntará" la última vez. Quiere que los aficionados no "semblanteen" su resolución.

—¿Don Cipriano?

—¿Qué hay, Ramoncito?

—Yo carculo que el entierro é'la finada será luego a eso e'las cuatro. Lo pregunto pa envitar.

No le responde. Graupera no tiene "luego". Buscando el revólver introduce la mano en el bolsillo, y allí en el fondo, junto al caño del arma, encuentra un peso en plata. Se asusta de la muerte. Ese peso es una semilla. Debe sembrarla antes, para que se multiplique.

Aquella moneda le niega el derecho a morir. Hace maula su final.

En su puño apretado, saca el peso. Lo muestra.

—Vea, tape Jiménez, iba a dirme — le dice — y me hallo maniao entuavía. Queda un pucho e'sombra y un pucho e'plata. ¿Me da desquite?

Emocionado, el tape, responde:

—¡Talle!

Cierran la puerta.

—¿Viene, patrón?

—Aura te contestaré, Ramoncito... ¡Corte, Jiménez! —termina.

El tape "copa" a un rey. Cipriano se juega la vida a la otra carta. La vida va contra un peso. Gana. Seis veces seguida la muerte se paró en un naípe. Y otras tantas veces, el tallador la espantó. Pero la "entrometida" no se aleja. Lo espera. En cada "mano" sepárase un poco. Cada mano, la "ataja". Poco a poco, latas de a "cien" forman escudo al corazón de Cipriano Graupera. La muerte se quebraba las uñas...

—¿Qué caballo le agarro pal entierro, patrón?

—Aguardá...

Todavía no sabe si irá al sepelio a caballo o en rastra; en calidad de doliente o de difunto. Mira la banca, gorda, y esta le asegura que marchará "horquetado". Ahora no pierde "parada".

—¡Ramoncito!

—Ordene, señor.

—Agarrá mi oscuro, ensillalo con los cojinillos negros, quiero acompañar a la finada enlutao del todo, ¿óis?

—¡Bien lo mereció ella! — dice el peón al salir.

Graupera pasa el revólver del bolsillo a la canana. Luego, suspira hondamente, y en voz baja, cálida, velada, como quien reza, murmura:

—La banca tiene mil pesos. Juego arriba. Copar en el gallo.

ME QUEDO...

El policiano Teófilo Durán mira al difunto, moja la hojilla, enciende un "palito", se asoma a la puerta del rancho y hecha una bocanada de humo contra la garúa.

—¿Naide vido al matador?

—Naide — le contestan.

—Güeno.

Hay un telar en todo el largo del alero; hilos de agua atados de una brizna de paja a un pocito en el barro. Cae una llovizna mansa; sin viento, sin nudos. Parecen agujas que se hundieran metros y metros en la tierra. El tubiano de Durán le ofrece el anca a la garúa, quizás con idea de llevársela lejos. A fuerza de golpear, el agua saca ampollas en la piel lustrosa de los charcos. Es un tiempo pronto a hacerse rodadas en los caminos y tortas fritas en la cocina. Refresca la memoria de los patios: hasta un perro que cruce deja en ellos su impresión grabada en forma de margaritas. Pone sobre las cosas ponchos con flecos que se arrastran. Peina al pirincho. Busca de hoja en hoja al cardenal para apagarle la brasa del copete. Barniza la casa del "hornero". En la puerta de cada nido, los pájaros esperan que la lluvia entre de una vez en la tierra, para ir a sacarla en pedazos, lombriz a lombriz...

—¿Hay alguno entre ustedes — pregunta Durán a los dolientes — que haiga venido aquí en un caballo sobrepaso?

—Denguno...

—Está bien... voy a traírles al matador, entonces.

Se quita el poncho empapado, monta sobre los empapados cojinitos y aléjase al tranco, en el tubiano, bajo la lluvia.

—Aquí van las güeyas del matungo andador — piensa. — El mesmo asesino me cabretea...

No se apresura. ¿Para qué? Como el perseguido no se transforme en pájaro, Durán ha de dar con él. Donde lo tope lo "priende". Si se resiste, lo mata. De cualquier manera lo trae.

—¡Permita Dios que me salga guapazo! — murmura, mientras el tubiano chapotea en el lodo.

Antes de ser un policéa "alzao" contra los gauchos, Teófilo Durán era gaucho "alzao" contra la policéa. En aquel entonces pasaba por el fuego, por el tembladeral, por el crecido; pasaba por todo; menos por cobarde. En su frente estrecha apenas cabía su fama, puesta de punta. Era casto, a fuerza de amarse. Cuando bebió fué el viento en las copas de su freno. Si jugó algo, fué la vida. Nunca le faltaba una cicatriz, un delito y un monte. Cortó, hasta campo. Buscó la sierra, porque hinchaba el lomo como él. Combatía por las "mentas", por las dudas y en último caso, por tinuiñazos. Durán era mestizo de tordo, espinillo y montés. Pero un día conoció a Teresa. Empezó a dar vueltas a lo chimango en torno de ella, cayó sobre la moza y se la alzó en las uñas. Al pie de la sierra, en una carpa que él le improvisó con una de sus alas, se "ajuntaron". Después la china se hizo una piedra más. Teófilo le dió palos y ella le dió un hijo: Teófilín.

—El nene me manió — piensa, ahora, lleno de envidia por su "rastreado".

Tuvo que achicar sus mentas, hasta hacer un hueco para que cupiese el gurí. Ya no le fué posible huir por las asperezas y acunar al hijo. Necesitaba por igual sus dos grandes amores. No podía hacerse labrador; le asqueaban

los bueyes. Siempre sintió miedo de los mansos. Sólo un oficio le ofreció pretexto para cortar alambres, entrar en la sierra, sacar el revólver y combatir: la policía. Y entonces por su gran cariño a Teofilín, sentó plaza de "milico".

—Aquí va mi amigo.. lleva rumbo e los cerros... Ha de ser hombre güeno...

Para Durán es bueno todo el que sea capaz de pelearlo. Avanza al tranco. Dialoga con las huellas.

—¡Quién me diera ser este pícaro!—murmura ahora.—Güena tunda de azotes le esperaba al policiano atrevi-do que se cortase a rastriarme!

Tiene miedo de que aquella agua mansa le enfríe al bandido. Si llegara ese caso, Durán le pediría por favor una pelea mano a mano.

—Teofilín, nunca sabrás lo que llevo hecho pa querer-te! Se está poniendo muy duro mi oficio. Hace seis meses que salgo a toparme con cuanta sabandija se atravieza en la ley y todos se me arrocinan. Los corto con las mentas nomás. Por suavito que los envite a boliar la pata, cuanto me reconocen, se entriegan... ¡Teófilo Durán! ¿Y de aí? ¡Viene dando hembras el tiempo!

El matador parece hombre resuelto. Busca hacer espalda en la sierra. Habrá que trepar hasta él y clavar las uñas en el peligro, repechando con la osamenta frente al viento de las "moras". Teófilo, allá, en el crestón, muy junto al "otro" como para poder ambos hablarse de tú, le dará su voz de preso.

—¡No se vaya a entriegar, aura... Sea hombre!

Espera que el bandido no será desconsiderado con un pobre milico que lo ha venido siguiendo diez leguas. ¡Cómo podrá desairarle! Durán no va a subir hasta allá arriba, con revólver y todo, para que se le venga abajo la esperanza. Si el enemigo, sin respeto por la misma sierra, se le amaulase, Teófilo comprende que no podrá seguir en la policía. Para pastorear ladrones de ovejas, gentuza desarmada, tropas de "güeyes", no necesita el uniforme.

También esta vez, Teofilín le tira del poncho.

—Y entonces... ¿cómo llevo al gurí?

El nene lo desafila. Vuelve a sentir caer la lluvia. Aquí, el jinete desconocido detuvo al sobrepaso. Las manos firmes y las patas inseguras dejaron dos puntos y comas en el barrial. Sigue adelante. Cada rebencazo queda hundido en la senda. El lodazal ha hecho lo posible por detener al “juído”.

—Al último vamos a salir amigos. Este diablo, asígún las miras que lleva, ha ganao la sierra por el “abra e’la gruta”.

El abra dista apenas unas cuadras del rancho de Durán.

—Si resultase ansina me allego a ver al nene — dice.

Precisa que Teofilín lo ayude en la ocasión. Es muy áspera la sierra amiga y cada uña de granito va a querer desgarrarle el uniforme. ¡Hace tanto que no conversa con aquellas gargantas monstruosas! Tres años. La edad del hijo. Si los cerros llegan a reconocerle lo apresan con sus picos.

—¿Y usté?

Hace esta pregunta a un cuchillo “envenao” con vaina de cuero. Su oreja asoma entre el barro. La vaina oye, naturalmente; pero es la tierra mojada quien responde. Allí el perseguido se apeó, quizás para arreglar el apero. Su lomillo, asustado del crimen, se persignaría en la cruz del “sobrepaso”...

Durán recoge el arma. La hoja aparece limpia; pero en el interior de la vaina hay manchas frescas de sangre.

—Es l’arma del matador... criollo necesitao. El “tongorí” es remiendo e’negro o de pobre... A la cuenta ha matao por robo... Envainó sobre el pucho y al abajarse después, sumió la hoja en el barro pa limpiarla... no se acordó e’la vaina!

En el cuero aparecen dibujadas con tientos las iniciales E. A.

—¿Será Alvarao? — se dice Teófilo — No puede ser...

Alvarao se llama Ugenio, pues... ¡Es una lástima! Si llegase a ser él, la topada nos iba a'stillar las guampas!

Poco después, Durán desmonta en la puerta de su rancho. Allí estuvo el "otro".

—Ese hombre llegó a lo mío — dice — mi perro lo salió a recibir y aquí veo clarito que se puso a jugar con él... Es un amigo e'casa... Ha de haber cáido a matiar u a orientarse. Ha de ser muy maturrango o muy hombre... La garuga tira contra él... ¡Quieto, perro!

Entra.

Teresa está en la cama. Lo mira un instante y vuelve a cerrar los ojos. Teófilo ve por allí la pava de hierro y el mate recostado a ella. El agua está tibia aún. La aprovecha. Sorbe aquel amargo comentado y frío y es como si tragase el recibimiento. Teofilín sentado en un charco ni lo mira por jugar con el barro. Es un niño ventrudo y flaco. Feísimo. Tiene las piernas torcidas. El padre se encerró dentro de ese paréntesis.

—Venga m'hijo — le dice — vamo a mirar l'agua juntos...

En cuclillas, cerca de la puerta, matea acariciando la cabecita sucia del gurí.

—¿Y áura Durán, aguardás a que se escampe? — pregunta la mujer. — Sos melico en tiempo e'seca nomás?... Lo pior que te va'cer l'agua será lavarte.

No le contesta. Mira el rebenque, luego el niño y suspira.

—Teofilín, ¿un endeviduo no estuvo aquí?

El pequeño mira a la madre. Teresa le hace señas con la cabeza greñuda.

—No, tata — responde.

—A la cuenta un caballo aquerenciao, se vino solo...

—Ya te conozco las indirectas — interviene ella. — Este rancho es como pa aficionar a naide. Claro... cualquier criollo amigo e'churrasquiar hambre, dentra y se atora aquí.

—Nene, decile a esa mujer que se calle ¿querés?

Durante unos minutos guardan silencio. La mujer estudia el modo de poder pinchar a mansalva a su marido.

—Lo que es yo, si me largasen un guapo a prienderme, le robaba el hijo y me raiba...

Teófilo se irguió.

—¡A Teofilín! — le grita, avanzando hacia ella.

Teresa se abraza del muchacho como de un escudo.

—No me lastimés, bruto — le dice. — Pechate con quien te haga frente... Ansina, balando, parecés un novillo...

¡Qué le importa a Teófilo la alusión! El engaño duele a quien ama. Mientras se la dejen allí para cuidar al niño, que la aprovechen! Tiene que estarle agradecido al que se la deje cansada, durmiendo, libre de frases venenosas. Tal vez si encontrase a un hombre en su casa, ni lo pelearía, por agradecimiento. Y si la afición le llevase la mano no ha de ser por celos; será por amor al peligro y a su nene.

—Ya lo sabés, Teresa. Es al ñudo que andés campando garrote por ese lao... Venga m'hijo.

Abraza al muchacho. Lo aparta de él un instante para poder mirarlo tan sucio, tan feo, tan dulce — y le vuelve a abrazar. Sale, monta y se aleja al trote, con paso de garúa.

—No se si voy alegrón u triste — dice. — Si Teofilín me arrempuja contra la sierra u me asujeta. ¡Pucha que dimora en crecer! Cuanto se cuaje en hombrecito lo saco cerros adentro pa que se aficione. Pa ese entonces yo viá estar viejazo pa metido en esta cáscara con ñudos dorados... Ni el nene ni yo hemos nacido p'agachar el lomo. No sé bien si será haraganería u orgullo. Este tiempo e'loš diablos añubla hasta los pensamientos de los hombres... No es p'asombrarse... Vengo trepando la sierranía y cuasi no la veo.

Ahora el pedregal, amigo del matrero, se endurece para salvarle. Las huellas aparecen a trechos y se borran.

Las pisadas del “andador” atan unas piedras con otras. Parece que se le fuera resbalando por el anca un juego de boleadoras. Después, son apenas, algunas medias lunas de barro... después nada.

—Lo que es ya, puede abrir las alas el caballo. Yo lo hallaré lo mesmo. Este bicho tiene que haber acampao en la “garganta e’la bruja”... como si lo viese! A la cuenta sabe que dengún melico asqueroso dentraría hasta allí. Pa eso hay que ser muy desalmao o muy vaquiano u llevar un matrero echao a perder por un gurí, como yo. Teófilo Durán merece hallar a ese juido y tirarse unas flores con él.

Costea un cerro y al desembocar en el bajío:

—¡Alto! — le gritan.

Detrás de una peña un hombre le apunta con su revólver. Teófilo se tira del “tubiano”. Suena la primer detonación.

—Me erró — murmura. — ¡Pero tan siquiera se sacude!

Escudado tras el mancarrón, retrocede hasta un peñasco. Veinte metros y dos piedras los separan.

Cuando el asesino asoma la cabeza, Durán hace fuego. Vuela el gacho.

—¡Me saludaste, maula! — le grita. — ¿Te rendís?

—¿A quién?

—A Teófilo Durán...

—Si usted me lo pide, Don Teófilo, le perdono la vida... Yo a usted no puedo negarle nada.

—¿Quién sos?

—Soy el “otro”... Los dos hemos usao mucho la mesma querencia... ¡Cómo no he de perdonarlo!

Se han ido asomando para dialogar. Presentan blanco. Hacen fuego. Las balas se aplastan en los peñascos. Parecen dos moscardones.

Teófilo reconoce a Eugenio Alvarado. Su enemigo es el rubio puma de la sierra.

—¿Era usted, Eugenio? — le grita. — ¡Por fin nos

hallamos! Aquí le traigo su cuchillo. Lo vine siguiendo, sólo pa alcanzarselo... Alleguése por él, pues...

—No puedo Don Teófilo; estoy lastimao...

—Culpe a la garuga. Yo le tiré a errar, rubio; pero estamos tan lejos que lo balié sin querer... ¿No es en la cabeza la herida?

Simulando interés se descubre y vuelve a ocultarse. Alvarado "engolosinao", le hace tres disparos. Es cuanto Durán buscaba.

—¡Veo que lo pongo nervioso! — le grita. — Aquí conviene tener la paciencia e' las piedras. A ese tiroteo, peligro quedarse sin proyectiles... ¿Le quedan entuavía?

—Denguno.

—¿Se rinde ya, Ugenio?

Contra lo que esperaba:

—Sí, Teófilo — le responden. — Me han soltao el único melico capaz de boliarme. ¡Estoy rendido!

Durán avanza hacia él. El asesino lo deja acercar. Está pálido, se apoya en la piedra para no caer. Casi a quemarropa, reúne sus fuerzas, hace el último disparo y rueda sobre el pasto. Durante un segundo, la traición enceguece al policía.

—¡Si no le maliceo, me mata! — le grita.

—¡Justo! No es la ley. Pero yo no quise perdón...

—Merecía que lo ajusilase sin asco, en el suelo... Tengo que hacer mucho esjuerzo con el dedo pa no tirarle.

Alvarado ansía el balazo.

—Es que me has de tirar, guampudo... Me has de tirar... ¡Yo no quiero volver!

—¿Sabés lo qué me asujeta? Mi fama.

Teófilo prometió llevarlo. Eugenio es el único malhechor que merece ser conducido a los llanos, no muerto: vencido: "Atravesao" en el alazán sobrepaso...

—Ha de dir pidiendo agua, rubio... Usted es toro... da gusto mocharlo...

Ahora el rubio sonríe.

—Durán, atienda: usted me tiene que matar aquí!

—Es difícil, Ugenio.

—Si yo le digo una gran ofensa que le hice, ¿usté me despena?

—Puede...

—Durán: yo vivo con Teresa... Aura, apunte y tire...

El policía guarda el revólver.

—Lo carculé. Aura menos que nunca lo puedo complacer, rubio... Hasta li agradezco que me lo haiga avisao... No es poca carga la que me sacudió de encima!

—¿No me matás? Ni siquiera por vergüenza...

—¡No!

—¿Ni siquiera por agradecimiento, entonces?

Teófilo vacila. Desenfunda el revólver. Lucha.

—No, Ugenio Alvarao — le dice, — ni es por lástima, ¿oye? Es por orgullo. Quiero que Teresa y el vecindario y Teofilín lo vean pasar redotao..., atrás mío como un cuzco...

Eugenio está resuelto a enfurecer al milico hasta conseguir la muerte.

—¡Guampudo! — le grita — ¿querés a'lguien después de vos?

—Claro; al nene...

—Güeno, entonces, sos ciego... ¿No les has mirao los ojos a Teolifín? ¿No has visto que el niño te juye, que no se parece a vos?

El milico solloza.

—¿Por qué lo decís, Ugenio?

—¡Tirame, disgraciao! Teofilín no es hijo tuyo... ¡Es mío!... Te hemos estao engañando años...

En la diestra temblorosa, el cañón del revólver baja lentamente. Cuando Alvarado siente que le apunta al corazón:

—¡Aura! — grita.

Espera un segundo... dos segundos...

Teófilo baja el arma.

—¡Sos el padre del nene! — le dice. — Si te mato ¿cómo me le puedo arrimar a besarlo?... Si te llevo con

vida te ajusilan después y por mi culpa dejo güerfano al guricito... ¿Qué hago, ladrón?

—Golvé sólo...

—Dáme ese revólver, Teófilo, yo te asiguro que no te viá errar entre las dos guampas... Si sos tan guapo, como cuentan por ai...

Durán busca la solución. Los dos hombres guardan silencio. La garúa empieza a molestarlos.

—Apúrese, Teófilo, vea que nos estamos mojando.

—¡Ya está hallao!

Se desprende la casaquilla.

—Deme su saco, Alvarao... Monte en mi "tubiano". Su mancarrón sobrepaso lo va a denunciar y este cuchillo tamién. Me quedo yo con ellos... Nadie, juera e'mi, lo calcu'a el matador de ese viejo... ¿Compriende?... Vaya pal bajo... cuide de Teofilín... Hágase melico... ¡Yo, ya no tengo a qué dir!

Ayuda a montar en su tubiano, al padre del nene.

—Lleguesé a casa, Ugenio y le dice a Teofilín que Teófilo Durán ya está a mano con él... y que por eso, se queda en las sierras.

INOCENCIA

Eso sí; apenas el payaso entró en el corralito, jué pa sacudir garrote y vejiga pa todos laos, como chancleta. ¡Lo que yo anoche me he ráido en ese circo, alcanza pa un mes largo! ¿Usté vido alguna vez un payaso, Don Remigio?

—Denguno... Tal vez, si la risada es tan juerte, puede que una de estas noches me le anime y llegue al pueblo a conocer a ese.

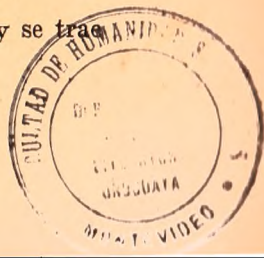
—¡Este es un tipo locazo! Apareció vestido e'color loro, con las alpargatas y el lomo cuajao en bichos de luz. La cara bien blanca; la cabeza entre una media, una arandela e'trapo en el cogote, y la boca ribetiada e'punzón y con forma de ocho acostao. Es el títere u prebista más festejao que se ha conocido en el pueblo. — El paisano deja el tizón con el que ha trazado en el aire la figura del clown y termina: — Güeno, Don Remigio, ¿lo vido bien?

—Dejuro: ¿es un loro pampa? ¿Por qué lo preguntás?

—Porque va a ser muy difícil que lo conozca en persona. Esta noche el circo representa las últimas pruebas y alza el poncho pa no golver.

—¡Qué disgracia! — La exclamación, parte de entre unas bolsas de harina.

—¿Estabas ahí, Cuatí? A ver si va a la pila y se trae unas rajas de leña, pues, amigo.



El niño sale, llevándose a la peona por delante. Lo ras-tréa un insulto. Cuatí ni se entera. Le preocupa únicamente volver y escuchar.

—Nicanor, ¿y por qué se van tan pronto esos prebis-tas?

—No les dentra la gente, señor. ¡Parece mentira cómo es de bruto el tal pueblo! Apenas llega una compañía de zonzos, disfrazaos con esos sacos de gambeta que llaman fraques, y comienzan a saludarse y decirse una prosa que ni la madre entiende, es un cáir de cristos en majadas que dentran y se augan aprietaos hasta la maroma... Y en cambio, a los títeres y a las pruebas, a lo que te criaste, no se allega ninguno, ni cinchao!

Cuatí, la hormiga de la estancia, vuelve con una carga de leña más grande que él. Se quita un sombrero que bien puede servirle de poncho y calladito la boca, se echa en su querencia, en lo más oscuro y ahumado, para salir desde allí, sin que lo vean, a tirarle manotones a las pa-labras.

Le llamaron Cuatí en memoria de un perro.

Era hijo de madre solamente. ¡Milagros de la miseria! Sus primeros años los pasó lejos de la estancia de Don Remigio Achar. En el Cololó, pago de tierras ricas, tuvo su rancho; una cueva retobada por dentro de pajas bravías. Casa de "disgraciao" que no aquerencia. Su madre andaba siempre con un mamón colgado de la ve-jiga del seno, Hacía hijos de más y panes de menos. Repartiendo el hambre entre muchos, pensaba que le toca-ría poco a cada uno. Cuando sus muchachos entraban en los nueve años, ella los iba poniendo como huevos, en las estancias vecinas para que se fuesen haciendo "pollos".

—Don Remigio Achar — le había dicho, la tarde en que se apareció trayendo de la mano a Cuatí — se lo vine a dejar por la comida, ¿sabe? No me lo haga tragar mucho, vea que él no está acostumbrao y peligra lo saque rega-lón, al niño... Este no conoce nada. Cree que la o es una argolla. Convendría no enllenarlo de cencia, porque

el que ve, quiere. Y él es muy pobre, ¿no? Déale trabajo a lo "patria", derecho...

Después sonó un beso de él, un suspiro de ella y un varazo a la yegua. El "guri" tenía en su maleta de lona un pañuelo por todo ajuar. Si acaso iba a necesitar algo en el nuevo pago era eso: un pañuelo. Los primeros días fué cuzco forastero. Todos los recuerdos le "miaban" los ojos. Más tarde, las "memorias" se le nublaron con las madrugadas de Agosto. A las dos y media, en la alta noche, el niño salía, sin miedo a los ladrones, sobre su pingó "bichoco" y luciendo un apero que él le "halló" entre las cruces y los cuadriles: el espinazo. Una matadura blanca, fué su bellón. El estribo: una maceta. Sus piernas desnudas, la cincha y una piola, el riendaje. Era poco; pero todo "empriestao". El día que a Cuatí le dieron algo, fué un disgusto. Es el "guri". ¡Yo lo he visto tanto en las estancias! Cuando llega a agarrar un mate, es porque otros cansaron a ese amargo. En el tambo, apenas lo ven, se les "retira" a las "atadas". En su guampa hay más espuma que leche. Sobre el freno donde duerme, lo cobija el rocío. Pero él, a todo eso, les lleva la ventaja de ser niño mucho tiempo. Cuatí no ha amanecido aún a pesar de que se pierde en todos los amaneceres buscando la tropilla. Por eso juega con el cencerro de la yegua madrina.

—¿No sigue hablando de eso, Don Nicanor?

—¿De lo qué?

—De las pruebas...

Los hombres se habían olvidado de él. Ahora, cuchillo en mano se arriman al asador, cortan, mascan y tragan en silencio.

—¡Cualisquier día hablo e'nada junto a un asao! ¿Vos no sabés que una ucación, por hablar, cierta urraca perdió un queso? — Se atoraron al reir. — ¿Y vos no querés comer, muchacho?

—No tengo voluntad, gracias.

Cuatí entiende que se mastica todas las madrugadas y

se habla de payasos, una sola. El espera desayunarse por las orejas. Mientras los peones callan, el niño imagina: ¿Cómo será el circo? ¿Una manguera o un galpón? Quizás funciona a campo abierto, con guitarras huecas y pasteles rellenos. Lo prefiere bajo techado para atajar las voces ariscas. Nicanor lo sabe; pero él no se atreve a preguntarle. Siempre la malicia le mostró los dientes a sus interrogaciones. Por eso lo ignora todo. Antes de mostrarle cualquier cosa, se la deformaron, para reirse. Calla siempre y nada sabe; pero lo imagina y desde el "bichoco" se la discute a cualquier pájaro, o a cualquier árbol. Lo malo es que nunca se entienden.

—Nicanor, y las otras payasadas que viste anoche: ¿qué fueron?

—¡Cuasi nada, don Remigio! Allí conocí la cebra.

—¿Y qué cosa es esa?

—Un burro blanco curtido a lazo con un rebenque embarrao. Por más que bellaquíó con un macaco prendido e' la clina, no lo pudo basuriar. El monito anduvo entre si caigo y me quedo. El rabo diba escribiendo en el aire... Chillaba, vaya a saber qué! "Agarrenló", quizás.. Dentró después a dar güeltas un bicho lunarejo de pescuezo largo y anca e'ñandú. Girafa, le decían... A veces maliceo que lo habían formao con dos cristianos y una caña. Entre una rodada del Tony y una güelta del valse, aparece allí una mona de chiripá y gorro e'plumas y comienza a tramquiar por un alambre, como si juese un camino... Yo me la hubiese tráido a las casas...

—¡Dejuro! — Es Cuatí que aprueba. A cada número del espectáculo ha dado un paso hacia el narrador. Su tony es un niño, usa como él, camisa desflecada, cabellos cortados a tijera y por series, "tuse de claviña" y desnudo el pie, al que una espina clavada, calzó caballero. Recuerda en su carne los porrazos del artista. Los dos caen siempre de cualquier modo, menos "paraos". Cuando le pisan la oreja a la suerte, es sobre un hormiguero. Oye y ama. Cuando entre los tizones, alfombra roja, pa-

san en el relato los monos amaestrados, Cuatí los estrecharía contra su pecho desnudo. No le importa que tengan la camisa de seda sobre otra de pelo. Son muñecos callados también y se ganan la vida. Aplaude al caballo que galopa llevando en las ancas a la moza pruebista... Dicen que lleva un plumero entre las orejas. El plumero es un tordo: Don Juan. Ahora siente frío al ver a dos muchachos que prendidos de argollas de cincha, se hacen a lo potro, cerca de las nubes. Le tiran besos y confites. No puede imaginar una sola cosa: la música. Esos instrumentos de lata no los golpean; los soplan. Clarines, trombones... hechos un nudo, enredados a lo víbora; silbando. ¿Por qué los soplarán? Sin duda pa enderezarlos. Según Nicanor, uno de los payasos tiene un gacho del tamaño de una nuez, pegado en la cabeza, como una verruga. Salta, rueda en el aire, a lo taba, se desensilla corcoviando clavao de manos, y el gorrito "orquetao". ¡Los perros, son gente! Hay allí cosas del color que se pida... Y patrón del tony, pial, zancadilla, azote sin dolor, máistro del bicherío, mosca en pastel, el payaso del "ocho" abre todos los portillos para hacer salir las carcajadas.

—Güeno, Nicanor, ya es día. Dejá las "prebas" y vamos a agarrar los caballos.

—Don Remigio, ¿me deja dir con Nicanor a recorrer?

—Vos estás criando muchas alas, Cuatí. ¡Vaya a echar las lecheras!

—¡Tambo, rosilla!... ¡Tambo, mariposa! — Se agacha el niño para recoger un terrón y allí, entre sus hermanos yuyos, encuentra una taba. La "mariposa" se salva de que el terronazo se haga humo en sus cuadriles. Le dijeron que el payaso trabajaba dentro de un toldo grande; una parva de risas. Cuatí es chingolo. Quiere ir. Lo único que necesita es el permiso del patrón. ¿Se lo darán? ¿No lo irán a sacar cortito? Aquella taba hallada, lo sabe y debe decírselo en el primer tiro. De su mano

tembleque se escapa, enredado, el "güeso". Corre, lo alcanza y mira.

—¡Suerte!

Don Remigio ya está "de a caballo".

—Señor, ¿me da licencia pa dir a ver el circo?

Lo miran con asombro.

—¿Y vos, Cuatí, pa qué necesitás payasadas? Sos muy gurí entuavía p'andar queriendo rairte. Se te están criando muchas alas de un tiempo a esta parte. ¡Apriéndala a ser serio primero, mocosillo! No le doy licencia. Vaya y ayude a la piona que anda ordeñando...

Las garúas, las tormentas, las neblinas lo habían secado mucho. Pero esta vez lloró. Amenazando los ojos con sus puñitos cerrados, brillante la nariz, obedeció, entre resbalones.

—Che judas, hacé el favor de no lagrimear aquí junto al balde no sea que agüés la leche!

Se aleja varios pasos. Ve que una vaquillona cocea cuando la ordeñan. Le encuentra razón y deja de llorar.

Está resuelto a romper el manecador. Esa noche pasan sus reyes magos. Puede ser que siendo él tan pequeño no tenga derecho a una fiesta. No discutirá eso, sino a la vuelta del circo.

—Piona, ¿usté conoce cuál es el rumbo que lleva p'al pueblo?

—¡Este rumbo, animal! — le señala. — Vos nunca sabés denguna cosa. No he visto gurí más inorante...

—Mesmo. Naide me apadrina. El muchacho e' la carreta y yo siempre andamos en la culata...

A las doce del día, Cuatí, larga, sudada, a la impaciencia. Sobre ella acarreó un amargo, secó el pozo, picó medio tronco de sauce, y curó dos avejas abichadas; todo eso acompañado por una polkita chacarera que se le quedó en los labios. Dicen que son cinco las leguas por andar. Menos mal que muy aparceros con el sol, él piensa invitarlo a dir. Lo llevará cargado en la espalda, pero vale la pena; su amigo calienta cualquier tema.

No almuerza. Mientras los peones mascan primero el asado y después el palillo, Cuatí, desnudo por fuerza, cose la camisa tendida en un talita para que se asolea. Como las viboras tiene una camisa por año. Esta, hace tiempo que anda con ganas de "dírselo", por eso con un tientito robado, el niño le hace en cada agujero, en cada boca, un medio bozal. Tiene, a la mano, sus alpargatas de segundo pie. Regaladas. Una es gris y amarilla la otra. Cuando camina y las mira se hace la ilusión de que vaga con otro "guri" a su costado. Se ha dado un baño; ahora la "peinilla" de tres dientes, lo rasquetea. En apartar, refugar y hacer a un "lao" medio rodeo de cabellos, emplea un hora. Sale después en busca del pozo, espejo haragán, siempre acostado junto al balde. Se mira, y el agua le enseña un venteevo al rocío. Nunca estuvo mejor peinado, ni siquiera en las mañanas de viento.

Ya hace rato que "sestean" sus compañeros de galpón.

Cuatí anuda su pañuelo "de tiro". Si las demás prendas le faltan; esta le sobra. Es la compensación. Entonces, gacho en mano, cruza el galpón, lo más silenciosamente que puede. Mas pisa un estribo, se cae, un paisano despierta y le ordena:

—Si ya estás levantao, mandinga, fijate la hora que es.

—La de arriar la tropilla, señor.

—¡Pucha que estás voluntario! Andá y la echás. Hoy es tarde de sol y te toca a vos ese trabajo.

Sale por fin. El sol empieza a retirarse ante el alero que le presenta sus espadañas de punta. En la sombra, le saluda una "culeca". Por entre las plumas, aparecen cabecitas y lo bichan. Cada mosquito es una chispa. Al abrir el portillo, de un alambre con crisálida de vellón, nace un churrinche, vuela y lastima enseguida una rama de higuera. Al pasar por allí le sonríen los higos abiertos. Todo canta para el niño.

—¿Cuánto serán cinco leguas? — pregunta al sende-

ro. — Dejuero serán mucho. Lo mesmo que de aquí a lo e'mama. ¡U más! Porque estas otras tienen al circo atao en la punta...

Camina. Durante unas cuadras, con la alpargata amarilla de Cuatí, tranquea el Tony. Distraído con las pantominas del "prebista" nuestro "gurí" se lleva un cardo por delante. Los punzos lo despiertan. Por asociación vuelve los ojos hacia la estancia. No la encuentra. Una cortina de eucaliptos amigos se levanta entre el miedo y el muchacho. Respira. Se ensancha. El aire le infla la camisa. Mete las manos en los agujeros del pantalón; los agujeros son los bolsillos del pobre; y alarga el paso.

—Lo que es hoy, yo no me cambeo por Nicanor. ¡El ya vido el circo, pues!

Chifla al tropero, arreando el bicherío sabio. Delante, va el payaso vestido de loro, la jirafa lleva seis monos "enrabaos" en el cogote, la cebra sigue pasando por detrás de una reja...

A su espalda un paisano capachudo sofrena el caballo.

—¿Qué andás haciendo de a pié, chiquilín? Capaz que te empolle el sol...

Voy pal circo, pues...

—¡Diablo, que son desalmados en tu casa, largarte con este calor!

Cuatí no lo oye. Tiene un solo tema y lo gasta.

—¿Usté ya vido al payaso, señor? Dicen que hace reir más que golpe ajeno. Lo que es yo no he de reirme... ¡No se joroba!

—¿Y a qué vas, entonce?

—A abrir los ojos y los oídos. ¡Serio nomás!

Ha pensado mucho en eso. La risa lo distraería. Tal vez le robase un poco de emoción. Cuatí quería estibar impresiones, llenar el balde, para la sed que pudiese llegar.

—Después me quedarán años pa reirme — le dice al "amigo". — ¿Sabe? Dende que salga de la parva p'adelante. Yo soy muy pobre pa ver payasos dos veces en la

vida. Seguro que Don Remigio me despide por desobediente. ¿No ve que me han crecido mucho las alas? Yo tendré que agarrar pa casa; mientras no llegue, tranquilizaré serio entuavía y ¿a que no acierta pa cuando quiero al payaso? ¿Cuándo me viá reir de veras?

—No.

—Cuando mi mama comience a darme la primer paliza. ¡Ai ya, si!

El sombrerudo, indignado, bajó los ojos hasta el niño, alzó el rebenque y le gritó:

—¡A vos te falta el vaquiano, muchacho! ¡Sos de loco, que da asco!

Lo dejó con angustia.

—¡Me falta el vaquiano! Me quiso decir que erré el rumbo?... ¡Y me agarra la noche!

Los balidos se van haciendo estrellas. Cuatí busca ese yuyal que se aparta del camino y tirado sobre él llora por segunda vez en aquel día. Ya ni siquiera corriendo podría alcanzar la parva grande. Todo ha sido inútil: el baño, la fatiga, los azotes y sobre todo, la esperanza. Se marchita ahora que se entró el sol. La peona le engañó.

—¿Por qué?

En ese rumbo buscó el circo y encontró la noche. Ahora le duelen los pies. Unas voces y una luz de candil lo levantan. Llega rengueando a un rancho. Golpea las manos.

—Diga, señor: ¿el circo anda cerca?

Claro, muchacho, cuando caminés media legua te lo topás. ¿Ves esas rayas de luz que suben allá?

—Veo, señor.

—Son los cuetes del circo.

Ni le da las gracias. Echa a correr, loco de contento. La peona era buena y ese hombre era bueno y la vida también. Lleva la lengua afuera y sigue corriendo. Empieza a oír el estallido de las bombas. Las mira ascender

y ríe. Le causa gracia la luz. Ahora recibe en su cara alegre un pedazo de aire con música.

—¡Oigalé! Es una polka...

Y se deja tironear por ella. Avanza y baila a pesar de los terrones. Ya no se le puede ir su circo. Los acollara el bailable. De pronto ve acercarse un guardia civil.

Cuatí se detiene. Es delincuente por alegría.

—¿Buena noche, señor.

—¿Vas procurando algún rimedio, niño?

—No. Pal circo voy.

—Guasquiate, entonces, si querés ver la payasada..., ya están por largar.

Siente que lo acaban de soltar, ahora, cuando casi no puede correr. Unas cuadras más y se detiene "pasmao". ¡Por fin! La parva se alza frente al chingolo rengo. Le angustia el tamaño de "su" circo. ¡Nunca podría hacer entrar todo aquello en el corazón! Al rato empieza a ver las cosas pequeñas. Ahora vaga entre niños pobres, vendedores de dulces que no prueban. Están sentados junto al gigante amigo, en cuya boca, un hombre galoneado, grita de tanto en tanto:

—¡Aprovechen, señores, la última función!...

Y Cuatí, pálido avanza. Más lo detienen.

—¿Dónde está tu entrada, muchacho?

—No tengo, señor. Apúrese ¿no oye que ya mi payaso anda en el picadero?

Hasta ellos llegan carcajadas y aplausos.

—Ve a sacar un "paraíso".

—¿Ande?

—Ahí, en esa boletería. — Va hacia el sitio indicado.

—Deamé una entrada, señor...

—¿A ver la plata?

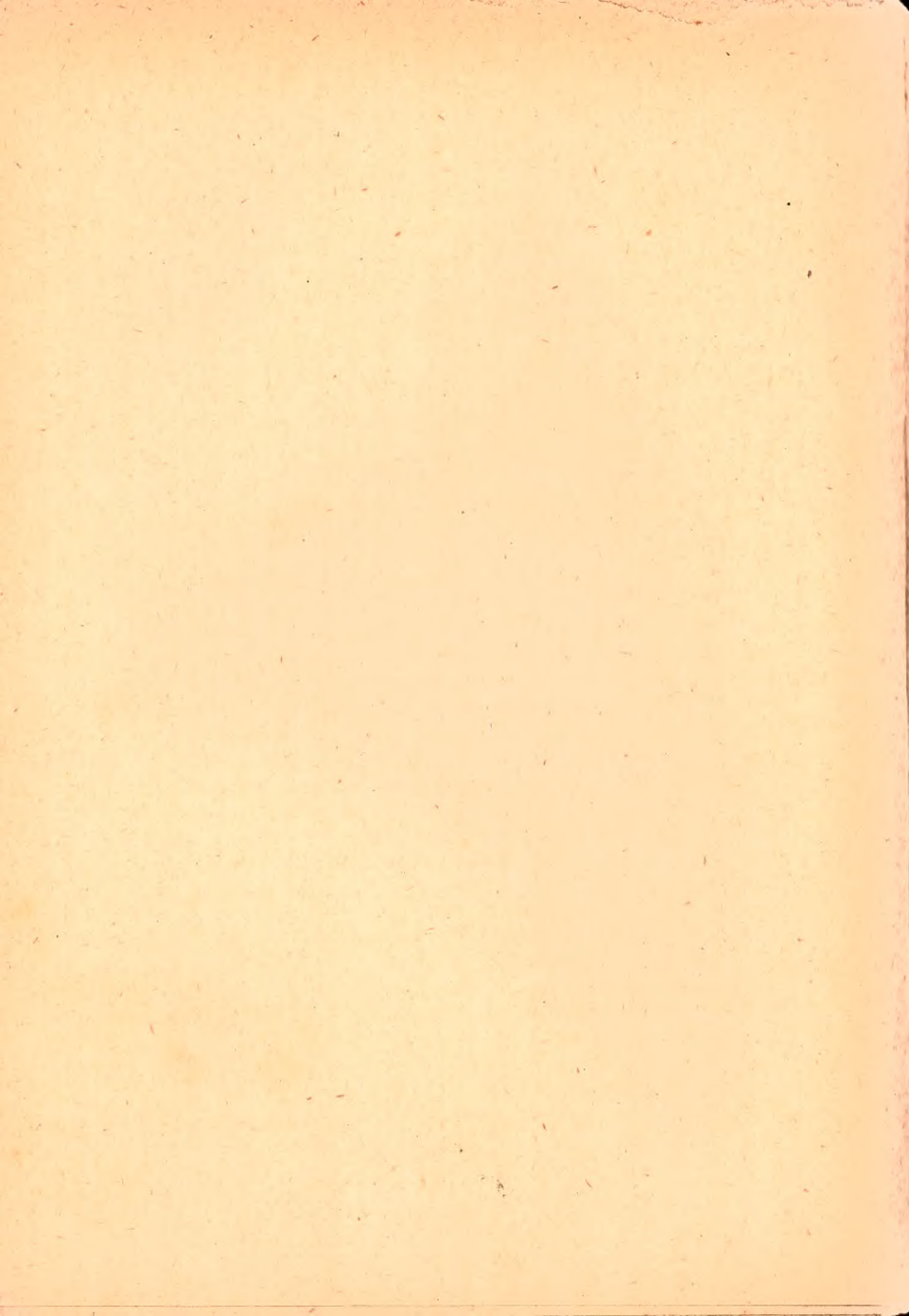
—¿Cómo!

—¡Aprovechen, señores, la última función! — seguía gritando el galoneado.

—¡No truje plata, señor! Yo soy Cuatí. Vengo de lejos.

—¡Y a mí qué me contás! Volvete...

Un hombre que llega con varios niños le da un codazo. Otro lo empuja. El no se queja ni llora, ni se ofende. No sabe pedir. No sabe "colarse". Siente un cansancio enorme...



POR EL CATRE

Está alunao, mi pión?

El indio, de gacho a pique sobre las cejas, interrumpe un instante su labor.

—Yo tengo nombre. Me llamo Eduviges. Seré aconchabao; pero no perro. ¿Qué es eso de: mi pión?

Domingo Gauna sabe que Eduviges lo considera incapaz de cualquier guapeza. Hace varios meses que el indio se empaca y el patrón le da rienda. Uno grita y otro calla. Domingo sabe que es el calor quien lo acobarda.

—Si alguna vez se ha de ser frío — dice siempre — es en verano.

Pero su peón, crece demasiado ante la tolerancia patronal. Se sube en cada siesta como un termómetro. Por eso hoy, Gauna no consigue dormir. Las patas del catre le hacen la cruz al sol. Si estuviese tranquilo sestaría. Hace mucho rato que da vueltas y más vueltas ofreciéndole el anca a una preocupación.

—Este Eduviges se está hinchando dimasiao — piensa — cualesquier día no cabe en el ranchito y yo peligro tener que dejárselo pa él solo... Eso no es justo. Voy a tener que arrollarlo. Quizá precise un tiro. Quizá, si hoy mesmo me resolviese a darle una güena paliza, se arreglarían las cosas...

Una muerte siempre da trabajo. Domingo no se decide. Abre un ojo, lo saca puerta afuera hasta el campo;

las gallinas con sus picos abiertos le avisan que no se mueva.

—Tendré que levantarme del catre y agarrar el arriador y sacudir el brazo...

Es mucho trabajo. Tal vez de noche, con la fresca, se resuelva. Aunque nos duela confesarlo, Domingo es un poco haragán. No tiene culpa. Nació séptimo hijo de Don Apolinario Gauna. "Agarró cansao" a su progenitor. Es mozo y es delgado y alto. No hizo nada para crecer; subió solo. Sigue rubio a pesar del sol. Le crecieron barbas y no las escardó. Tenía una chacra grande y tampoco la escardó. Como los suyos le afeasen esta desidia, él, una vez, apartó un potrero con su rancho y su "oscuro", elegido de tal pelo porque se ensuciaba poco, y el resto de las tierras se lo jugó en un "resto". Lo perdió. Ya estaba libre de preocupaciones y rastrillos; podía empezar a vivir. Para vivir necesitaba cocinar. Salió al camino y sentado en los alambres esperó que cruzase alguno. Quien cruzó fué Eduviges. Domingo le conocía por insolente y sucio. No había más que mirarlo, con el gacho sobre los ojos chúcaros, para dejarle seguir rumbo. Pero Gauna no era criollo de meterse en intenciones ajenas; pensó que aquel sujeto clavaría el asador, tendería las ropas del catre, llenaría el barril y a mucho exigir, tal vez hasta le picase la carne, y no lo dejó marchar.

—Güeno — le dijo — ya sabe: el oscuro es mío sólo. El trabajo es suyo sólo. Lo demás es a medias. Yo como lo que me dean. Pito si me "arman" y duermo hasta que me dispiertan... Le puedo dar todo, menos una mano...

El peón empezó por ponerse la mejor ropa del dueño de casa.

—Pero como me la degüelve limpia — murmuraba éste — ¡pa qué le voy a decir nada!

Después, Eduviges comenzó a dejarla sucia.

—Con no ponérmela — pensó Domingo, — ¡pa qué lo voy a reprender!

Y cuando el peón ya no le devolvió la ropa, Gauna aprovechó el pretexto para no levantarse del catre.

—Este diablo de Eduviges me ha dao una gran idea... — se decía.

Más tarde, el socio, dió en devorarse casi todo el costillar. Domingo prefería el hambre a la masticación.

—Me libra de andar mordiendo al ñudo — pensó — lo dejo... El trabaja mucho, ¡pobre!, precisa pastiar...

En el correr de los meses, el peón se ha pasado de sus dominios a los del medianero. Excepto del “oscuro”, Eduviges se ha adueñado de todo. Cuando Gauna protesta, el indio insulta. Hoy, su soberbia amenaza la comodidad del patrón. A la hora de la siesta, sagrada de silencio, Eduviges decidió cantar. No está alegre, ni en voz; pero canta. Es el suyo un reto, el clarín del gallo aleteando sobre el plumón del vencido. Desprecia a su patrón. Se le ha impuesto. Está decidido a dominarlo por hombría. Quiere el catre, con su parque de bostezos y el ejército de sueños... Está dispuesto a desalojar al intruso Domingo. Espera hacerlo trabajar a su vez.

—¡Don Eduviges!...

Gauna, desde el codiciado campo de batalla donde sigue tendido, quiere parlamentar. Aquel “don” es indudablemente blanco. Pero Eduviges no acepta condiciones. El rendido con colchones y sábanas, debe perder el “oscuro”, ganar la olla, el asador, la escoba de carqueja y el barril. Para esto se hace necesaria la batalla. Eduviges ataca, mandando un “tuteo” a la descubierta.

—¿Qué querés? — pregunta.

—Usté tutée nomás y crezca; pero no se olvide e'dejarme un hueco ande yo pueda estar echao a lo ancho... Porque si no, hemos de andar muy enriedaos... Yo, cierta vez que el tiempo estaba fresco, me enojé con uno...

—¿Y qué jué del dijunto?

—Talvéz si se queda lo mato; pero disparó. Yo no tenía ganas de correr y lo dejé dirse...

—Mirá, Domingo Gauna — dijo despectivo el indio — yo créo que vos no asujetás la chancha en un cuesta arriba. ¿Pensás que es de haragán? No; es de flojo...

Como los dos opinan en contrario, les será preciso convencerse. Domingo es el menos entusiasta. Está en peligro de perder su peón. Si Eduviges apaleado, se va ¿quien cocina? Gauna sabe que él, caso de resolverse, es paisano capaz de tener al indio maneado en la cola, como un cachorro. Pero resultaría más cómodo no comer que convertirse en cangalla.

—Yo le pediría, Eduviges, que dejáramos las cosas como están. Pa desengañarnos habría mucho que andar. Tendría que levantarme del catre... A menos que usted se allegase pa que yo pueda castigarlo de acostao...

—Mirá, Domingo, buscás pretextos pa no asustarte... Pero yo estoy cansao también. Ya me transijé. Vos no ayudás nada...

—Ansí jué lo tratao...

—Yo que soy, aunque pobre, criatura e'Dios, tengo que salir de a pie hasta la tranquera lo menos una vez cada tres días, mientras tu caballo oscuro se pudre de ocioso...

Domingo reconoció esa razón.

—Sí, son unas cinco cuadras, es mucho andar; tiene motivo e'quejarse. Eduviges; lo convenido era eso... pero no importa. Dende aura p'adelante, cada vez que usted lo necesite, le voy a empriestar mi oscuro... Y eso es pa que usted vea que no soy dengún desalmao. Es tan trabajoso andar de pelea, alzando a cada rato la voz!

¡Con razón le habían puesto Domingo, como al día de descanso! Eduviges no esperaba ese ofrecimiento. Había reservado la carta del oscuro como causa infalible para motivar la atracada. Quería, a la vista del dueño, montar con espuelas al matungo y sacarlo charqueándole las ve-

rijas, campo afuera; castigarlo por la cabeza; merecer el corcobo del dueño. Y cuando éste se le fuese encima, arrocinarlo a rebenque y bajo una lluvia de golpes llevarle hasta la escoba y atarlo a ella.

—No te aceto esa limosna, Domingo. Ya estoy cansao, Aquí, dende hoy, van a mudar las cosas... Vos te vas a levantar del catre y yo començaré a acostarme en él.

—Usté está loco, Eduviges... ¿por qué no espera que lleguen días más templaos?

—¡Verás si te levanto!

El peón salió, con un freno en la mano. Domingo no se movió. Afuera empezó a oirse la voz de Eduviges llamando al oscuro.

—Vas a sentir lo que es rodaja y talero, escurito —decía el peón, mientras lo enfrenaba. Luego, lo acercó al rancho y entró a por las bajeras.

—Don Eduviges, ¿qué anda por hacer?

—Ya te alvertí, Domingo, que hoy este rancho cambea de dueño... Tenía uno flojo y lo muda por otro guapo.

—¿Y qué esperá demostrarle a mi caballo?

—El largo e'mis pigüelos...

—Usté no hará esa heregía con el pobre animal...

—¿Que no?

Domingo comprendió que era preciso levantarse. El indio era capaz de aporrear al oscuro. Se ha empeñado en que su patrón le castigue. Cuando pone el pie en el estribo, Gauna está junto a él.

—Indio atrevido — le dice con su eterna cachaza. — Aura vas a soltar ese caballo, luego te voy a dar unas patadas y después aprenderás a diferenciar pereza con cobardía.

Junto con el primer empujón, Eduviges, cuchillo en mano, atropelló al socio. Se le había hecho palenque. No era herir de punta su intención, sino dar de plancha espaldarazo de cobarde. Nada más.

Domingo despierto y ágil, cuerpeaba las puñaladas y paraba los hachazos con el poncho.

—Mire, Eduviges, que me está haciendo sudar...

El indio embravecido, continúa atacando. Ha llegado el momento de imponerse y aunque tenga que pinchar un poco para arrear hacia las ollas al patrón, pinchará si es preciso, en el primer descuido. Domingo, elástico y calmoso de palabra, quita y previene:

—¡Vea, Eduviges, que yo una vez me enojé!

—Vas a dar güelta, Gauna y a doblar el lomo — contesta Eduviges mientras huyen cacareando las gallinas.

—Ya me estoy comenzando a fastidiar, indio... Guarde ese cuchillo y le prometo no darle más que tres lazazos por los costillares...

Pero Eduviges no cree en Domingo. Lo tiene a mano y se aprovecha. En un descuido, el poncho no llega a tiempo y la hoja de acero alcanza la frente y se llena de sangre.

—¡Basta, indio! — grita Domingo Gauna.

—¿Te rendís, mi pión? — pregunta Eduviges.

En respuesta, Gauna, cansado ya, saca el revólver, apunta a la cabeza del atacante y hace fuego. Eduviges cae.

Domingo tira el poncho pesado, enfunda el revólver y se aproxima al caído.

—¡Dijunto... pucha! — exclama. — Ahí tiene, amigo, lo que es no hacer caso!

Se desespera pensando en la comida de esa tarde. El no es hombre capaz de parar la olla.

—Este Eduviges abombao, aura que me hace tanta falta, no puedo contar con él... Si me hubiese agarrao a tajos en la cama, yo habría aguantao más rato... pero así, de parao, al sol, me cansé... ¿Y aura?

Primero se deja caer en el suelo, rendido por el esfuerzo. Le cansa el trabajo que se le echa encima con aquel muerto. Cuando repone sus fuerzas, observa al indio. Hasta después de "finao" Eduviges conserva el gacho sobre las cejas.

—Y yo me'olvidao de la comisaría... De cualquier

manera este es un dijunto. Habrá que dar cuenta de él u de lo contrario, como no nos vido naide y aquí denguno se allega, si yo agarro una pala, cavo un hoyo y lo entierro... en diciendo que murió de enfermedá ya estaría arreglao...

Pero la idea de tener que trabajar tanto, que campear otro peón y hacer una cruz para Eduviges, lo detiene.

—Mejor es la Comisaría... Allí, de comer le dan a uno y pasar tirao, se pasa.

Domingo emplea una hora en elegir el camino más cómodo.

—Esto, disgraciadamente, no puede quedar ansina. El dijunto va a comenzar a jeder... Dispués vienen las moscas y será cosa de andarlas espantando... Vea el trabajo que me has dao, Eduviges; tanto cismaste que has salido con la tuya!

La idea del entierro le horroriza. Domingo sabe que la fosa le llevará lo menos una semana; y que un millón de moscas no lo va a dejar dormir. Siente envidia del difunto.

—Ai está Don Eduviges, descansando. Ya no tiene ni siquiera que comer... Si caigo en la cosa me dejo apuñaliar, sería más cómodo...

Por fin se resuelve. Pasa tras paso sale a la portera. Siéntase en los alambres y aguarda al primer comedido. ¿Quién se puede negar a llevar la noticia de una muerte? Si se tratase de un nacimiento, tal vez hubiera que pagar el chasque. Domingo está decidido a darse preso. Vaciló mucho; pero el hecho de encontrar el oscuro ya ensillado, ahorrándole esa tarea, lo convenció.

Allá, a las cansadas, cruzó un vecino.

—Don Zoilo, ¿usté es hombre de hacer un favor?

—Asigún...

—¿Va a pasar cerca e'la Comisaría?

—Por la misma puerta, Domingo...

—Güeno, entonces hace el favor: asujeta allí y le

dice al milico, que Domingo Gauna acaba e'matar de un tiro en la cabeza a su pión Eduviges, por causa e'que pretendía el dijunto hacer trabajar al matador. Párese, don Zoila; dígales que si les viene mejor, traigan un carrito p'alzar al finao, con eso yo voy más cómodo tamién... Y, no se apure; le dice que si se resuelven a venir con el juez y las preguntas, que se traigan algún hombre p'hacer la comida, ¿oyó?

—Está bien...

Don Zoilo "chupó" al matungo. Domingo se tendió en el suelo a esperar. Tenía un pucho en le mano, se olvidó los fósforos en el rancho y miraba encenderse la primer estrella.

—Si juese güena a bajar y darme fuego — pensaba...

A MANO

Quien, entre los arroyos, "Tapao" y "Arerunguá", señalando hacia el Cerro Azul, pregunte al baquiano:

—¿Qué es aquel pueblito que blanquea en la meseta?

—Es el cementerio e'los Pereyra — le dirán.

Si más tarde, en el plan de un bajío despierta su curiosidad una construcción cuadrada, derruida, de piedra sobre piedra, anchos de un metro los muros.

—Esa es la antigua tapera e'los Pereyra — le informarán.

Está asentada en el centro de unos campos llanos, poco arbolados, con mucho cardo y mucha torez. Allí, en los primeros vientos del Otoño, parece que las alcachofas volasen.

—Son estos los campos de los Pereyras...

Da la sensación de que esos gauchos fueron unos gigantes que, desde la serranía llevaron sobre sus hombros, en mil viajes, las pesadas losas con que levantaron su fortaleza. Parece que no hubieran tenido más que la casa, ruda, hecha a pampero y malón, y que del pie de aquellos muros, los Pereyra salieron un día sacando el campo a la cincha, estirándolo así leguas y leguas... Luego, para que no se les arrollase, lo estaquiaron con muchos árboles que el tiempo hizo monte y después, a uno y a otro lado, cavaron con sus caroneros una zanja larga y honda en el "Tapao", otra en el "Arerunguá" y espe-

raron que lluvias y rocíos las fuesen llenando gota a gota.

—¿Entonces son muy ricos esos Pereyras?

—Lo fueron...

La leyenda dice que ellos plantaron el monte, empinaron la sierra para abrigo de sus innumerables ganados y le dieron el impulso inicial a los arroyos. Pero el labio de los viejos vecinos cuenta que los Pereyras, hombres de bocas cerradas y brazos abiertos, escribieron la historia del pago en tarjas y garrones; con rodeos, servicios, proezas y pencas. Eran todos de un pelo. Acaso castraban al que salía "manchao". Durante un siglo dieron su palabra mirando hacia el camposanto de Cerro Azul, y la cumplieron contra la autoridad, contra el peligro, contra ellos mismos; siempre. La "caña" los tornaba melancólicos y la burla, bravíos. El más viejo de la casta era para ellos, el más fuerte: horecón "siñuelo", tras hoguero. Cuando un Pereyra cayó, fué pialado en su coraje. Daban primero la mano, después la estimación, después lo que les quedara por dar. Luego del amor a su palabra tenían el amor a sus caballos. Eran éstos parejeros "tostados", con la famosa marca "banderín" en los cuadriles y viento en la ranillas. Sus dueños los corrieron por una suerte de campo o de balde: por el orgullo. El Pereyra más liviano los piloteaba, llevando como vincha una cinta de trenza. Cuando ganaban era de punta a punta, en todo el largo del tiro y con luz, para evitar discusiones. El pago se jugaba a la "marca" y los tostados sacaron adelante desde el cinto de onzas hasta el kilo de plumas, del retoso.

Esos fueron los Pereyra, gente de paz, respetuosa del nombre propio y del ajeno. Al que insultaron hubo que matarle "sobre el pucho", en el terreno, de frente a la tapera. Combatía en "cabeza" por respeto a los viejos que se despertaban para mirarlo desde Cerro Azul. Descubierta la frente y defendido el pecho jadeante, pelearon los Pereyra provocados. Lo hicieron para castigar;

no para suicidarse. Los de su nombre formaban en la ocasión un círculo, como una gallera. Cuando caía, lo alzaban en un poncho. Cuando mataba, lo alzaban en un anca y se lo entregaban al monte. Nunca les faltó una palabra, un camposanto, un parejero y un facón.

Esta tarde, los ocho Pereyras que quedan en todo el pago, rodean a "Rejucilo" el último parejero de la marca. A espaldas del grupo, el almacén de Badía congre-ga al paisanaje aficionado a ginebra, carreras y naipes. Frente a la reja, se tiende en ocho cuadras una baliza.

—¡Ramón!

El mayor de los Pereyra, paisano de treinta y cinco años, se vuelve. Frente a él se encuentra a un viejo roto de esos de mosca en barba.

—¿Qué se le ofrece, Don Eduvigés? — pregunta espaciando las palabras, según costumbre en todos ellos.

—Es que, muchachos, yo paré rodeo a cinco pesos y quería preguntarle: ¿Puedo jugárselos a esa mano blanca e "Rejucilo"?

—Puede si se los toman.

¿Está dentrao en el tiro su caballo?

—Seiscientas varas son, Don Eduvigés. El tostao guapea a esa altura... — le habla mirándoles a los ojos y escucha por respeto, con los ojos bajos. Han sido criados a la vieja usanza. Son paisanos morrudos y tímidos. Mansos.

Los vecinos al pasar, los llenan de polvo y preguntas.

—¿Ganaremos, Pereyras?

—La voluntá se va a poner — contesta Ventura, el menor de todos, que con espuela atada al pie desnudo, libre de ropa el tórax y ceñida la vincha, espera la señal para saltar sobre el "crédito". — "Rejucilo" está acostumbrao a discutirla... ¡Pero el "oscuro" de ese forastero dicen que es tan ligerote! Nosotros, si perdemos hoy no es plata, muchachos... perdemos un amigo!

No se miran. Fruncen los ceños. Cierran sus puños y callan.

Hace tres meses que anda por el "Tapao" un forastero jugador y buen mozo. Por Evaristo Portela, lo conocen. Es un criollo de barba rizada y cara pálida gracias a la pantalla de las carpetas. Parece hombre frío y burlón. En la hierra de un vecino, a la cual los Pereyra fueron para dar una mano, le conocieron. Nadie los presentó. Portela había caído en un rosillo apareado con rumbo, llevaba de tiro un parejero oscuro que lo venía siguiendo como un mal recuerdo. Había cien paisanos reunidos cerca de los fogones. Allí se pialaba por lujo con la presilla en el meñique y el "vale trago" cerca del gznate. Los Pereyra, apartados por corteidad, miraban en silencio al "cáido" y al oscuro. Evaristo Portela no paró mientes en ellos. Dicharachero, conversador, alegre, distraía a todo el pago con el relato de su serenidad en las jugadas. Cuando se le gastó el naipe de tanto barajar, el forastero echó pie a tierra en una ventana con un malvón afuera y una moza adentro, y copó. Cansa y lustra el anca de su rosillo el peso de tanta chirusa liviana y, por último, sediento de admiración, desafiló su daga de plata y oro en diez dueños crudos, arraigados los pies en barro con sangre y era entonces un ceibo en flor. El paisanaje aplaudía sus hazañas. Veía a Portela entre una nube de chispas, bravo sin abuela. Frío en el juego, el amor y la muerte, poniendo mil onzas en una carta, mil besos en una boca, mil tajos en un rival. Pero al "llegao" no le bastaron los aplausos, quiso hacerse admirar como chocarrero, hacer reir. Buscó en todo el corro una víctima, se encontró con el grupo de los Pereyra, modestos en su vestir, dulces en el mirar, y eligió a Ramón.

Su primer sarcasmo causó frío.

—Forastero, por aí no se tire, hay pozos — le avisaron.

Portela engallado, pintor en rojo de su propia braveza, ya no puede retroceder y se azota salpicando de bur-las a Ramón. Este lo miró duramente. Desde lo hondo,

un aliento, duro como las piedras de su tapera, animó la réplica.

—¡Cuidao, paisano — le dijo — mire que barbas no son coraje!

El forastero contestó con un insulto. Se puso en pie la rueda. Después, cuchillo corto en mano, Ramón estaba junto al ofensor.

—Aura, señor — le dijo, — es juerza que me pida perdón o que me mate.

Portela Palidece; ve la muerte. Lucha un instante entre el miedo y la vergüenza. Pronto de lengua y tardo de mano, prefiere una herida en el amor propio a una herida en su cuero y, a pesar de que su auditorio lo mira, pide perdón.

—Cabayero — le dice — una broma no vale un conjunto. Yo no soy cuchillero. Soy jugador. No vine a este pago pa morir, si no pa jugar. Riciencito me dicen que es usted uno de los Pereyras, gente de pelo en pecho... Ahí va mi mano.

Un apretón cerró el incidente. Ramón envainó y ruboroso, sintiendo vergüenza por el otro, se volvió al grupo de los suyos. Oyéronse risitas, alusiones, diálogos filosos.

—Paisanos — dijo Portela — pido desquite en una carrera.

—Si es a correr, yo creo que nos gana, forastero — observó un vecino.

—Así es... ya lo acaban de ver... por eso, en mi juego, quería una revancha... Aquí tengo mi parejero oscuro — señaló — es criollo de cepa y más guapo que el dueño. Con él desafío en seiscientos metros por derecho al caballo que raye... sin respetar pelo ni marca...

Todos los ojos se volvieron hacia los Pereyra. Portela ya había olvidado la "topada", porque se acercó a Ramón y le dijo:

—Pereyra, me debe un cotejo. Dicen las mentas que

su caballo "Rejucilo" es el único flete capaz de ganarle a mi oscuro. Lo invito a correrlos...

El pago espera con ansia la respuesta.

—Aura semos muy pobres nosotros, amigo Portela. No sabemos pedir y nos duele negar. Si no juese por eso, tal vez los topáramos nomás, en ese tiro. Porque, salvo el respeto, nos gusta de fe el "tostao".

—Por eso no ha de quedar; esta ucación no quiero correr por plata. Los vamos a lonjiar por el orgullo. Yo juí arrollao por usté — le dijo — y ustedes, sigún es fama, han dao siempre un desquite.

—Es ansí, Portela; hable.

—Ramón, el que de nosotros dos gane esa carrera, se queda con el caballo perdedor.

La paisanada creyó que los Pereyra no aceptarían.

Para Portela, perder el parejero era una desgracia repa-
rable. Para los otros, la derrota de "Rejucilo" signifi-
caba la muerte de su marca. El último de los "tostados"
tenía el pelo lustroso, la señal de unas manos nudosas,
sagradas: las manos de la anciana que lo crió guachito,
con leche de vaca. Cuando el pago renunciaba a la emo-
ción de aquella justa, Ramón se adelantó.

—Señor Portela, acetamos. No nos convenía correr.
¿Oye? — le explicó. — Sabemos el peligro... usté mes-
mo, tal vez algún día lo sepa... Pero me ha pedido un
desquite y se lo doy.

—¿Palabra e'Pereyra?

—Dada.

—¿Pa cuando?

—Pa dentro e quince días, forastero, si es gustoso...
En la cancha e'Badía.

Portela entonces, voceó de frente al pago.

—¡Ustedes son testigos, cabayeros! El caballo perdedor
es el premio e'la carrera. Los Pereyra han dado su pa-
labra; no necesitan depositar. Yo fío en ella. Estoy ri-
suelto a dejar en manos del vecino que Ramón elija la
garantía que quiera.

Ventura Pereyra lo interrumpió.

—No es preciso, amigo. Basta lo hablaos.

Por eso esta tarde, para dar una revancha, ocho Pereyras, silenciosos, rodean al tostado y miran cada uno para dentro. De tanto en tanto, por entre el humo del chala, se abre paso un recuerdo.

—Mire que lo crió con mimo la finada!

Callan, y al rato es Julián quien se dice:

—No tuvimos otro rimedio. Portela, pobre mozo, avergonzao, pidió un alce...

—¡Claro!...

Ahora, cuando ya no tienen campos, ni arroyos, ni azotea, ni gurises, llega un forastero, se asusta y les castra su único caballo.

—¿Y por qué calculamos perder? ¡No dejés que se juegue el paisanaje, entonces, Ramón!

Portela se aproxima, mira al tostado y, sonríe ante la estampa del pingo.

—¡También — dice galantemente — si ustedes no tuviesen un gran caballo! Un caballo guapo y noblote como los dueños...

—Gracias.

—Estoy ganoso de que llegue la hora, cabayeros — les dice, — pa desegañarnos... Codiceo a ese pingo. No hay mujer, ni dolor, ni entusiasmo que me haiga hecho pasar tantas noches sin dormir como "Rejucilo".

—A nosotros nos acontece lo propio, forastero. Pero por el tostao, tamien.

Evaristo Portela saca el reloj.

—Ya son las cuatro, cabayeros... ¿Vamos?

—¡Vamos!

Toda la aparcería ha vaciado los cintos. Cuando, depositado el último peso, encuentran el cuchillo, se lo juegan a favor del "tostao". Ya no les quedan nada más que gritos y los largan. Crecen las apuestas con usufa. Se agitan pañuelos y ponchos. A lo largó del tiro brillan herrajes.

—¡Doy luz con “Rejucilo”!

—¡Ofrezco cola y luz con el tostao!

No hay quien tome otra cosa que sol. Hay allí ancianos que vieron ganar cien veces a los abuelos de este pingo “banderín”. Mozos llegados de muy lejos para mirar correr esa luz tostada de cola al garrón.

Portela está solo. Se ha jugado desde el cinto, hasta las bajeras. En torno del rumboso jugador llueven las apuestas.

—Cien pesos...

—Cien más...

El con su mismo tono frío y burlón.

—¡Tomo!... ¡Pago!... — contesta a todos.

Cerca de la “largada”, los Pereyra observan las partidas. Se ven dos rebenques, dos vinchas y dos balances. El paisanaje vocea en cada amargo. Los parejeros parten mal, corren unos metros, son detenidos y vuelven al tranco. La emoción anuda las gargantas. Por fin se oye:

—¡Vamos!

—¡Se vinieron!... ¡Se vinieron!... ¡El tostao! ¡Un Pereyra adelante!...

Pasan los pingos en una línea con los corredores amontonados en las cruces. Los rebenques, por orgullo, caen parejo, lazazo a lazazo. En los doscientos metros, el oscuro “alcanza” y poco después pierde varias pulgadas.

—¡“Rejucilo”! — va gritando el gauchaje, mientras los cascots le tiran tierra a los ojos.

Los Pereyra respiran. No les preocupa el oscuro; si ganan, se lo devolverán a su dueño. Resuellan, con el aire que agita el encuentro del “tostao”, punteando, empujado por los pigüelos de todos. Los anima el calor de los recuerdos. Es el pasado que cruza vencedor y es, por último, la raza de ligeros que no se cortará, ni cuando ellos mismos se corten.

Ahora los gritos suenan a cien metros de la raya.

Julián, señala a Portela.

—Mirá ese hombre, Ramón, es frío mesmo. Merecería ser guapo...

El forastero lleva jugados verdaderos tesoros. Por lo frío de su continente parece que hubiera apostado en nombre de otro. Ni siquiera observa la carrera. Está en su "porcelano" a plomo sobre el "lomillo". Tiene baja la cabeza y fruncido el entrecejo. Conserva, ante la emoción, un dominio de sacerdote, de soldado o de tahur.

—¡El oscuro... el oscuro! — se oye ahora.

Corren a rebencazo por metro. En efecto, el parejero de Portela vuela un trecho a la par de su enemigo. Sangran sus ijares charqueados por la nazarena que se hincan hasta el pigüelo. Sobre la raya, guapea, se estira en un esfuerzo y gana por un hocico... apenas.

—La carrera es del oscuro — declara la "sentencia".

Un gran silencio le cuenta a los Pereyra, la derrota. Permanecen serenos y tristes, Ya no tienen caballo.

Paso a paso, los parejeros vuelven entre un grupo de jinetes. Al llegar frente a Portela, Ventura Pereyra desmonta.

—¡Ai tiene nuestro Pingó — le dice, sin levantar los ojos — Dende aura mesmo ya no tenemos dengún parejero quemao en los cuadriles por nuestro fierro. Este era güeno, amigo; si el suyo le ganó jué por mejor...

Portela no se alegra. Continúa ceñudo, cabizbajo, como decepcionado. Recibe sin contarle, el importe de muchas apuestas. Remón se anima a dirigirle la palabra.

—Forastero — le dice desde lejos, — "Rejucilo" ya es suyo. Lo ganó en ley.

—Ramón Pereyra, despreceo ese caballo...

—Se lo compramos, si es ansina. Usté tiene mejores, nosotros, no. Por el tostaio le damos diez cuadradas del campo que entuavía nos queda. ¿Aceta?

—¡No!

—Usté es dueño, Portela... — insiste suavemente Ramón.

—Lo 'he codiceao, sabiendo que ustedes lo querían,

que jué el orgullo de su galpón... Ya en la yerra, ande usted me naquió con su daga y tuve yo, por maula, que arrollarme frente a todo un pago, ya allí, confié ganarles el tostao!

—¿Pa qué, señor?

Portela saca su cuchillo y contesta.

—¡Pa degollarlo pues... pa eso lo quiero!

Los testigos de la escena echan mano a sus armas. Se levanta una ola de protestas. El forastero mira en círculo, lee odio en todos los ojos, sólo encuentra dolor en unos cuantos. En éstos se detiene. Ahora, Ventura Pereyra, casi lloroso, se adelanta.

—Vea, cabayero —le suplica — ¿mejor no querría pe-liarme a mí?

—Yo soy maula, ya usted vido, y todos lo vieron...

Don Eduvigis, el viejo cazador de "capinchos", no puede contenerse y salta hacia Portela:

—¡Está visto, bandido — grita — te vamos a curtir a laso!

—¡Animesé! ¿Es que no es mío el parejero? ¡Ramón Pereyra, lo hago juez! Aceto lo que usted diga. ¿Lo que yo quiero, no está en la ley del trato?

Ramón, para poder contenerse, se ha dado la mano con dos de los suyos.

El círculo se estrecha. Portela continúa sereno. Sabe que una fuerza poderosa lo protege. Cuando los rebenques se levantan para castigarlo:

—¡Cuidado, paisanos! — grita. No viá cair yo solo. Aquí van a morir ocho Pereyras por defender su palabra... Si es que creen en ella.

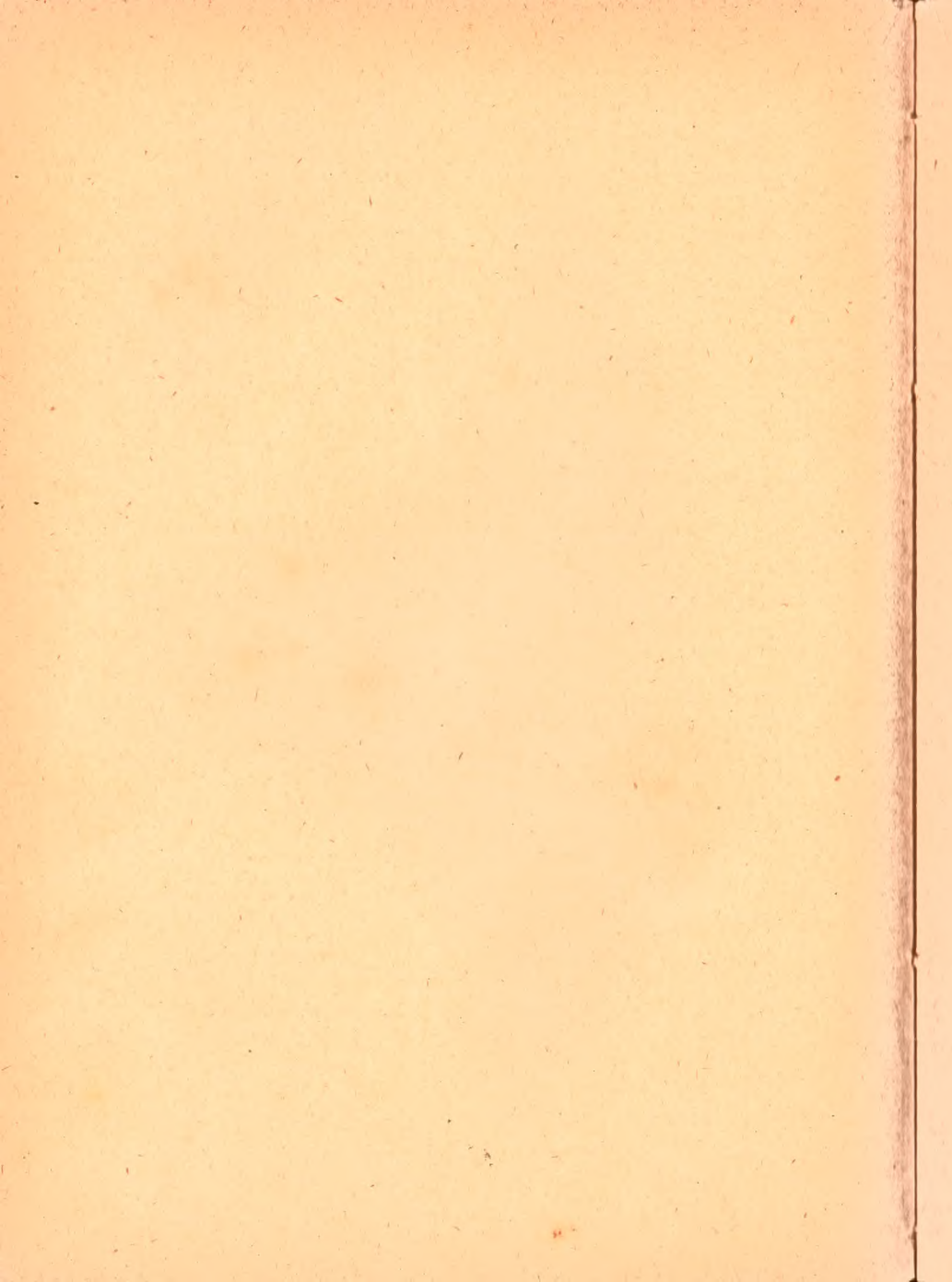
—¡Green, forastero!

Entonces, Ramón, Ventura, Julián, los ocho últimos criollos de su nombre, cuchillo en mano y poncho al pecho, forman una barrera de hidalguía entre el pago furioso y Portela tranquilo. Detrás está el "tostao", maneado ya. Los ocho han tirado sobre el pasto sus sombreros. Quizás sea el viento lo que cuaja en lágrimas

sus ojos serenos. Toda la aparcería sabe que aquellos mocetones saben morir por una palabra. Portela, facón en mano, espera aún. Está pálido como aquella tarde en la "yerra". Cuando el rueda de carne se ha cerrado para defenderlo, mientras los facones tiemblan en las manos, Ramón Pereyra le ordena con voz opaca, dura:

—¡Degüelle, forastero!

Se oye un relincho. Cae un chorro de sangre sobre los pastos. "Rejucilo" abre las manos, tiembla unos instantes y rueda, muerto ya.



LOS NOVIOS

¿Cómo empezó aquel noviazgo?

Hace medio siglo, Pancho Reyes tenía quince años y Rufina otros quince. El rubor coloreó este alboreo. Ella era peona. El, aspirante a peón. Uno trabajaba por la comida y el otro "por los vicios". De pobres, sin duda, simpatizaron. La muchacha disponía de una sola cinta para dos trenzas. El mozo, en fuerza de no tener nada, carecía hasta de pago: era forastero, como otros son conservadores. Por eso sintió desprecio al camino y envidia del árbol. Cuando araba, se hubiera plantado en la cuna larga del surco.

Una noche que Rufina fué con el balde al pozo, Pancho salió a acompañarla. La sombra los apretó. Los dos muchachos quedáronse un rato, mano a mano, mirando boyar la luna sobre el agua. Cuando quisieron separarse, notaron que aquel botón de nácar les había prendido.

Desde entonces, Pancho y Rufina se declararon novios.

Entre los dos, la luna enredadora, puso punto a sus charlas. El le llevaba pichones a medio emplumar, verbenas a medio abrir, palabras a medio expresar. La moza las maduró en sus manos. Se las devolvía hechas besos. Si hubo un noviazgo largo y casto fué el de ellos. Rufina era arisca y el novio "maneco": por respeto. Nadie los veía, ni los cuidó. ¿Para qué?

—Ansina que comience a ganar algo, rejuntaremos pa casarnos...

—Pancho, yo no quiero darme. Por eso mesmo que soy tan humildita, me gustaría mucho dentrar en nuestro rancho por la puerta que da pal lao del día... Yo no trabajo pa comer; sinó pa no rodar...

Meses más tarde, el muchacho empezó a ganar su sueldo: diez pesos. Cuando cumplió los veinticinco años seguía ganando la misma cantidad. En cambio, eran ricos por dentro. En cada conversación, él le pintaba a su china, el rancho en el aire:

—Vamos a enllenarlo con cualquier cosa. Lo pararé en la punta de una senda pa que no se nos pierda. Será un rancho de terrón cocido y cuero crudo... a lo que te criaste. Potro por ajuera y palenquiao. Habrá de agacharse entre la gramilla. Si se porta bien contigo le voy a dejar un nido de hornero, como un lunar en la quineha. Con una ventana te pintaré, en cualisquier lienzo, un cuadro de paisaje. Adentro, después, criaremos una tropilla e'cimarrones "cebaos" en tu mano.

Durante el idilio, mil veces, Pancho cortó el terrón. Palo a palo fué plantando el corral. Ya tenían el cen-cerro, apenas les faltaban los caballos. Los comprarían "estrelleros" y de "ancas".

—Ya verás, Rufina... Hacemos una montaña e'tierra, le prendemos charamuscas; el fuego levanta una ampolla en el barro y ya tenemos horno. Después, al amasar, dejaremos siempre un poco e'levadura. Lo mesmo que se deja un beso olvidao cada noche pa que puedan dorarse los besos de mañana.

Y pondrían la mesa cerca de la puerta para que el sol les tendiese el mantel. Algunas noches, sobre todo los domingos, cambiarían ese lienzo por otro "cribao" de estrellas. No mentaban las vituallas, por romanticismo, y el lecho, por pudor.

—Cuando dos personas se quieren, más vale que sean pobres. Ande mi bombacha se rompa, vos la zurcís con

una hebra e' tu pelo. Será cosa, Rufina, de arrollarnos otro poco más pa caber en la pobreza. Siquiera nos hubiésemos criaos sabiases, con una hoja agatas, ya teníamos rancho.

La muchacha sonreía y esperaba. Para acercar un poco aquella casa, el novio empezó a castigarse con los ahorros. Enflaqueció los cigarrillos. Luego quemó hasta el pucho. Acabó por apagársele el vicio. Al suprimir el trago de caña se le secó el domingo. Con quien tuvo que luchar de verdad, fué con el naípe. Barajaba... hasta que le cortó. Habíanle cedido un redomón rabicano; el día que Pancho pudo más que las "cartas", le habló al anca lustrosa de su pingo:

—Dende aquí p'adelante vos serás la silla de mi chirusa. Sobre vos, ella irá al Juzgao y a nuestro rancho. Hoy comienzo a juntar...

Galopó echando cuentas. Toda la poda de sus despilfarros le permitiría ahorrar cinco pesos al mes. Con diez años más de economía, compraban el terreno.

—¡Quinientos pesos juntos, Rufina!

Esperaron.

Las sillas testereaban y el rancho seguía acostado, aguardando que lo levantasen terrón a terrón. Cuando transecurrieron dos lustros, ya los novios tenían cómo empezar.

—¡Aura sí, Rufina! Hoy pasé por el potrerito en venta...

Según el optimismo de Pancho, era aquél un campo sobrenatural. Subía de todo él en hilos de yuyos, una esperanza que soñaba hacerse monte. Por entre los cinco hilos del alambrado se veía el paisaje interior. Los ojos andarines, por el lado del este, podían tocar el sol. Por el sur, el arroyo "Pintado" hacía un esfuerzo con los "codos" para abrirse paso hasta el potrero. Durante cien metros, campo y arroyo corrían parejos. Después, ya el arroyo se cortaba adelante...

—Pa esta mano — le dijo — nuestro campo tiene un

esteral feazo; pero un monte de eucaliptos cuasi, cuasi lo oculta.

—No se podían plantar unos varales de sauce, Pancho?

—Es árbol medio haragán, prienda. Demora en subir. Sale torcido y luego es un lagrimiar largo... Como se gane un “boyero” en un llorón de esos y comience a chiflar, el sauce parece un “perdido” que se agacha a bombiar el trillo y te chifla pa que lo saqués de apuro.

—Será ansina; pero el sauzal es tan tristón!

—Güeno prienda, no se hable más. Mañana compro el campo y planto los varales.

Desde hacía un mes, Pancho vivía en el puesto de “Los Tatuses” perdido en el fondo de la estancia. Antes de cerrar el negocio se acercó a la pieza de Rufina para consultarla. Como cuidaba tanto a su china de la maledecencia, no se animó a proponerle una visita al potrero. Marchaba al encuentro de la novia con una alegría de niño. Eran muy poco diez años de privaciones comparados con la ilusión de poder llevarle a su compañera un rincón para vivir, querer y morir en paz.

La encontró enferma. Esa noche Rufina se empeoró. Fué necesario proporcionarle un médico. La visita del facultativo duró un par de horas. En la estancia nadie se condolió de aquello. Pasaban por el cuarto de la peona, preguntaban por costumbre sobre su estado, y se iban. Pancho, envejeció durante un mes. Al cabo de éste, el doctor, al retirarse, dejaba a la chinita en convalecencia y se llevó en su valija los diez años de ahorros...

Rufina lloraba por su campito.

—¡Otros diez años, Pancho! ¿Te quedará coraje? ¡Soy tan disgraciada, indio! Yo te degüelvo la palabra.

El la reprendió con dulzura.

—¡Nunca creí que me dirías eso! Hoy, novia, comenzamos a rejuntar pal casorio y el rancho. Hacé de cuenta que acabás de resucitar y te declaro mi amor. Todos

los meses la misma luna dentra por la boca del pozo. Alguna vez la habremos de sacar en el balde...

Se marchó solo. La tarde gris estaba contra él. Desensilló en el "puesto" y después de muchos años, extrañó un cigarrillo.

—¡Solo mi alma! Sin ella, sin un trago, sin un poco de humo...

Ni el "rabicano" lo acompañó esa tardecita triste. El indiferente mancarrón se había puesto a pastar.

—Total — pensaba el hombre — ¿qué pedimos? Cua-si nada: un santiguao, una cueva y un "peso" e' tiempo pa gastarlo juntos!

Sintió una mano en su hombro. Al volverse, vió a Rufina. La novia tenía en la diestra un atado de ropa y unas margaritas.

—¡Prienda, gracias! Pero has hecho mal en llegarte hasta aquí. Vas a conseguir que hablen de vos...

Ella dejó caer el atado.

—¿Estás muy solo? — le preguntó.

—Mucho.

—¿Me extrañas?

—Siempre.

Rufina secó sus ojos con el delantal.

—Dame un ladito, Pancho. Me hubiese gustao dentrar en tu casa por la puerta que da al día. ¿Comprendés? Llevo más de quince años aguardando esa suerte! Cuando con estirarnos agatas, cuasi tocábamos al Juez... vos lo viste... ¡Se jué todo lejos! Hemos sido güenos; pero tengo miedo que nos falte tiempo...

—¿Qué pensás hacer, Rufina?

—Quedarme aquí.

Y se quedó.

Pancho Reyes la quiso más que nunca. Pasaron muchos años. Se murió el "rabicano" y lo substituyeron con otro del "pelo". Los novios encanecieron juntos en un largo día azul. Cuando se asomaba un nublado, el primer suspiro lo barría. El, no volvió a fumar, pero desde

hace un tiempo, suele ensillar con el "lucero" y no regresa hasta el mediodía.

—¿En qué estará este viejo? — se preguntaba Rufina.

Pancho, a hurtadillas, ha reunido capital. Compró el potrero, encargó muebles y esta mañana, a las tres, empezó a quinchar el rancho. Las estrellas le ayudaron con sus candiles. Dos horas más tarde, cansadas del esfuerzo, se fueron. Después, el alba le invitó a tomar mate en su fogón. Pancho no aceptó y la madrugada, montando en su "azulejo", se fué también. Ahora asoma el sol, rubio curioso, ve el rancho y se acerca rozando el pastizal; tendido de espaldas sobre el piso inspecciona la quinchita. Sube agarrándose de un esquinero. No perdona terrón. Una hora más tarde el sol se horqueta en la cumbrera y busca una rendija de totora donde meter su cuchillo de oro para herir la vanidad del poblador.

Pancho ha concluido su tarea.

Por el camino, avanza la carreta con sus muebles. Ve acercarse al paso, las cuatro yuntas. Se enarca la picana.

—"¡Caretó!"... "¡Pampa!"... — llama el conductor.

Cerca del rancho, detiene la boyada.

—¿Usted es el viejo Don Pancho Reyes?

—El mismo. Abajese.

El carrero usa lengua, picana y piernas largas. Ha sido hecho de encargo para el camino. La carreta descansa sobre dos ruedas grandes, de tronco. El vehículo y su dueño marchan más aprisa que los bueyes.

—¿Entonces son de usted estos muebles?

—Sí señor.

El hombre deja la picana recostada sobre el primer yugo. Aquel palo queda haciendo fuerza allí. Cruza luego una pierna sobre el lomillo, pellizca la chupa y durante un cuarto de hora se pone a contar a Pancho una discusión que acababa de oír a dos desconocidos, a causa de un negocio sobre ovejas, operación realizada por un tercer personaje. Lo peor era que el carrero se detuvo a

escucharlos a medio tema. El cuento era obscuro, como si la majada vendida, pasase sobre el asunto polvoriento y reseco. Entre dos resuellos, Pancho puso una piedra:

—¿Qué le parece, carrero, si abajásemos esos muebles?

—Como guste.

Por fin, el hombre se fué con su carreta, que saltaba de alegría, libre de peso...

Reyes recostó los muebles a la pared para que no se cansasen de esperarlo. En seguida montó en el "rabicano" y, desde la portera, miró el arroyo cantor, el sauzal triste plantado de su mano, el rancho del ensueño. Y saludó.

—¡Bien lo ha ganao Rufina! — murmura.

Hace galopar a su caballo. Se acerca al "puesto". Son las doce del día.

En la puerta, la compañera le aguarda, con sus cabellos blancos al sol.

—¡Qué viejita está la pobre! — piensa. — Y sin embargo, es la misma muchacha que se asomó junto conmigo al pozo de la estancia. Cuando cae la tarde se remoja...

Ya es dueña de casa. Lo ignora. Pancho tiene miedo de que la emoción la "aviche". Llenarán el rancho de recuerdos. Los viejos siempre miran hacia donde amanece.

—¿Sabés que te crés muchacho, vos? — lo reprende, como siempre.

—Lo soy... lo somos, Rufina — contesta.

Dispués me tenés con el corazón aprietao. Vas a cazar un pasmo... Abajáte...

Humeaba la sopa.

El viejo sonreía enternecido.

China, hace cincuenta años y un pico u dos... te prometí un rancho.

Ella suspiró.

—¡Esperanzas!... — dijo — querés creer que entavía, a solas, me acuerdo? Todo se nos jué haciendo tapera... Gracias a Dios, hemos salvao el horcón...

—Le íbamos a poner un pozò pa que anidase la luna... ¿te acordás?

—¡Callate, Pancho!... ¡Apena cuando nos hablan den-
de tan lejos! Hemos envejecido parejo y tan juntos, que
no te hallo cambiao. Si nos separásemos alguna ocasión,
nos encontraríamos viejos al golver... Quizás jué mejor
todo ansina...

Sirvió la sopa.

—Comé, pues, Reyes...

—No tengo hambre...

—Yo tampoco. Aprendé p'algún día que no haiga car-
ne: ricordar es mascar...

Rufina, al volver con el mate "sentador", exclamó
asombrada:

—¿No has desensillao al rabicano? ¡Estás bien loco
hoy! — y en broma: — Pa mi gusto que andás enga-
ñándomé...

Siguió un silencio. Durante él, Rufina sonreía; Pan-
cho, no: evocaba. En fuerza de caminar hacia adentro,
llegó a la lejana tarde gris en que su novia apareció en el
"puesto", con su atado de ropa, sus margaritas y su sa-
crificio. La vió tal como era, simple y dulce...

—Dejé ensillao el rabicano porque aguardo a que te
vistás pa llevarte a una sorpresa...

—No tenemos carro, Pancho. ¿Pensás alzarme en
l'anca?

—Al viejo uso... como los criollos de antes. Ansí te
llevaré. Hoy me siento mozo capaz de sacar a mi china
entre el ladrar de perros y trabucos, con el mancarrón
castigao por los terrones...

La vieja nunca discutía. Se vistió.

Así salieron Pancho Reyes y Rufina, su novia de cin-
cuenta años. Iban al paso por el camino luminoso.

—Novia: ¿este rabicano no te parece que es aquél?
Yo lo compré ansina, pa que hiciese este viaje. El ha en-
canecido por el anca...

—No te entusiasmes, Pancho. Mirá que si el mancarón galopa, me caigo al suelo...

Sacábale hilachas al tema viejo.

—¿Te acordás novia, cuando llegaste, pa no dirte?

—Hoy lo golvería a hacer.

—¡Juiste muy grande esa ocasión, Rufina! Pensabas haber dentrao como el día entra: Esa jué tu palabra. Quedé endeudao contigo...

Ella repuso con orgullo:

—¡Bien me has pagao! Hemos sido muy amigos...

Tienen a la vista la techumbre del pueblo. Algunos caminantes les saludan al pasar. Un mocetón, recostado a su tranquera, les gritó:

—¿Se ha robao una moza, paisano?

—Me la he ganao, más bien...

Rufina, curiosa, pregunta:

—Pancho, ¿puedo saber ánde me llevás?

—¡Aguarde un poco, criolla! No se agarre tanto, que van a pensar que es extranjera! ¿Ande se vido una moza "charquiar" ansina?

Empieza a ensuciarse con casuchas el camino. De todas partes brotan muchachos patizambos y tristes. En cada tranquera echa raíces un haragán y se riega por dentro con el mate. El polvo, aprovecha los hombros de los viajeros para alejarse del alledaño horrible. Reyes parece un "alguacil" con las empolvadas alas de su poncho. Las taperas están llenas de humo. Entre éste, se abren paso algunos gritos: Son hilos de voz que tiran de los gurises.

—¡Estamos en el mesmo pueblo!

—A él veníamos, vieja...

Adelantan ahora por la calle real. La pareja marcha deteniendo peatones. Indiferentes, los puebleros se ríen de aquellos ancianos humildes y blancos. Rufina siente un poco de vergüenza.

—Aura sí, llegamos — dice Pancho, deteniendo su "rabicano" frente a una casa vieja, enferma de pueblo.

Tiene dos ventanas y un escudo. A la anciana se le ocurre que aquel ojo abierto en la frente del edificio, la mira también.

—¿Qué dice eso escrito en el escudo, Pancho?

—Yo carculo que debe decir “Juzgao”...

No pregunta más nada.

Entran.

El amanuense del Juez los mira y continúa escribiendo. Parados en la puerta, los dos ancianos esperan y observan. Les impresiona un poco el escritorio lleno de papeles con “enriedos” y el retrato de un señor con banda presidencial, que desde la pared frontera les sigue con los ojos.

Por fin, Reyes se anima y da unos pasos al frente. Lleva el gacho delante del pecho. Quizás para escudarse. Rufina se acerca.

—¿Qué desean ustedes?

—Verá, escribano — contesta Pancho — Rufina y yo semos novios...

El empleado suspende la tarea y abre mucho los ojos.

—...sí señor... Hoy he terminao mi rancho sobre el pañuelo e campo que compré pa enjugarnos las penas...

Rufina le toma una mano al compañero y la aprieta, temblorosa.

—...eso es. Y hemos venido a verlo — continúa — con eso usted nos apunta pa casarnos... Se lo debía a mi vieja... ¿Comprende?

Y mientras el amanuense ríe a carcajadas, los dos viejecitos, tomados por las manos callosas, rompen a llorar.

LA MUJER

Oiga, Doña Isidora, yo he jurado que la dejaré viuda!

—Deamé paso, ¿quiere?

—...Y su marido, que es muy manso, no me da uca-sión pa cumplir mi juramento...

Están en la pulpería. Hace varios minutos que Isidora intenta salir con su compra y Braulio Pérez, borracho, no la deja.

—Juan Marincho sabe que yo lo he desafiado muchas veces...

—Esa es cuestión de ustedes, Braulio, deamé puerta.

Todo paisano de "Guasuvirá Chico" sabe que el odio une como un torrente dos orillas, a Braulio Pérez con Juan Marincho. Los dos repartieron una "fama" y disputaron a una mujer. La "menta", era de guapo, la mujer: Isidora. Facón en mano, hicieron "puesta". Corazón en mano, ganó Juan Marincho, con luz. La china se apasionó por él. Isidora tiene dos cosas chicas: la boca y el bolsillo del delantal, y dos cosas grandes: los ojos. Hay en el pago cien mozas más bonitas que ella. Pero el diablo quiso que Braulio y Juan se encontrasen en una leyenda, un mostrador, una cancha y una china.

Marincho llevó a Isidora al Juzgado hace quince días. Braulio, vencido, la llevó a los boliches. Borracho, se olvidaba de ella para recordar al rival.

—Usted no crea, doña Isidora, que yo tengo nada con usted... Aquí está medio pago que lo puede decir.

Un grupo de paisanos observa esta escena. Recostados al mostrador, forman un corral para encierro del comentario. De allí saldrá en tropilla, el chismorreando.

—Y si es ansina, Braulio, ¿por qué me ataja?

El ebrio, buscando su rebenque, contesta:

—Porque hoy es el último día que paso en este pago e'cardos. Aura, cuando el sol se dentre, me voy, pa no volver. Por eso he chupao, ¿oye? Por eso la fajé. No quiero salir orejano. Juan Marincho no me da cotejo. Lo pasa encerrao en la cueva.

Ella, celosa del valor del compañero, lo interrumpió.

—¿Usté es capaz de creer que es por miedo?

—Por precaución...

Uno de los mirones la insultó con sus carcajadas. Isidora perdió pie.

—¿Sabe cuál es la causa, Braulio? — le gritó — Que Juan Marincho no precisa que lo apadrine la ginebra pa jinetear un coraje. Enderieza pa él con la conciencia clara del peligro. Se clava en el barro, desenvaina y pelea cuando se ha risuelto... No es hombre de tajar borrachos. Usté le mandó chismes e indirectas de esas que se enriedan en los delantales. Esos baboseos no ofienden a los hombres: Los ofiende el insulto.

—A eso vamos a llegar hoy mesmo, doña Isidora. Yo la ofenderé a usté pa ver si él responde...

—¿Qué va hacer, Braulio?

Le mostró el pesado rebenque.

—Darle un lazaso por la cabeza — contestó. — No me queda otro remedio.

Isidora no se movió. Aquel borracho era capaz de castigarla. Cerró los puños, abrió los ojos y, una tras otra, recorrió las caras de los mirones. Encontró miradas chúcaras, esquivas, vacilantes.

—¿No hay uno solo entre ustedes, que me empieste su brazo de varón?

Braulio saltó.

—Denguno lo hará. Tuitos saben que usté tiene mari-

do pa defenderla. ¿No dijo ricién que es guapo Juan Marincho? ¿No lo eligió por hombre?

—¡Nómbrese el que no lo crea! — dijo ella a los espectadores. Nadie contestó. Aquel era un reto de Braulio a Juan. Asunto personal. Debía ser arreglado por ellos sin atajadores ni padrinos. El viejo Apolinario, más largo de dignidad que de cuchillo, se fué del almacén.

Braulio levantó el rebenque.

—¡Pegue, maula! — le ordena ella. — Ensucéese...

—Me queda después tu marido pa lavarme.

El pulpero, para no perder la clientela, intervino y se ganó una amenaza. A Pérez, "encañao", había que atarlo. Profesional del coraje, "horquetao" en sus "mentas", amargo y frío, solo un hombre del pago puede pelearle: Marincho. Este no necesita de la abuela caña. Combate solo; por derecho y en corto. Se santigua, calla y cava para los dos. Tardo en desenvainar, cuando se resuelve, echa todo adelante para caer sin querencia, pobre de cobardías, muerto del todo. Esa tarde lo campea la "viuda".

—¡Doña Isidora, me duele castigarla! No tengo otro rimedio. Con palabras, se ha visto que su marido no bellaquea... Aura va y le dice que Braulio Pérez, ganoso e'matarlo, le ha castigao por la cabeza a su mujer.

Cayó sonoro el rebenque. Saltaron lágrimas. La soteira dejó una venda roja sobre la frente. Isidora no quería llorar.

—Braulio Pérez — le dijo — le vi'acer cortar esa mano... Sin enterrarla, pa que no eche brotos, voy a tenerla junto a mi cama después, con eso la mano, todas las noches, ve cómo Juan Marincho acaricia este cuerpo mío y esta alma mía, que usté codició al ñudo. — Se volvió a los espectadores del castigo. — Todos ustedes no juntan vergüenza pa hacer un disgraciao, agatas... De aquí pa adelante, tendrán que salir de noche pa esconder las caras.

El llanto parecía caer sobre aquellas palabras para hacerlas fecundas.

—¡Bien los recuerdo a todos, uno a uno! De allá, de mi rancho, vendrá un cuchillo a marcarles la frente, así como dejaron marcar la mía...

Le volvieron las espaldas. Desde la puerta, Isidora alzó contra Braulio los cerrados puños.

—¡Pa qué me sirven! — decía mirándolos. — Braulio, ¡no juya aura! Mi marido no se emborracha pa castigar infelices... El vá a venir...

El ebrio se volvió al comerciante.

—Le compro ese caronero — dijo. — Alcancemeló.

—De cruz le va a servir, maula...

—Güeno, doña Isidora, no pierda tiempo. — Sacó el reloj. — Son las seis pasadas. Digalé a Juan Marincho que lo aguardo hasta la dentrada del sol. No queda mucho. Que se apure...

Cuando Isidora salió, caía sobre el boliche un silencio de camposanto.

La mujer camina a ciegas, de frente al sol. Cada paso la acerca a la fuente bravía donde lavará su cicatriz. A momentos consulta la hora; el ganado buscando abrigo, su odio, el color de las nubes, todo le aconseja prisa. Y, sin embargo, no consigue apurar su marcha. La vergüenza le aploma los pies. No siente a los pájaros. En cambio ve más lechuzas que nunca. Cada poste pare la suya. La miran pasar. Parecen irse entregando de una a otra a la viajera.

—Juan llegará a tiempo. Es preciso que todos esos mirones vean y sepan cómo un varón procede...

Se inclina sobre una cañada. El cristal le muestra el surco rojo de la frente. Ve allí una lengua voceando su castigo. Intenta hacerla callar... El agua fresca calma el ardor de la llaga: pero no la borra. Se acuerda que el barro es bueno para las quemaduras.

—¡Es más güeno el barro! — dice llorosa. — Cuando llegue, le enseño a Juan esta marca. Yo mesma le ensilla-

ré el "tordillo". Después beso su mano, beso la cruz del facón, y lo largo: ¡andá!

Aún le queda mucho camino. El paisaje familiar trata de ocultarse en el crepúsculo, para no mirarla. Un monte de eucaliptus se alinea en el horizonte por ocultarle al sol la cicatriz de Isidora. Ella es del pago. El sol es forastero y curioso, se agacha para vichar por entre la persiana del ramaje.

—¿Y si me matan a mi criollo?

Avista su rancho. Allí viven desde la reciente boda. Por la puerta entra más veces el peso plata de la luna que el de curso legal. Los dos gastan mucho en melancolía y poco en el boliche. Isidora, cerca ya del portillo, vuelve a preguntarse:

—¿Y si me deja viuda?

De las cosas amigas, se levantan ternezas: Un beso olvidado bajo el tala del esquinero. Cuatro o cinco esperas echadas sobre la senda. El calor oloroso del horno y las memorias del romance, demasiado breve, acarician su cicatriz.

—¡Qué poco sol me queda pa mirar a Marincho! Si le hablo a la dentrada, se me va enseguida. Es fuerza que vaya...

Durante un minuto, mal aconsejada por el corazón, se propone callar, para evitar el peligro a su hombre.

—¡Aura ricién veo claro, aura que baja el sol!... Que se ría de nosotros el pago entero... que esta señal se quede así pa siempre... La burla no mata. Es el cuchillo lo único que me puede herir en la otra carne mía, en la de mi cariño por Juan...

El viento pasa rezongón por su oído: el viento macho. La conciencia responde: una mujer puede poner su pasión por encima del orgullo, tiene derecho a ser cobarde.

—¿Y Marincho — pregunta — puede quedar por mala? Acaso no lo sepa nunca... Talvéz naide se anime a decírselo. Pero yo seré una traidora si no le cuido la

vergüenza más que el cuero. Yo sola, por quererlo tan hondo, tan profundamente, más que a mi misma dinidá, yo sola soy quien debe picanearlo pa que vaya a salvar su güen nombre...

Va a entrar. Comprende que si corre llegará hasta él. Mira el sol. Le queda tiempo todavía. Hay una cuarta de luz en el horizonte. A toda carrera en el tordillo, Juan Marincho puede ganarle al día.

—Amigo, — murmura — tal vez yo mesma, tu Isidora, tu yuyo, viene a traírte la muerte. Pero es preciso; no queda otro camino. Todos los cerrará la noche... Si no jueses guapo, yo era capaz de hacerte. Si no te quisiera tanto, dentraría callada, te robaba el trabuco, gol-vería al boliche y me tomaba justicia. Eso podrá hacerlo la china que tiene la suerte de haberse casao con un manso. Yo no puedo. Yo me casé con vos, tal vez porque eras bravo... Tendrás que dir...

Está resuelta. Marincho espera, confiado su llegada. Isidora sabe que en la cruz de sus brazos abiertos y sus piernas cerradas, se custodia el honor de su amigo. Callarse hoy es para ella, lo mismo que si se rindiese o otro hombre: el engaño. Su silencio mancharía al compañero.

Tocó la tranquera. La abrió. Al pisar su campito le pareció que caminaba sobre el corazón. Siente que allí, en la querencia, en el nido, la ternura le aprieta la garganta.

—Hablaré lo mismo — se dice. — Si muere que sea en su ley... ¿Acaso él pierde más que yo, con su muerte?

Para darse ánimo mira otra vez al sol. Ve sangre en aquel reloj inmenso.

—¡Vamos! — se ordena.

Las piernas apenas le obedecen. Avanza. Busca por allí algún yuyo espinoso para castigarse. No lo halla. Todo lo ha endulzado el cariño y florece ternuras. La mirada de las cosas evocadoras parece gargarle voluntad. Reacciona. El amor debe hacerla bravía. Busca dentro de ella el cabresto de cuero crudo. Recuerda la escena

inolvidable: el rebenque, el desafío, sus puños mancos, los ojos espantados del paisanaje...

Y haciendo pie en las aristas de ese horror, empujada a sotera, multiplicando en el orgullo aquel golpe, abrió la puerta.

Juan Marincho, cansado de esperarla, dormía.

Isidora avanza. El marido despierta.

—¿Sos vos, China?... Me quedé dormido... ¿Ya se dentró el sol?

Ella miró al hombre amigo; luego a su cuchillo corto; lo comparó con el inmenso caronero comprado por Braulio. Salió a la puerta. Esperó unos segundos. Esperó hasta que el sol se entró completamente. Y entonces, pálida:

—Ricién se dentra, Juan, — le dijo, — ¿pa qué te vás a levantar?...

El encontró extraño aquel tono de voz.

—¿Te ha pasado algo, Isidora?

—Sí... no quería decírtelo pa no asustarte...

—¿Qué ha sido? — preguntó él, poniéndose de pie.

—¿Sabés? Al dir pal boliche... me pegué un porrazo bagual... aquí en la frente... ¿No tengo todo colorao?



CASO DE CONCIENCIA

Sigo siendo cura, señor...

El comandante Barcala rasca por centésima vez, su cabeza blanca, más de pastor que de lobo. Está frente a un serio caso de conciencia. Allí en la carpa, sobre el campo, entre la "división", él sigue siendo aquel buen hacendado de puerta abierta y mano abierta, que la moza da de su opinión y su pago eligió para jefe, baqueano y abuelo. No sabé mandar; le cuesta mucho obedecer. Arrea su "tropa" en los rumbos, la precede en el peligro y la cura en las "carretas". Lo respetan por muchas cosas, pero sobre todas ellas, por guapo. Entra de "arriador" en la pelea. Es el "tropero comendante". Gordo, pesado, jinete en caballos "del medio", que larga "sillones", entra en batalla revoleando el poncho, codicioso de "moras", y se retira cachaciento, contando a sus "muchachos". No puede ver un herido sin recordar en aquella cara pálida, la de la vieja que lo espera en el pago. Por cada caído hace una tarjeta en la memoria. Y lleva el recuerdo lleno de esas cicatrices.

—¿Güelvé entonces a mentirme que es cura?

Se dirige a un alférez secretario, el sabio de la columna, y le ordena:

—Ché, dotor, comenzá a leerle otra vez al prisionero la carta que me ha mandao el Estao Mayor.

El "dotor", paisanito, muy orgulloso de sus funciones y su grado, silabea:

“Se previene al señor comandante don Nicanor Barcala que debe tratar de aprehender, por todos los medios a su alcance, a un oficial enemigo, comisionado para obtener datos e informes sobre nuestras fuerzas. Según referencias se trata del capitán de Caballería Alfredo Reyes, el que logró atravesar nuestras líneas disfrazado de sacerdote...”

—Asujeta, dotor — ordenó, — ¿Oye prisionero? Si ese disfraz no es el suyo, le ha de andar muy cerquita.

—Esta es mi sotana, señor. La única que tengo...

Barcala le interrumpe con un ademán.

—Seguile liendo, dotor.

—Prosigo, comendante: “El capitán Reyes, cuenta treinta años de edad...”

—¿Lo oye capitán? — intercede el jefe, dirigiéndose al preso. — ¿Esa edá es la suya?

—Sí señor. Pronto debía cumplirla. Pero en ese caso, usted tendrá que prender a todos los cientos de sacerdotes... ¿Cree en Dios, comandante?

—¡Creo, canejo! Pero ando e'militar aura; no en la iglesia, sinó en mi campamento y debo e'creer en el Estao Mayor...

Despabila el candil de “potro”. Anda unos pasos y, según su costumbre, se enoja otra vez con el secretario:

—Proseguí dotor, pues!

...“se ha afeitado el bigote y la coronilla”...

—Pará, aura, y creme che, prefiero apartar, entre mil el novillo más gordo, que andar aquí enriedao entre los pelos de un espía que puede no ser flaire y un flaire que bien pudiese no ser espía!

—¡Mi comendante!

El tono del alférez lo exaspera.

—¡Oh! ¡Dejate e' pavadas! Bien conocen todos ustedes, y este hombre tamién, que yo no sirvo pa melitar, aunque siga al ejército e'mi partido. Soy un paisano redondo como una galleta, respetuoso e'Dios y de la vida y hacienda ajena. Jué una disgracia que este capitán Re-

yes haya cáido en mis manos... ¡Una verdadera disgracia! — Le ordena al prisionero. — Humille la cabeza, ¿a ver?

Le obedece en silencio.

—¡No vé dotor! Ahi tiene un peladar latente! ¡La coronilla! La mesma mentada en ese papel...

—Yo soy un pobre cura, comandante...

—¡Pucha!

Hace cuatro horas que dura esta escena. Una guampa de grasa de potro han gastado para ver con claridad al espía. Barcala, duda y se asoma a la boca de su tienda. Amanece. El campamento se despereza. Humea la caballada a lo lejos. Algunos centinelas erizan el paisaje. Aquí y allá aparecen carpas de caronas, de paja brava, de ponchos. Parece un pueblo anegado por la creciente de un arroyo muy verde: No se ven más que yuyos y cumbreras. A una cuadra de distancia, los encargados de la carneada han encendido su fogón y “amarguean” en rueda, chacoteando.

—¡Me cambearía hoy por el más ruín de ellos! — Se vuelve: — Dotor, ¿vas a terminar de una vez ese parte u no?

—“Se ordena al Comandante Barcala que, si cayera en sus manos el espía Reyes, lo haga fusilar sin más trámites”...

—¡Jusilar! Se les hace fácil. Claro, ellos son melitares, custión disciplina... Lo prendió, sea espía u sea cura, préndale bala derecho, después, en todo caso, discutiremos sobre el papel. — Avanzó hasta tocar con la hebilla de su cinto la vieja sotana del preso, y le gritó: Y es bien ajusilarlo, enemigo. Usté nos puede causar mucho daño. ¿Entiende? ¡Ha de ser mal bicho! Hasta tiene laya de eso, de lumbriz. ¡No se defienda! ¿Pa qué? Yo no he de creer en lo que me cuente. Creo en una custión duda que se me añudó en el tragadero.

El “dotor” desapruueba a su modo: en silencio, con

los talones unidos y alta la frente. Imagen rígida de la disciplina.

—Es al ñudo que te cuadrés, dotor. No te hago caso. ¿Que me venís con disciplinaciones a mí? Aura no se trata de meter lanza a pecho abierto, pa usté y pa mi, tome y deme. ¡No! se trata de ajusilar a un hombre o a un cura, con las manos atadas a las espaldas. A un manco. Alférez dotor, este preso tiene que hablar claro. Yo lo tengo que hacer matar lo mesmo, ya lo sé. Una orden del superior es pa cumplirla, aunque duela. Y si el viejo Barcala no es hombre de coraje pa eso, debe tirar este su gacho de cinco fideos que le han dao y ganarse en su casa a pastorear chivos!

Golpeó las manos. Quizás se aplaudía. Quizás llamaba. Apareció su asistente.

—¡Ludovico!...

—¡Ordene!

—Cebame un mate bien amargo.

Pasea, se desabrocha el tirador, respira.

—Dotor, hacéme el favor de sentarte en una de esas cabezas de toro, ¿querés? Aquí el capitán Reyes nos va a sacar de apuros. Hable, prisionero. Sale el sol. Hable largo. Vea que en la culata de su proceso viene la “pelada”!

El prisionero está resignado. Su calma confunde. Desgraciadamente, un oficial y un cura deben sentir de igual manera la proximidad de la muerte. Su defensa lo mismo pudo ser pobre que hábil; la de un espía que la de un inocente. Sus ojos continúan bajos. Rodeadas del arco senil como halo de tormenta, las claras pupilas del comandante en vano buscan en su preso, la chispa de acero que necesita para ordenar una ejecución.

—Comandante — le dice aquel hombre maniatado y triste, — soy criollo de “Carreta Quemada”. Hace unos años perdí mi familia y me campé una: los pobres. Después de mucho meditar en el cómo un desgraciado podía amparar desgraciados, encontré una sola manera y

fué: hacerme cura. Me estudié yo mismo más que los libros. Ignoro todo. Cuatro latines para salir del paso y nada más. No tengo bien ninguno. Me prestaron un campito, allí alcé el rancho. Hice una cruz de palos y la clavé en el suelo. Una vez mi cruz brotó, comandante. Jesucristo salía en unos yuyos a mirar su rancho. Duermo en el suelo para imitar al buey Siembro de sotana arregangada y de eso picamos los enrigolos y yo. Doy de balde las misas y no cobro los sermones. Cuando salgo en un petiso prestado, panzón y ocioso, él le tira mordiscones a los muchachos y yo, consejos. Solo, llevo lavadas más orejas de gurises, que la misma lluvia. Ellos me siguen en cabeza por los caminos y, cuando me llaman para bendecir cualquier parición, siempre, al hacer la cruz en el aire, tropieza mi mano con algún rotozo. Cierta vez tuve una camisa y dos días después, mi lujo se encontró entre un viejo a quien iban a enterrar en cueros y un niño que había venido al mundo desnudito. Le di mi camisa al muchachito y me la mojó. Mi iglesia es chica, el pago le regaló bancos y por las tardes, allí la cruz ampara desde el gurí que se empina para alcanzar la lección hasta el viejo que para alcanzarla se agacha. Un "padre nuestro" bien rezado, una hora de palotes, un ave maría apuradito al final y "hasta mañana si Dios quiere, máistro". Allí, apadrino angelitos y agonizantes. Va mi viático con un cencerro de madrina a sonar en la última querencia. Tomo la confesión de mano dada; para evitar confusiones, administro en criollo el sacramento, y cuando las manos se abren y los ojos se cierran sobre mi último: "descanse en paz, amigo" yo, en pudiendo, no me voy sin hechar una margarita blanca, estrella, en el retoño de cuero del finao...

Barcala, por "algo", le ha dado la espalda al narrador.

—¿Qué opinás de eso, dotor?

El alférez sentenció:

—Es demasiado lindo pa ser cierto.



—¡Claro, dotor, claro! Yo he conocido curas de verdá y güenazos algunos; pero e dos sotanas siempre.

Entró Ludovico con el mate.

—Tu amargo está distraidor esta madrugada. ¿Quién está ai ajuera?

—Peña, señor.

Barcala se animó.

—Dentrá, muchacho...

Peña luce "cumbrerita" verde en la manga derecha. Tiene polí con barbijo de tiento. Bigotes chuzos y melena partida y trenzada. Entra en la carpa, todo cuanto lo consiente el largo de un "cabresto". Por la puerta, asoma el hocico su caballo y charla con la coscoja.

—¿Vas a tráir los animales para carniada, Peña?

—Ansina es, señor.

Güeno, andá. Llevate tres paisanos elegidos por decentes. No anden asustando al pobrerío y elijan flaco tamien. No es cosa de causar mucho daño.

—Asín se hará, señor. Vine a ver si me empriesta su lazo. Ayer ramalié el mío en un "seco".

—¡Oh! ¿Y dende cuando se me pide permiso pa usar lo mío?

—Es que — insinuó Peña — me dijeron que usté andaba enojao conmigo, por la boliada de este espía...

—Cumpliste con tu deber en la ucación. Si lo boliaste, jué porque quiso juirse.

—El que tiene delito, dispara siempre — dijo sentencioso, el alférez.

El preso agachó la cabeza. Se le acercaba la muerte, rastreando. Seguía en silencio. Cada paso suyo, hacía peligroso en el filo de la boca del alférez y comprometedor en la voluntad de Barcala. El sol aparecía casi junto con su sombra. Para el comandante, la sangre de aquel "demonio e'preso" se reflejaba ya en el este.

—Maldita sea la hora, dotor, en que se les ocurrió nuembrarme comendante! Había un hombre manso y

viejo en todo aquel pago: era yo. Güen cristiano. No supe matar más que yagüaretés y el tiempo. No le debía nada a la conciencia, ni al pulpero. Lo sacan a guerriar; dentra, se quema, se prueba, lo asimilan a teniente coronel y hoy le tráin a un enemigo pa que lo ajusticie.

—¿Qué quedría, mi jefe?

—¡Peliarlo, canejo! ¡Soltarle las manos al capitán Reyes, darle una chuza y pechar en un playo y tome y deamé!... Eso es lo que yo, un bruto, quedría.

—¿Y si juese un flaire?

—¡Pucha! — Barcala se envolvió la cara en un poncho. Cerró los puños. — ¿Siempre tendrás razón? Sos frío, mesmo dotor. La escritura te ha helao el alma. ¡Andá! Apartá cuatro tiradores. Te pido que los elijás, no de los muchachos de mi pago, sino entre esa gente que se nos incorporó en los montes del Tacuarí. Hacéles armar y que se preparen. Vos mandarás la descarga, ¿has óido?

Al salir, el alferez, le consoló.

—Estea tranquilo, comendante. Mire a ese hombre. Crea que si juese un inocente, sus chillidos harían aullar la perrada. El oficial, tiene vergüenza y aguanta.

Fuera se oye un toque de atención. Es para el preso un frío largo. Aquel aliento de bronce sopla en su miedo. Cada vez se yergue más. Ahora está erguido para salirle al encuentro a la luz. Barcala se calma, satisfecho de sus observaciones. Su preso es un milico valiente y parece que va a morir en ley. Si lo viese aflojar, no lo mata. Renuncia antes. Llevarlo como un buey, de ojos dulzones al matadero y saber después, que era un error sin enmienda el suyo... ¡Nunca! Sacarlo muerto antes de la descarga y tener que andar con él sobre los hombros para siempre!...

—¿Dice que venía de la ciudá?

—Sí.

—¿Queda lejos?

—Un día de acá.

—¿Y p'ande iba?

—Para mi curato, señor.

—¿Queda lejos, también?

—Otro día de marcha.

—¿De modo que no se puede indagar nada?

—¡No!

—Atienda amigo: Yo no soy melitar como usted. Soy un paisano antiguo, potro, sin alambraos. Aura me han clavao éste de cinco hilos de oro en el sombrero. No me puedo dir... ¿Compriende? ¿Usted sabe rezar?

—Sí.

—Güeno, no le diga nada al dotor y vaya rezando un credo por mi también. Vamos...

Entró "uniformado" el alférez. Trae en la diestra su espada desnuda.

—Aguardo órdenes, señor.

—Esperá un poco, entuavía, muchacho. — Se dirigió al preso. — ¿Tiene alguna ricomendación que hacerme, capitán?

—Soy cura, señor. No tengo nada que pedir.

Cuando el "condenado" y el jefe van a pasar ante la espada del "dotor" nótase en el campamento agitación extraordinaria. A un costado, entre silbidos, gritos y revuelos de ponchos, pasan los vacunos para "carnear". Y en la puerta de la Comandancia, se apea el sargento Peña.

—¿Da licencia, comendante?

—¡Dentrá!

—Aquí le traigo a otro cura, jefe. Yo ando e'boliador e'sotanas.

En efecto, ante ellos se ha detenido otro sacerdote joven y los bendice lentamente. ¿Cuál de los dos es el capitán Reyes? El "dotor" entiende que el primer aprehendido. Peña piensa eso. Solo Barcala, duda, mientras lo observa.

—Tiene dimasiao brillo éste pa ser cura — piensa. — El otro ¿es un "reservao" charquiado a filo en las ca-

rretyas o un santo varón? Este nuevo es muy "cruce-ro", muy bendecidor... Sargento, ¿ande lo hallaste?

—Ai en la boca'el monte.

—Quiso disparar?

—No, señor. Ni bien nos vido se nos allegó y nos dió la bendición. Parece más voluntario que el otro.

—Y en el camino, ¿qué le hallaste?

—Resinación, mi jefe. Al dentrar al campo y ver a los tiradores, les hizo una cruz y suspiró.

Para Barcala, son aquellas, bendiciones excesivas.

—Cruz allá, cruz en el campamento, cruz en la carpa. A lo mejor lo aguarda la última... Atale las manos a la espalda, Peña.

Le obedece.

—Regístralo, aura.

No le encuentran nada encima. El primer prisionero llora, mientras el segundo aprovecha el tiempo para sermonearles, en tono nasal, sobre la guerra y los horrores, sobre el claro de Jesús en las filas. Sus palabras huelen a incienso:

En voz baja, el "dotor" le dice a su jefe:

—¡Esto es un cura! Si hasta ganas de arrodillarse dentran al verlo. ¿Vido que no tiene miedo?

Barcala muge, ahora.

—¿P'ande iba, padre? — le pregunta.

—Hacia cualquier sitio donde se pueda lavar un pecado. — Le miró los galones. — ¿Es usted capitán?

—No, padre, comendante.

—Gracias. No tengo rebaño, señor comandante, me lo dispersó la batalla. El odio triunfa sobre el amor...

Impresiona.

—¿Por qué no juyó al ver a mis soldaos?

—Huyen los culpables. Yo, por mi sagrado ministerio, debo estar cerca del guerrero pecador. Acudo donde me llaman las pasiones ajenas, para calmarlas, como el señor a las aguas...

Peña se quita por respeto el "polí". El dotor ya le

habría desatado las manos. Barcala se aproxima y poniendo un índice en el pecho del segundo prisionero, le grita:

—Vos sos el capitán Reyes, espía, bandido, y te voy a hacer jusilar!

Al oírle, el sacerdote se yergue ofendido y contesta a la amenaza, con voz de barítono, que parece resonar bajo una loza:

—¡Cuidado, señor militar! ¡Cuidado con manchar sus manos en la sangre de un elegido de Dios!

Vacila Barcala. Peña le mira severamente. El alférez acierta.

—Ansina, comendante, gritan y risponden los inocentes... ¿vido?

—¡Güeno, dotor, déjeme dir entonces a boliar chivos! Ajusíelos usté que es tan concedor de los hombres. Uno de estos dos, es un cura ¿cuálo? El otro un pillo que debe y merece morir. — Los desafía. — Ha de morir por traidor a su carrera melitar. Ha de morir por maula, ¿oyen? Por no tener el coraje de llegar a mi carpa, cuchiyó en mano y aquí embetaos, macho a macho, sacarme con las achuras los datos que precisa! Lo grito, adelante de ustedes dos disfrazaos. — Sus pupilas chispean de uno a otro. — Pa que el espía, si tiene vergüenza e' capitán, e'criollo, e'varón, me risponda, yo, Barcala, un pobre paisano viejo y güeno, lo desafío a peliar.

El de Carreta Quemada baja la frente. El otro habla.

—Señor comandante, la pelea, la sangre, el odio no hacen más que negar a Jesús. Serénese. Usted es un anciano. Las canas deben emblanquecer el espíritu. Son ellas, el hielo, el anticipo de una vida de paz que nos espera...

Sobre el campo anda el día. La división zumba y se agita, esperando...

—Está bien, padre. Sientesé ai en esa cabeza e'toro y

usté sientesé en esa otra. Ayudenlós; con las manos maníadas peligran cáirse...

Cuando es desobedecido, llama a su alférez y celebran el último consejo de guerra. Dura un minuto. Barcala acaba de llamar al gaucho como juez. Y su gaucho, acudió para sacar en ancas al comandante. Ahora se vuelve, tranquilo.

—Señores — les dice. — Yo debo ajusilar a uno de los dos y no sé a cual. Uno de ustedes será dijunto dentro e'cinco minutos. Tengo órdenes claras y he de cumplirlas. Lo que paise de aquí hasta la descarga es custión suya; lo que siga de la descarga p'adelante, del Estado Mayor. Dios no quiso dejarme ver la verdá a través de esas dos sotanas. Por eso lo confío tuito a la suerte, pa que Dios mesmo señale y elija. Aquí, en cada mano, tengo una onza de oro. Las he ganao por derecho. El que recoga la moneda en las faldas, ese es el que queda libre. El otro morirá, ¡Basta!

A tiempo arroja las dos monedas. El segundo prisionero cierra las piernas y logra atraparla entre ellas. El de "Carreta Quemada" deja quietas las suyas. La onza rebota en el paño, salta y rueda. Pero, Barcala está junto al sacerdote; lo mira con ternura, se inclina luego, le desata las manos y le dice:

—Perdone padre. La onza ha cáido; pero su cabeza no. Un cura de verdá en este caso nunca aprieta las piernas. Ai tiene al capitán Reyes. Va a morir. Lleveló hasta allá de la mano de un padre nuestro. Se mi hace que él, en este trance, precisa más de rezos que de coraje. ¿No es ansina, capitán?

—Gracias, comandante.

Salen. El "padre nuestro que estás en los cielos" se aleja lentamente, luego, ante el ladrido de una descarga, se deja oír.

Barcala sabía que, en tales ocurrencias, la gente de polleras abre siempre las piernas.

Han pasado muchos años desde entonces, quizá cuaren-

ta, quizá más. El pago ha crecido; la cruz de troncos también. El cura ya no puede montar ni en su petiso. Sale en una rastra, a repartir lo único que le queda: bendiciones.

Y cuando al cruzar frente a un rancho, cualquier moza bonita sale a exponerle un caso sentimental, el viejo cura se acuerda del finado Barcala, sonríe picaresco y le aconseja:

—Siempre que te veas mal, hija, no cerrés las piernas.

GUACHITA

¡Guacha! ¡Guacha!

Al llamado temblón de la anciana, el balido temblón parece responderle.

—¿Quéee?... ¿Quéee?

Asunción camina entre las matas de carqueja del campo flojo, en procura de su bichito amigo. “Guacha”, es una oveja criolla, de patas peladas y cojinillo blanco.

—Venga, pues, amiga...

Tal es para ella la aparcera callada, pero que permite hablar. Como un pero lanudo, sigue a la anciana a todas partes. Todas partes son el arroyo y la tapera. Asunción se apoya en la “guacha”. La crió en su soledad, con galleta y mate cocido; como hija de pobre. Desde por la mañana le cuenta sus cosas. La vieja ha terminado de almorzar y como la oveja demorase más de la cuenta en el verde, salió a campiarla.

—Pero es moza tragona, mi guacha, ai se dejó estar en el mantel floriao del potrerito... ¿No si acuerda que en la orilla nos aguarda medio “atao” de ropa entuavía?

Doña Asunción Gomeza tiene a los setenta años, dos cosas: el hijo Facundo allá lejos y la “guacha” a la mano. Cuando el muchacho se le fué, no le quedó más que aquel vellón con ojos, para abrigarla un tanto. Desde su mocedad, Asunción había ido perdiendo todo. Al amigo se lo llevó un caballo, al hijo un amor, a la salud el tiem-

po y al rancho una pamporada. Solita sigue juntando sus últimos años. Vive en la tapera donde ninguno se "abaja"; cerca de un arroyo que siempre se va yendo; entre unos árboles que cada día se le suben más. Lo único que se le acerca es el barro. Trabaja de lavandera; por eso ella con el pulpero y el alcalde conocen tanto al pago. El sol no le cobra nada por echarle una cuarta, es su "secador" y le pastorea la tropilla de tordillos extendida sobre el campo: la ropa limpia ya. El viento juega con ella. De pronto imita al viejo Nicanor, se mete dentro de su camisa azul y empieza a saludar a Doña Melchora, la gorda del "Puesto Nuevo", que apenas cabe dentro de las bombachas con puntillas, colgadas del alambre. Entonces la gorda, al verse sorprendida en esa facha, mueve una y otra pierna para echarse a correr.

—¡Ves, guacha, a ese diantre de viento? Ya comienza a soplar en los calzoncillos colgaos... Cuando halla algún pañuelo suelto, como una de esas ramas no se estire p' atajarlo, me lo tira al agua... Aura, no bien tienda en el asoleo esta mudita que me queda, vamos a rijuntar charamuscas pal "verde"...

La guacha hace como que no se entera. Bien sabe que después de las leñas y el humo, aparece el "dulce"; luego el adobe con toronjil y más tarde el terrón de azúcar, mezquina siempre, golosina que entra más veces por la boca de la guacha, que por la del mate.

Esta tarde, Asunción no ha tocado aún, el único tema florido: su Facundo. La querencia de esa charla son los atardeceres, cuando algunos gallos cantan equivocados y comienzan a verse "cosas" en cada bulto. Cada día está, más sola. Hace seis meses que se le murió de "agosto", el lobuno bichoco que tenía para repartir el "lavao". Desde entonces, ya no pudo cobrar nada. Trabaja por lo que le den. ¡Su rancho quedaba tan apartado de todo! El que, compadecido de su miseria, quiso que Asunción le siguiese lavando, tuvo que enviarle la ropa por un peón. A veces, los gurises se olvidan, en los boliches,

de llevarle unos cobres y entonces no hay galleta que no se ablande. Precisamente hace dos días que viene sucediéndole eso; como “disculpe” y “otro día se lo mandará”. Cada muchacho que llega y parte, la llena de ternura.

—Te querés estar quieta, guacha. — El hocico suave le hace cosquillas en las manos ardidas. — Si seguís ansina, esta noche te viá hacer dormir a lo perro, ajuera e’la puerta. ¿Te pensás que porque me diste el vellón pa’una almuada vas a andar haciendo diabluras?... — Se mira en el agua y le dice a la Asunción de abajo. — ¿Por qué nos encariñaremos de este modo con los bichos? Yo pienso que si algún día viniese pa quedarse, mi muchacho, ¡qué lindo estaríamos los tres, él, la guacha y yo!...

La oveja alzó la cabeza escuchando. Asunción miró.

—Es la diligencia. ¿Serán las cinco ya?

El armatoste bajaba, rechinando, la otra orilla. El “cuartidador”, indiecito más mal hablado que loro de pulpería, ya estaba en pleno paso con su caballo de cola atada, entre una lluvia de lonja y otra de agua. Asunción se acercó al vehículo. Tres veces por semana era su única diversión, saludar a unos cuantos desconocidos, no ser saludada por aquellos señores y mirarlos hasta donde lo consentía el polvo del camino, mirarlos...

Hoy, el “cuartidador”, le tiró al pasar un “tome vieja, ha’e ser de su novio” y una carta. El sobre se quedó alesteando sobre una cardilla. Asunción, al verlo, notó que no podía correr; enseguida, que no lograba leer. Ignoraba si le temblaban las letras o los ojos.

—¡Es de mi Facundo, guacha!... ¡Tan cariñoso mi pobre hijo! Vea cómo pierde el tiempo en escribirle a la mama, guacha...

Cuando el hijo cumplió veinticinco años, se enamoró de una chinita poco agraciada y dejó el pago tras ella. La primera carta del mozo la recibió Asunción hacía mucho tiempo. Facundo, desde el pueblo, le contaba sus penas. Reveses de amor y fortuna lo habían llevado a sentar

plaza de soldado. Sin duda equivocó el convento con el cuartel. La segunda misiva, se la enviaba desde el calabozo. Nuevas quejas. El oficial lo había sorprendido en una jugada de naipes. El juego, le tenía siempre en la miseria. Por esa causa no le enviaba dinero. Asunción vendió en aquel entonces, su cama por unos pocos pesos y se los mandó al pobre muchacho. Cuando le dolía un desdén o una prisión se acordaba de ella. Seguía siendo el niño... En vez de socorros le regalaba penas, que la viejecita se llevaba a los ojos y escondía luego, como onzas de oro, en una punta del delantal. Pensaba siempre en aquel cuartel. ¡Cuántos años pasaron sin que el mozo le escribiera! El "cuarteador" la veía acercarse en silencio y extender el ansia en el pedido de una noticia. Siempre nada. Dos días después se repetía la escena. Asunción notaba con horror que su vista se iba debilitando, aquello no le preocupó nunca por la luz, ni el color, ni la forma... Le importaba únicamente, por si tardaba mucho la próxima carta de su hijo soldado...

—Guachita, vamos pa la cueva. Llegó la carta de él. Dejamos nomás esa ropa y este sol... ¡Qué cariñoso es mi Facundo!

En una cabeza de vaca se sentó. Miraba el sobre sin decidirse a rasgarlo. ¡Qué le diría en aquel papel? La guacha, cerca, balaba a la tarde. El silencio parecía alzar vuelo y volvía a caer junto a ellas.

—Mirá guacha, si es mentira mi queja. Te decía que yo no puedo nunca tener dos cosas cariñosas juntas...

Facundo estaba bien. Le había ascendido a sargento. "Aunque siempre pobre y con falta e'satisfaciones"... —decía— esperaba una, grande y pronto: visitar a su vieja. El regimiento había sido destacado de guarnición en la frontera. Decíase que para el primer campamento, el primer alto, habían elegido el pueblo de Sarandí, cerca de la tapera amiga. Apenas a una hora de galope. Solicitó y obtuvo licencia para ir a abrazar a la vieja, y esa tarde, a las ocho, lo tendría a su lado después de tanto

tiempo. Cenarían juntos, a la antigua: un credo, un costillar, una bendición... La cabeza inclinada sobre el plato de lata, el cuchillo afilado y el alma mocha y buena.

—¡Cenar conmigo!

Tiró el papel en el apuro por complacer al muchacho. Corrió al baúl. Allí estaba el cuchillo del viejo. Prueba el filo en un índice.

—¡Claro que corta!

Blandiéndolo, busca por los rincones y en el camino, lo que falta ahora. No encuentra nada.

—Dios mío, ¿qué le daré a mi niño hambriento?

Y de pronto se echa a llorar. Facundo tiene que comer allí, y mucho. Y sobre todo, no es posible que el hijo, tan sensible, crea que su madre pasa necesidades. Entiende ahora que no es cierto eso. Ella no carece de comida, sino de dientes. El mate cocido y el pan duro remojado en el arroyo, no en el llanto, la nutren, y hasta encuentra que son un lujo de anciana.

—Guachita... Guachita...

Está resuelta; la oveja es, más que su amiga muy querida, es la única. Pero Facundo trae hambre. Cuando el niño, harto, se marchase, Asunción ya no tendría palabras con nadie. Siquiera los árboles mirasen, les podría contar a ellos las gracias del hijo melitar.

—Guachita...

Le ató con una piola las patas finas.

—Yo te crié, mi oveja. Si alguno me mira, ese sos vos... Si alguno me parte la azúcar pal verde sos vos... Me ensucias todo, es cierto... En cambio me acompañas todo... Sabé una cosa, nieta: no podría probarte nunca... Si te dijunteo no es pa comer yo... aunque tuviese dientes...

Tiene el facón en la mano y no se atreve a herir. Cierra los ojos y ve más dulces los ojos del animal aparcero.

—¡No me mirés ansina!...

Pero la hora se acerca. Facundo ya estará por mon-

tar. En el rancho materno debe haber un asado esperándole. Cuando se vaya, en las maletas, tiene que ir el alimento pa un día de marcha. Será como si la tapera, con calor y sabor y fuerza, se fuese con él.

—Yo, guacha, he de cavar un hoyo con mucho trabajo, crélo, con mucho trabajo pa enterrar tu cuero y los güesos que mi muchacho deje... Yo soy la madre, ¿entendés?

No queda otro remedio. Es un crimen. Otra vez, con dolor en la entraña, dará de comer a su cachorro. Le va a parecer, cuando "cenen", que Facundo es gurí, mamón de nuevo. Cuando le inque los colmillos a la carne de su "guacha", la vieja sentirá que la muerde el pecho, como lo hacía antes.

—Después que él se vaya, comenzaré a llorarte, nieta.

No sabe de qué fuente saca fuerzas. Tal vez el sargento le lleva la mano. El cuchillo se hunde en la garganta callada. Chirría el filo en las vértebras. Grita Asunción por la guacha, que no hace un ademán, ni un balido lanza. La mira con ojos que crecen en tamaño y dulzura.

—¡No me mirés ansina!...

La sangre caliente le salpica las manos, corre por el filo, gotea en el gavilán que la causó. Ahora se echa en el pasto, espumosa primero, luego espesa, humeante, y se hace coágulo. La "guacha" tiembla, resuella, resuella, alza un par de veces su cabeza, como saludando a la dueña, y nada más.

—Ahura sí que estoy sola...

Deja el cuchillo en el suelo. Se arrastra hasta el camino y se sienta en el pasto.

—¡Cómo tarda! mi niño...

La noche la rodea, la encierra, despacito, en espesas bandadas de tordos con bichitos de luz.

—Facundo nunca sabrá cómo lo quiere su viejita guacha. Lo que acabo e' cometer por él, nunca alcanzará a comprienderlo... Es cierto que aflojé a lo último. Pa mí,

es tan duro cueriarla a la pobrecita. Que él lo haga, es varón, es más duro y no la conocía a mi guacha...

A lo lejos se oye el trote de un caballo. Ya no tiene pena, ni memoria, ni nada. Tiene orejas...

—Es el pingo d'él. ¿Por qué no galopea? Mi corazón abichocao, galopa...

Un jinete se acerca.

—¿Será mi muchacho? No le oigo chicotiar el sable; y... no trairá... ¿Pa qué necesita armas en casa de su mama?

Piensa luego si no podría, con gran esfuerzo, bajarlo en brazos del buen caballito que lo trae.

—¡Facundo! ¡Facundo! ¡Aquí estoy, veme!

El jinete sofrena.

—Yo soy Recaredo, señora; güenas noches... ¿Usté es doña Asunción, la lavandera?

—Si señor.

—¿La mama de un sargento, bien parecido él?

—La mesma. Así es Facundo...

—Güeno, él me mandó que me allegase con un recaó...

—¡Está enfermo! — le grita.

—No, señora, no se asuste. Güenazo y en la güena está. Dice que le dijera, a la pasada pa este lao, que hace tres horas le dieron licencia pa venirse a comer con usté. Y él, crea que tráiba esas miras. ¿No? Pero sucede que del campamento una cuadra pa acá, el diablo puso un boliche. Y en el boliche una carpeta pa que no se ensucée el libro de cuarenta hojas...

—¿El naípe?

—El mesmo. Su muchacho es uno de los hombres de mejor mano pa un talle, que se ha conocido.

—¡Es tan dispuesto, ese hijito!

—Y se enriedó en los palos vieja... meta copas, y deje salir oros y caer bastos. Le acertó seis ucaciones a un caballo de espadas. Pareció bruja aquella tropilla de un pelo... Abre y gana, pica y gana... Un arroyo de plata. Entonces, cuando empezó a sonar el tambor en el campamento, su hijo me llamó a un lao, y me dijo: —

Paisano: mi viejita me aguarda en la tapera que se alza a la derecha del paso e' las Cruces. Haga el servicio e' decirle lo que está viendo. Cuentelé que traigo una racha como no se dan dos en la vida. Se va a alegrar mucho, al saberlo, yo la conozco bien... Voy en gano, dígale. ¡No podía dejar la mesa! Ya tocan llamada, nos vamos, no me queda tiempo. Eso es; cuentelé, explíquélé clarito que no me queda tiempo pa dir a cenar...

—¡Entonces Facundo no viene!

—Si acaso a la güelta...

Asunción no pudo contener el llanto. Lo fué recogiendo, como flores en el delantal, quizás para llevárselas a la guacha.

—No llore, vieja. El no es tan malo. No vino, pero en cambio, le traigo aquí, en este sobre, una cosa que le va a poner alegre!... ¡tome!

¡Una carta del niño! La apoya sobre el corazón. Siquiera tendrá una línea suya pidiéndole perdón; unas cuantas palabras de cariño. Son el consuelo. Rasga el sobre. Ahora tiene ganas de perdonar al desobediente. Mete los dedos en aquel capullo azul y saca de adentro un billete de diez pesos.

—Ni una letra, guachita... Plata nomás...

INES

¡Carancho!

El herido no respondió. Inés Figueroa tuvo miedo de que el avaro se muriese allí. Mandinga suele vivir de buenas intenciones. Al decir de las viejas, el diablo se había hecho un nudo en la cola para no olvidarse de Inés. Cierta día, el hambre entró en el rancho de los Figueroa por una puerta y la muchacha salió por la otra, rumbo a "Ñandú Culeco".

Proyectaba servir de peona. El ayuno y el pueblo la marearon y en vez de entrar en casa de vecino, Inés entró en el burdel de Carmen, por equivocación. No pensaba quedar allí. Pasó un día y otro y siempre por marcharse. Pasaron diez años y la moza aún esperaba el primer empujón para seguir viaje. Envío a la madrastra y el hermano sus primeros ahorros. Recibió en pago dos amenazas: la vieja le devolvería el dinreo y el paisano empezaba a ensillar para ir a darle una paliza. Ninguna de estas promesas se cumplieron. Después, la Inés supo que la anciana se había hecho ceniza y el hermano humo. Siguió trabajando. No era fea, sino desabrida; fruta pasmada y a mano: dos veces insulsa. Nunca tuvo quince años en lo físico y en cambio, espiritualmente, nunca tuvo nada más que quince años. Bostezaba de continuo. No hizo nada de balde. Cobraba el mate, el beso, la polka, todo, para mantenerse casta. Soñó hacer dinero, regresar al pago y casarse.

Cierta noche, salió a la cocina a preparar café para un borracho; junio la sorprendió por la espalda y le dió un golpe de tos. Escupió sangre en el salón de baile. Un veterinario, cliente de la casa, examinó a Inés y le dijo que estaba tísica. Erale preciso descansar o morirse. Al camposanto del pueblo le faltaba la antesala: el hospital. Entre descansar y morirse, Inés eligió lo último; pero Carmen se opuso. Su casa era alegre y en ella desentonaban los difuntos. Entonces la Figueroa salió a buscar quién le alquilase un abrigo.

Así llegó a lo del "Carancho", filósofo del pago. El usurero había empezado por guardar cobres y acabó por guardar silencio, especialmente cada vez que corría peligro de decir la verdad. Tenía de todo, hasta salud. Prestaba cualquier cosa menos servicios. Sabía sonreír siempre, desconfiar siempre y ganar siempre. En medio del camino, la avichada y el avaro, trataron el negocio.

—¿Qué busca, moza?

—Una tapera. Ando tísica. Me queda un poco é resuello y un poco é plata.

—¿Cuála de esas dos cosas carcula que se le acabe antes?

—Los bofes.

—¿Está sigura?

—¡Sí!

Esta seguridad facilitó la operación. El avaro le alquiló una cueva situada frente de su rancho, camino por medio. Durante un mes, la Figueroa tosió entre aquellos terrones...

Hoy, de madrugada, la tísica vió al Carancho montar en un "reservao" que le prestaron los Mendieta. Poco después, el caballo andaba por las nubes y el usurero caía sobre el camino. Nadie se acercó. Inés le puso tranca a la puerta. No quería, ni podía siquiera, salir. Levantábase la helada. Por las dudas, la tísica se agarró del mate. Temblábele el "pulso". Llamó en su ayuda recuerdos enemigos. Parecíale justo que el prestamista perdiese al-

go, aún cuando fuese sangre. Alargó el oído... Y a pesar de todo, sin querer, sin saber, sin pensar, desafió el frío, corrió hacia el Carancho y se puso a gritar a los cuatro rumbos hasta que enronqueció.

No la oyeron o no quisieron oírla. Tosiendo, jadeante, dolorida, lo arrastró hasta la cueva. Entonces empezó a sentir una borrachera de sacrificio. Para restañar la sangre, rasgó sus mejores ropas. Los dedos le dolían al tocar la herida ajena. Lloró por el encanto de curar. Su esfuerzo se hizo ternura, después angustia.

—¡Carancho!

Repetía, en voz baja, con miedo de asustar al protegido. Pensó darle un mate y por primera vez se acordó del contagio. Vivía una hora buena. Esperaba que el herido abriese los ojos para cobrarle el duro esfuerzo: Una mirada, acaso una palabra, tal vez una amistad. Y si eso fuera demasiado, Inés, no quería ni eso; no quería nada. Una vez en la vida, había hecho algo sin precio. Encontró un "apestao" peor que ella y lo salvó, ¡de gaucha!

—¡Carancho!

Abrió el usurero los ojos. Palpó primero el cinto, luego, la frente herida.

Inés temblaba.

—¡Me prestaron un potro!

—A la cuenta, Carancho...

—¿Juyó?

—Pa la querencia.

—¿Y mi recaó, tísica?

—Sobre el camino quedó. Estea tranquilo, porque nai-de más a pasao.

Callaron. Como el herido viese en el suelo algunos trozos de seda roja, preguntó:

—¿Los ensucié de sangre?

—No. Desprevéngase. Es mi pañuelo. Lo rompí pa venderlo.

—¿Por qué, muchacha?

—Por lujo... no hallaba nada más suave...

Bajó los ojos pestañudos. El protegido tuvo miedo de emocionarse.

—¿Y no sintió recelos de la helada, muchacha?

—Los sentí. Sólo que el ansia de aliviar jué más fuerte.

El Carancho acababa de tropezar con el primer favor. Sintió deseos de estrechar aquellas manos flacas, que acariciaron por primera vez sus espinas. Se contuvo. Le pareció poco expresivo...

Dió unos pasos hacia la Figueroa y la miró en silencio. Aquel era el premio para Inés.

—Güeno, Carancho, gracias — le dijo. — Ya es basta. Siga su rumbo. ¡Estamos a mano!

El no contestó. Buscaba la manera de pagar aquella deuda. No podía marcharse. Hizo a un lado las palabras; no creía en ellas. Desistió del abrazo amigo, de las lágrimas, agua, del silencio barato. Necesitaba algo más hondo, más doloroso, más expresivo... Lo encontró. Se puso pálido. Demostraría su agradecimiento en dolor, en lo que más amaba, en lo único en que creía!

—Inés, usted ha sido güena conmigo. Es la única persona que ha sido güena. ¡Aura verá que no soy un ingrato!

Sacó un peso, lo dejó sobre la cama y para no arrepentirse, salió precipitadamente.

LA RESPUESTA

El de "Rincón de Acha" era un pago bravío. Poblábanlo cuatro bueyes y cuarenta tordos: salían a diez haraganes por cruz. Surco abierto por el labrador, fué aprovechado como huesa. El trigo subía de miedo, para no estar tan cerca de los difuntos. Allí, el jugador cobraba impuesto al labriego en honra de chacareras. Aquellos gauchos, jinetes rumbosos, descolgaban dos estrellas en un balance y las hacían llorar de ausencia en sus talones. Campeaban al diablo. Huían del fantasma rubio de las parvas. Se injertaban dolor con las hojas de los cuchillos. Usaron la espadaña. Quemaron el totoral por ser paja desafilada. En cualquier camino, cerrábanle piernas a sus redomones y pasaban cortándole un "bife" al peatón. Allí el trabajo era forastero y la "taba", querencia: la "clavaron" para que no se fuese. Frente a un "güeso" perdían desde el patacón hasta la memoria. Luego de perder el chiripá, tiraron la vaina y por último, se jugaron lo único que carecía de valor en aquel pago: la vida. Convertían las mortajas en carpetas; el velorio en jugada. Cuando les faltó un difunto, lo improvisaban a facón. Eran sentimentales: hubiesen cambiado una mujer por una vigüela. Sus aguas turbias no podían repetir lo que bajaba del silencio hasta su rudeza. Un estilo lagrimeado en la noche, los dejó de bocas abiertas y cuellos estirados, convertidos en guitarra.

Cuando apareció Silvino Tejera se lo apropiaron. Las manos y la garganta del cantor fueron bienes comunes. Era el señuelo. Le seguían. Cuando él cantó una serenata, dejaron los perros de aullar. Así fué como el payador se hizo jefe de aquellos pájaros mudos.

Hasta entonces nadie les había visto cortar una trenza, ni zurcir una matadura. Siempre, luego del primer ponchazo a los candiles, Silvino montaba a caballo y se iba. Asumió el mando con una milonga: fué en la gallera: dos gauchos cambiaban puones por cuchillos. Los mirones hacen ruedo. El payador espera con su viola templada y cuando los duelistas se persignan, Silvino empieza a rasguear. La música, monótona, llovizna en el fondo del cuadro. Sangran los peleadores. El drama aprieta los labios de todos. Y la milonga garúa, dormida, fría, dueña del dolor. Nadie ataja a los gallos de sedosas golillas ensangrentadas ya; pero los más duros aprietan los dientes. La muerte se han sentado entre ellos y la milonga de Silvino canta, sigue cantando. Cae un finado. El matador se aleja, un gran silencio espera brotar del muerto aquel; pero el toque continúa, más fuerte que toda emoción, reclamando un filo que corte sus cuerdas. Ahora no es comentario: es reto. Nadie acepta el desafío. Silvino Tejera, vence a su milonga. Arreado por el látigo de seis hilos sonoros, "Rincón de Acha" encuentra su tropero.

Es Silvino, criollo de poca monta y poca palabra. En las improvisaciones las elegía del mismo pelo. Con dos yuntas, su cuarteta sacaba una declaración a la cincha de las bordonas. Tejera no es feo; es peor. Tiene cara de "empacao". La nariz de chimango, curva, volvedora, arrepentida de haberse asomado. Los ojos chicos, hundidos. El bigote lacio, que aprovecha el labio para esconderse. La boca negada por el silencio: zurcida; cicatriz, mejor que desgarrón. Para conversar con él, había que dirigirse a la guitarra.

Tenía dos virtudes de caudillo: era hermético y porfiado.

Cierto día, los labradores se quejan al comisario seccional.

“Rincón de Acha” necesita un calmante. La policía receta al sargento Gauna. Este suicida llega solo. Entra con carta blanca. Empieza por ensuciarla. En la primera penca echa mano del corvo, afilado en más de una polémica con las costillas de los arizecos. Es su gran argumento. El policía recorre la baliza y se detiene junto al sentenciador. Espera, y al pasar el primer parejero, le corta el garrón. El corredor lo ataca daga y poncho al frente. Gauna necesita convencer a todos de lo que es capaz. Combaten. Y sobre aquel andarivel, a falta de sacerdote, el propio sargento perdona a su primer convicto. El difunto cierra los ojos y el pago abre los suyos.

Después, aquel amansador saca de sus maletas tormentas de palos. El sargento es un monte. Cuando cesa la lluvia y sale el sol para los sembradíos, se han borrado muchas “cartas”, desaparecieron en el barro casi todas las “tabas” y en cambio, consuelo de tanta pérdida, encontráronse algunas coyundas. Gauna, con la cumbrera de sus “escuadras”, ayuda a quinchar. Cubre taperas. Descubre robos. Siembra de malos recuerdos las balizas. Seca boliches. Riega sementeras. Corta las alas a los chimangos y los puones a los “giros”. Le cortan. Dos o tres veces la sangre lo engrilla a un camino; pero el sargento, cimarrón, amargo, lame sus heridas y avanza.

Hasta que los tordos empiezan a dejar aquel “Rincón”. Todo lo que era arisco, buscó otro pago. Los talas hicieron causa común con sus amigos espinosos. Da esa sensación ver a los árboles ponerse en marcha hacia el límite del distrito. Junto a los ranchos no quedan más que eucaliptos, extranjeros. Se aburren de no entender a los chingolos. Parecen haberse empinado para avistar sus querencias. Unos horneros “agringaos” desertan.

Varios sauces, detenidos por un alambrado, lloran mirando al talar. La retirada se inicia hacia el "Quirquincho". Allí, el agua detiene el éxodo del monte. Sin duda, al arroyo lo tendió un hachazo del sargento Gauna. La primer fila de árboles iba a dar un paso y perdió pie. Algunos ruedan por la barranca. Engarfian su raigambre. La clavan allí. Los de atrás les empujan. Para arrear, hacen silbar "boyeros". Las últimas filas se vuelven hacia aquel enemigo solitario y le esperan espina en ristre. En la margen del arroyo, los más sedientos llenan de agua sus copas. Arrodillados, beben a todo el largo de la orilla. Uno que otro ceibo pesca con la carnada de sus flores. Por entre los troncos anda como lombriz, el sendero. Forma lagunones la gramilla. Apretados por talas, los espinillos asoman en lo alto a "resollar". La pava de monte parece el quejido de un árbol de aquellos. Cuando necesitan decirse algo, suelen una víbora: la rama ondulosa lleva el mensaje y se hunde para subir quizás por el camino de la savia. El sol los acuchilla. Flotan nubes de mosquitos: son el polvo del pago salvaje que lancea y canta. El "Rincón" no tiene otro monte. Este, quedó para semilla de yaguaretés.

Silvino Tejera matrerea. Ha visto aventar su fogón. Ya no tiene pájaros mudos. Enterró su guitarra para que lo esperase. Está solo, "cortao", pobre. Sabe que Gauna no es capaz de abandonar el campo mientras quede un potro. Los dos se observan. El viejo milico contra el viejo gaucho. Corvo y facón. Aquél, de espaldas al trigo y éste, al monte. El testúz y las espinas los empujan. Hasta que al fin, terco a terco, los dos bandos se encuentran. ¡En quién sabe que olvidada persecución se incendiaron sus odios!

El primero en hablar fué el policía.

—Atienda, Silvino Tejera, — le dijo. — Vengo a buscarlo.

El gaucho permaneció en silencio. Buscaba el vocablo más corto. Y lo encontró.

—¿Pa?

—Sucede que se disertó un melico y mi jefe me pide que le lleve un voluntario. Este pago ha quedado vacido de ellos. Aura cuenta con cien labradores y un vago. El vago es usted. Yo no quiero privar a la tierra de ningún hombre útil. Calculé que usted anda de más aquí; y lo elegí pa llevarmelo. ¡Vamos!

Silvino sacó la chupa, humedeció la chala y pronunció su segundo monosílabo.

—¡No!

—Anda errao, paisano. Yo no vengo a consultarlo. Ya lo consulté con mi amigo — dijo Gauna acariciando su sable. — Risolvimos llevarlo a usted derecho, nomás.

El gaucho acabó de armar el cigarrillo. Lo prendió para que el otro le tomase el pulso. Miró su chupa. Pensó que los difuntos no pitan y la tiró al camino.

—¡Abajese! — repuso, desmontando.

No le hacen esperar. Gauna, más valiente que policía, renuncia al corvo y desenvaina el facón.

—¡Así nos arrimamos más, mi soldao! — le grita.

Chocan. El matrero no ha ido a morir. Entre ellos la muerte es infamante: Es la derrota. Ha de vencer insultando. Busca el rostro del sargento. Quiere abrir un surco en aquella cara, en diagonal, desde la frente a la oreja. Sabrá domar al otro con sus armas. Por eso no usa cuchillo. Usa arado. Le dejará una chacra en el cuero manso. No saltan ni giran. El odio los arraiga. Parecen tomados de una mano. Es un duelo corto, de esos que sorprenden al “caranchaje”. El sargento encuentra un claro en aquel pajonal y para poder lastimar, perdona una vez.

—La picana no mata, don Silvino — le dice, — rempuja...

El enemigo calla. Necesita su sangre, la propia. Aprieta los dientes para morder el insulto. Siente que Gauna no podrá descuajar su coronilla. Lo hará reír de un tajo. Avanza, y el facón enemigo, en un quite, le parte la

pupila derecha. Es un dolor obscuro. Un hilo de sangre, rebasa el párpado y baja...

—Ya se lo advertí, amigo..., güeno..., tendremos un melico tuerto...

Aquel hilo de sangre lo ata a la muerte. Silvino Tejera ciego ya, descubre el pecho.

—¡Matá! — grita una sola vez.

—No me conviene. Prometí que afluejarías, juré que te iba a llevar a las guascas. Hoy u más tarde... Como no me cortés la voluntá, serás mi asistente. Lamerás las coyundas...

No pudo terminar. Retrocedió. El matrero levanta su cuchillo como un puño, y lo deja caer. Coraje, vergüenza y fama, aumentan el peso de aquel golpe. El filo relampaguea un instante y bajando luminoso se clava en el frontal. Gauna rueda sobre el camino. Silvino, jadeante, extraña su guitarra...

—¡Vas marcao! — murmura. Monta a caballo y entra en el monte.

Conoce a su enemigo. Gauna ignora al suyo. Cuando el policía cree haber vencido, Silvino Tejera suelta su caballo.

—¡Que dentre a sacarme! — se dice. A dos lazos...

Mira uno tras otro, los talas. Brotan junto a él cien terquedades. Está en su rodeo de "empacaos". Recuerda que el rival lo hirió apenas con el clavo corto en la punta del brazo cimbreante. Fué el picanazo insolente. La marca. Quedó peor que reyuno: tuerto. Brama. Con el ojo sin luz ve la vergüenza. El calor espeso, los insectos, el polvo, enconan su herida. Pasa dos horas a la espera del menor alivio. El dolor crece con el tiempo. Como no vé de un lado, se le ocurre que tropieza en las espinas. Busca un abra. Allí, el aire frío se cuele por la endija del puntazo. Es el cabo de un alambre finísimo que se obstina en enhebrarse en la pupila rota: no acierta e insiste fija, porfiadamente.

Cae la tarde.

El límite del monte aún está despierto. El tuerto mira hacia el corazón de la espesura. Se irrita ante el sueño de los árboles. Una hora después, bajo la noche, lo adormece la fiebre. Mientras duerme, el ojo herido se queda despierto. Le parece que es una araña ventruda, crecida en el hueco de la órbita. Es demasiado grande. Ya no puede salir. Coloca una pobre tela de coágulos de pestaña a pestaña y atrapa gengenés que le clavan su aguijón.

Despierta, y ahora la araña duerme. La fiebre le hace cruzar temblando aquella noche.

De madrugada el ojo infectado, tumefacto, estira los párpados de bordes sanguinosos. Hace esfuerzos por salir, por escapar de la cárcel roja. Silvino cosecha el dolor. Tiene sed. Y marcha a través del monte, a pie, enconado por el peso del globo enorme y sin luz. Tropezaba con los árboles. Se araña y avanza callado. Llega al arroyo y como el puma, se tiende en la orilla. El agua fresca apaga las llamaradas de su herida.

—No he de afluejar — murmura — Aunque se abiche... ¡Así ruempan en gusanos! ¿No los aguanta un toro castrao?

Desde la otra margen lo ve un vecino.

—¡Atienda, cantor! — grita. — Ya sé que se toparon. Gauna sigue mejor. Se rai del hachazo; lo tomó por un rajuñón. Aquí hay algunos mozos que apostaron a la mano del sargento. Carculan que usted va a afluejar...

No le contesta, ni le mira.

—¿Cómo sigue de su herida, Silvino? — insiste el informante.

—¡Abichada! — responde y se vuelve. Desprecia palabras y veedores. Precisa demostrar que no lo castraron, como a los otros. Nada más. Quiere hacerles ver que es un árbol gauchito. Tiene un nido abierto al infierno. Sus churrinches no cantan; sangran. Pasó la noche solo, viendo su ojo enfermo en el muñón de las ramas caídas. Al andar lo pisaba en cada hoja seca. Como esa



noche pasará otras. No mendiga reposo. Al contrario, quiere saber hasta dónde es capaz de llegar. Mataría a quien se acercase a robar su dolor. La sangre gotea y se coagula antes de caer. Un fleco negruzco cuelga de sus párpados. Lloro con el lagrimal izquierdo, a pesar suyo, constantemente. No es él. El odio es seco. Suple el ojo abichado con su trabuco y apunta a las chacras. No le gustaría morir ahora. Le repugna ir al encuentro del otro, borracho, ladeado por aquel peso enorme, llorando sangre y lágrimas. ¡Grotesco!

—Capaz de darle lástima — dice, apretando los puños.

Espera agusanarse de una vez. Ha oído decir que la infección se contagia. Lo dejaría ciego.

—Güeno, — piensa. — Ciego; pero en mi cancha. ¡Si los gusanos son canallas capaces de llevarme de arrastro a pedir cuartel, los saco a cuchillo uno a uno! — piensa. Se ha sentado de espaldas a un sauce. Comprende que su martirio recién apunta. Por entre arbustos llenos de sol, alguien grita:

—¡Silvino!

Salta hacia el facón. Quisiera permanecer en silencio. Habla con los labios de la herida. Letra por letra, las palabras se forman dentro del ojo hinchado. Cree que un gusano las alinea y una tras otra las letras salen clavando sus ganchitos en el humor. No pronuncia; escribe cada vocablo. Por eso, a corazón, brama un turbio:

—¡Eh?

Desde el campo asoleado, la voz fresca, repite:

—¡Silvino?... ¡Ande está? ¡No vaya a hacerme fuego! Vea que soy Ramón, el pardito e'la comisaría.

—Acercate.

El gurí, mira el rostro del gaucho y, santiguándose, le rinde pleitesía.

—¡Habla corto!

—Vengo e'parte del sargento Gauna. Me manda, porque siendo un gurí, calcula que seré rispetao. Dice que sigue mejor. Un vecino de por aquí aplastó el manecarrón

por llegar antes a contar que usted tiene una bichera en ese ojo...

—Yo no me quejé, ¿has oído?

El gurí sintió que se le humedecían los ojos.

—¿Y de ahí? Las vacas no se quejan porque no saben. El cristiano tiene la voz. Yo truje pena del recaó. ¿Comprendes? Me gustaba que Silvino Tejera no se humillase... Pero al verlo ansina, cambeo...

—Poco me importa e'vos — dijo el gaucha. — Acabá tu mesiva. ¿Se rinde Gauna?

Ramón sacude la cabeza.

—¿Qué esperanza! — responde. — Tiene conciencia. Y por eso, al saber que usted se abichó, manda decirle que afloje y vaya. Le repito sus mismas razones: "El mal del tuerto Silvino está en que pelagra vandearse pa la otra vista y dejarlo ciego". Así me habló.

—¿Seguí! — ordena el matrero.

—Entonces Gauna, compadecido, mandó buscar al doctor de la polecía...

—¿Pa qué?

—¿Pa curarle ese ojo, pues!

¿Por qué no lo respeta el enemigo? El ha callado. Su voluntad llamó los gusanos para matarse el sitio herido. Tiene derecho a soledad de puma. La compró a puñal y monte. Cuando acabe de enterrar el ojo maula, llorón de sangre, saldrá por el desquite. Le quedan sus manos todavía: Una para el nudo del pañuelo. Otra, para el mango del facón. Entonces él o Gauna caerán. Quizás los dos queden en cruz, santiguándose, difuntos. Necesita hacerle saber que no se rinde.

—Güeno — continúa el niño. — Lo está esperando...

Busca en silencio, algo que vaya y hable. Aquel sargento no quiere un asistente ciego. Sabe que es hombre terco, que habrá de esperarlo. No puede ir a tientas, en la noche...

—Aflueje, Silvino — aconseja el gurí. — Hoy u mañana ha de ser. El, ansina lo asegura. Está en tiempo...

Pa usted también será triste andar en lo oscuro dando lástima.

—¿Qué hago? — brama el yagueté. — ¿Qué le mando pa que vea?

El muchacho palidece.

—¿Ande meto un pedazo e'mi coraje, pa risponderle?

Retrocede, ebrio. Busca en el nidal del espinero. Habla al erizo del camuati. Lo pide a los punzos del pital. No le encuentra. Nada es bastante crudo. Horada con su único ojo, una cueva de víbora para hacer un lazo frío a su presente. Recorre los troncos ásperos. Llamo al carancho. Quiere encontrar una braza... Para que no confundan su bramido...

—¡Gurí! — grita. — ¡Ya la hallé!...

Acaba de encontrar la respuesta.

Introduce los dedos en el ojo "abichao". Rasga el párpado. Ruge. La fiebre donde hierve el mal, quema su zarpa. El ojo resbala, juega. El le clava las uñas. Hace presa y tira. Su grito se alarga con el nervio... Hasta que éste termina, y un golpe seco arranca el ojo.

Silvino rueda por el pasto. Enredado en el bramido y el polvo, muerde las matas. Durante varios segundos no consigue incorporarse. Ramón se ha cubierto la cara y reza en alta voz.

Por fin, el tuerto se pone de pie. En su diestra sostiene aquel ojo que asemeja una boleadora de nervio plateado.

Y alcanzándoselo al muchacho, le ordena:

—Tomá. Llévale a Gauna. ¡Pa que lo vea el doctor!

INDICE

	<u>Pág.</u>
BICHITO DE LUZ	5
BADIA HERMANOS	15
LA PRIMERA ELECCION	25
ZORROS	37
MONTE	47
ME QUEDO... ..	61
INOCENCIA	71
POR EL CATRE	83
A MANO	91
LOS NOVIOS	103
LA MUJER	113
CASO DE CONCIENCIA	121
GUACHITA	133
INES	141
LA RESPUESTA	145

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EL 14 DE ENERO DE 1933
EN LA IMPRENTA LÓPEZ
CALLE PERÚ 666
BUENOS AIRES

LIBROS QUE RECOMENDAMOS LEER

- | | |
|---------------------|---|
| Benito Lynch | — Raquela. |
| ” ” | — El Antojito de la patrona y Palo Verde. |
| Roberto J. Payró | — Cuentos del otro barrio. |
| ” ” ” | — El Casamiento de Laucha. |
| ” ” ” | — Violines y Toneles. |
| ” ” ” | — La Australia Argentina. |
| ” ” ” | — Siluetas. |
| ” ” ” | — Charlas de un optimista. |
| Blomberg H. P. | — La cantora de la Merced. |
| Cavilla Sinclair A. | — Poesías Camperas. |
| Maroni Enrique P. | — Poesías Completas. |
-

LIBRERIAS ANACONDA

Casa Central — Florida 508

Buenos Aires



